



La
BIBLIA
Popular

Daniel

Oseas

Joel

Amós

Abdías

Jonás

Miqueas

Nahúm

Habacuc

Sofonías

Hageo

Zacarías

Malaquías

James J. Westendorf

La Biblia Popular

Nahúm Habacuc Sofonías

James J. Westendorf

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Todos los pasajes bíblicos son tomados de la Santa Biblia, versión Reina Valera Estándar 1995 [América Latina], derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio—ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma—sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Control Number 2002111124
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284
© 2002 Northwestern Publishing House
Publicado en 2002
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-1485-6

CONTENIDO

Prefacio del Editorv

Prefacio a la edición en españolvi

Nahúm

Introducción a Nahúm.....1

Título (1:1)23

Un salmo de la venganza y de la bondad del Señor (1:2-15).26

Profecía de la destrucción de Nínive (2:1-3:19)47

Habacuc

Introducción a Habacuc.....78

Título (1:1)85

Diálogo sobre la maldad del mundo (1:2-2:20)88

Salmo de fe en la justicia y en el poder salvador del Señor
(3:1-19).....125

Sofonías

Introducción a Sofonías.....138

Título (1:1)145

El día del Señor es de ira y de juicio (1:2-3:8).....147

El día del Señor es de liberación y de regocijo (3:9-20).....201

ILUSTRACIONES

La guarida de los leones	59
Jinete babilonio	101
Los israelitas adoran a Baal	151

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es exactamente lo que el nombre implica, una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras en la versión Reina-Valera, revisión de 1995 (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen: el trasfondo histórico, explicaciones del texto, y aplicaciones personales.

Los autores de La Biblia Popular son eruditos a quienes no falta la sabiduría práctica adquirida en años de consagración a los ministerios de la enseñanza y la predicación. Por esto han procurado evitar términos técnicos, que han hecho de otras series de comentarios material útil solo para especialistas en temas bíblicos.

El aspecto más importante de estos libros es que ellos están centrados en Cristo. Jesús mismo dijo acerca de las escrituras del Antiguo Testamento, “y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada libro de La Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios están provistos de: mapas, e ilustraciones, e incluso de información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros incluyen títulos de página para llevar al lector al pasaje que él está buscando.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin. Este proyecto también tiene una deuda de gratitud al Rev. Loren A. Schaller. Hasta cuando él acepto un llamado para salir de Northwestern Publishing House y de regreso al ministerio parroquial, el Pastor Schaller sirvió como Editor General.

Es nuestra oración que este esfuerzo pueda continuar de la misma manera como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, revisión de 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International versión*, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por la señora Albina Teigen, natural de Lima, Perú, y esposa de un pastor que trabaja en Mankato, Minnesota. La revisión de este libro la hizo la Sra. Ruth Haeuser, esposa del pastor David Haeuser, misionero en Lima, Perú. La revisión teológica la realizó el misionero David Haeuser. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios

Pentecostés del 2002
Paul Harman, coordinador
Ronald Baerbock, editor de teología
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, TX

DONATIVO ESPECIAL

La comisión para Coordinar las Publicaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, WELS Kingdom Workers, La Sociedad Misionera de Damas Luteranas (LWMS) y dos compañías de seguros –Lutheran Brotherhood y Aid Association for Lutherans- contribuyeron con donativos especiales a Publicaciones Multilingües para apoyar la publicación de este volumen. Agradecemos su generoso aporte.

INTRODUCCIÓN A NAHÚM

Autor

Lo único que sabemos acerca del profeta que escribió este libro de tres capítulos, es la información que él mismo nos proporciona en el primer versículo. Su nombre es Nahúm. No se hace mención de él ni de ninguna otra persona con el mismo nombre en ninguna otra parte de la Biblia. Sin embargo, otras personas como: Naham (1 Crónicas 4:19), Nahamani (Nehemías 7:7), y Nehemías, tienen nombres que se relacionan estrechamente con Nahúm, de manera que el nombre en sus varias formas puede haber sido bastante común en el antiguo Israel.

Nahúm significa “consuelo”, y es posible que el profeta recibiera este nombre como sobrenombre para describir el mensaje de consuelo y de seguridad que él le entregó al pueblo de Dios. Sin embargo, es muy probable que hubiera recibido ese nombre cuando era niño, mucho antes de que el Señor hablara por medio de él. De cualquier manera, el nombre es muy apropiado para este hombre de Dios, su breve revelación les debió haber proporcionado mucho consuelo a los primeros lectores.

El hogar del profeta

Se debate acerca del lugar de procedencia del profeta. El mismo Nahúm se identifica como habitante de la ciudad de Elcos, pero eso no es de gran ayuda, puesto que se desconoce la ubicación de ese lugar. Se mencionan tres posibilidades: un lugar en Asiria (que es actualmente el norte de Iraq), en Galilea, o en Judá.

La ubicación en Asiria

No nos deben sorprender las teorías que ubican a Elcos en Asiria. Después de todo, la mayor parte del libro de Nahúm se

dirige a la ciudad asiria de Nínive y habla de acontecimientos que ocurren en esa área. Además, hay una hermosa aldea moderna que tiene un nombre similar a Elcos, Al-Qush, que queda aproximadamente a 40 kilómetros del lugar donde estaba la antigua ciudad de Nínive; hasta existe una tradición que ubica la tumba de Nahúm en esa aldea. Se afirma que cualquiera que haya estado tan familiarizado como Nahúm con los detalles de Nínive tendría que ser de esa área. Entonces sus lectores serían los exiliados que el ejército asirio deportó a Asiria cuando destruyó la ciudad israelita de Samaria en el año 722 a.C. Sin embargo, este razonamiento no es convincente. La tradición que indica la teoría del origen asirio del profeta es relativamente reciente, se remonta sólo al siglo XVI d.C. Además, no parece que el libro le haya sido dirigido al pueblo que vivía exiliado en Asiria.

La ubicación en Galilea

En su *Prólogo al profeta Nahúm*, San Jerónimo, el padre de la iglesia del siglo IV, relata que un guía judío le mostró una aldea de Galilea llamada Helkesei y afirmaba que fue el hogar de Nahúm. Basándose sólo en estos comentarios, algunos eruditos defienden la ubicación de Elcos en Galilea. Es fácil entender por qué los pocos israelitas que todavía quedaban en Galilea se interesarían en el mensaje de Nahúm. Los habitantes de ese territorio habían sufrido durante mucho tiempo la opresión brutal de los asirios. Incluso antes de que el reino de Israel fuera derrocado por los asirios en el año 722 a.C., el gran rey guerrero de Asiria, Tiglat-Pileser III, había arrebatado el área de Galilea en el año 732 a.C. y la había convertido en una provincia de Asiria. Ya en ese tiempo los cautivos habían sido llevados al exilio. Ahora, cien años después, los parientes de esos exiliados que todavía vivían en Galilea se sentirían contentos al saber de la inminente caída de Nínive.

Sin embargo, hay razones para dudar de que Elcos estuviera ubicada en Galilea. En el tiempo de Nahúm, un siglo después de que Galilea se añadiera al imperio asirio, la mayor parte de los

habitantes ya no eran israelitas. Los reyes asirios habían establecido por la fuerza en esa área a los nuevos habitantes, conforme a su política exterior de desarraigar poblaciones nativas y sustituirlas con pueblos de otros países. Por eso hubiera sido poco probable que un profeta proviniera de esta área, especialmente en este tiempo.

Otros eruditos identifican el pueblo de origen de Nahúm como Capernaúm, que significa “la aldea de Nahúm”. No obstante, como se había mencionado anteriormente, Nahúm probablemente era un nombre común en Israel, y el pueblo pudo haber recibido el nombre por cualquiera de los muchos que tuvieron ese nombre.

La ubicación en Judea

Ningún lugar en particular en el sur de Canaán se puede señalar como probable ubicación de Elcos; sin embargo, la teoría de la ubicación en Judea de esa aldea tiene ciertos detalles a su favor. En primer lugar, es el lugar más probable en el que un profeta trabajaría en el siglo VII a.C. El reino del norte de Israel ya había sido destruido. De la herencia original, Judá, el reino del sur, era el único territorio que aún quedaba en manos de las tribus de los hijos de Jacob. Segundo, el Señor, cuyo templo estaba en Jerusalén, la ciudad capital de Judá, estaba furioso con el rey de Asiria por haber conspirado contra él y por haber hecho que su pueblo fuera la víctima. Judá nunca llegó a convertirse en provincia de los asirios, pero el pequeño país sintió muchas veces la ira de ese imperio fuerte y de sus ejércitos poderosos y crueles. Por último, el profeta llama a Judá para que se regocije por la inminente destrucción de Nínive (1:15). Por eso la gran mayoría de estudiosos suponen que Nahúm era de Judá.

Fecha

Algunos eruditos de la Biblia afirman que Nahúm escribió su libro poco tiempo antes de la caída de Nínive o quizás incluso

mientras se llevaban a cabo las últimas batallas en el año 612 a.C. En su opinión, la invasión de Asiria debió haber comenzado y es probable que Nínive ya hubiera estado bajo sitio mientras Nahúm escribía. Dicen que debió ocurrir así, porque de otro modo Nahúm no podría haber escrito con la certeza, el detalle, y la intensidad, con que escribió. Otros dicen que Nahúm tal vez escribió sólo después de que Nínive ya había sido destruida y había estado en ruinas por algunos años. Esos mismos eruditos alegan que hubiera sido humanamente imposible que Nahúm se pudiera anticiparse a las décadas y pudiera prever lo que le iba a suceder a Nínive. Estos estudiosos se niegan a creer que Dios puede penetrar en la vida de los profetas para revelarles el futuro. Suponen que es imposible, o por lo menos sumamente improbable, que exista algo como una verdadera profecía bíblica predictiva, en la que el Señor les revele el futuro a sus profetas. Reciben la idea con la misma incredulidad con la que nosotros recibimos las profecías de los psíquicos en cuanto a lo que va a suceder en un futuro próximo.

Sin embargo, las Escrituras nos informan que el futuro es tan claro para el Señor como el presente y el pasado. Él conoce el futuro porque está en sus manos y ya sabe lo que va a suceder en el futuro. En realidad, el profeta Isaías afirma que la facultad de saber y de controlar el futuro es lo que separa al Señor, al verdadero Dios, de todos los dioses falsos (capítulo 41). Además, Dios puede inspirar a sus profetas para que revelen lo que el futuro depara, y tiene la disposición de hacerlo cuando sea necesario y beneficioso para su pueblo. Entonces, no tenemos que circunscribir las palabras de Nahúm a poco tiempo antes o poco tiempo después de la caída de Nínive. Concuerta muy bien con el testimonio de la Escritura ubicar la profecía de Nahúm en un tiempo muy anterior a la caída de Nínive. En realidad, eso es parte del poder y del atractivo de sus palabras.

Entonces, ¿cuándo profetizó Nahúm? Sus propias palabras establecen la fecha más temprana en la que pudo haber hablado; se refiere a la caída y al saqueo de Tebas, la capital de Egipto en ese tiempo, como un hecho ya consumado. Los asirios destruyeron

Tebas cuando extendieron los límites de su imperio hasta su máxima extensión en el año 663 a.C. Eso fue 51 años antes de la caída de Nínive. Si ese acontecimiento no hubiera sucedido antes de que Nahúm escribiera, su comparación del destino de Nínive con el de Tebas no habría tenido mucho sentido. Por lo tanto, Nahúm escribió su libro después del año 663 a.C.

La fecha más tardía posible para la actividad profética de Nahúm no es muy clara, pero hay algunos indicios. Parece que cuando Nahúm escribió, el rey de Nínive todavía era un gobernante muy poderoso que ejercía una autoridad considerable. El profeta habla de la habilidad continua del rey para “conspirar” contra el Señor y contra su pueblo (1:11). El último rey de Asiria que pudo corresponder a esta descripción fue Asurbanipal, que murió en el año 627 a.C.

Nahúm también habla del yugo de la esclavitud que cayó sobre el pueblo de Dios y se refiere a su eliminación como algo que tendría lugar en el futuro. El poder de Asiria se derrumbó después de la muerte de Asurbanipal; la poca energía que había quedado después de su muerte, la usaron para no permitir que sus enemigos entraran a su patria. Asiria ya no tenía la capacidad para tratar de controlar a naciones que, como Judá, una vez habían estado en su ámbito de poder, pero se encontraba distante de Asiria propiamente dicha.

Todos estos hechos fijarían la época de la actividad profética de Nahúm y la fecha probable de la composición de su libro al final del reinado de Asurbanipal. Un cálculo razonable sería que Nahúm escribió alrededor del año 630 a.C. En ese tiempo era inminente la caída de Asiria: sólo faltaban 18 años para que ocurriera, pero aun así sólo un profeta del Señor podría reconocerlo. Durante el reinado de Asurbanipal, un agudo observador de los tiempos podría haber notado algunas rajaduras en la antes impenetrable armadura de Asiria, pero nadie hubiera adivinado en realidad cuán cerca estaba el fin. La caída de Asiria y su capital Nínive fue tan repentina y sorprendente para la gente de ese tiempo como el desmoronamiento del muro

de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética lo fue para la gente del siglo 20.

Tema

El mensaje de Nahúm es claro e inequívoco. Nínive, la cruel, altanera, impía, e idólatra capital de Asiria, por completo iba a ser destruida. Dada la situación que existía en el Cercano Oriente, este mensaje fue increíble, casi inverosímil. Durante años, los asirios habían sido la nación dominante y la más poderosa en toda la región. Las naciones vecinas los veían y suponían que todavía estaban saboreando y celebrando su edad de oro, una década tras otra de riqueza y de poder inmensos.

Más de una vez, los ejércitos de Asurbanipal se habían precipitado por las carreteras de Judá en camino a la guerra con Egipto: la única nación que era capaz de resistir a los asirios y de tener al menos una oportunidad de éxito en la lucha. Como era su costumbre, el emperador asirio le exigió a Judá, como vasallo del rey, que aportara tropas para esas campañas militares. Estaba dispuesto a derramar la sangre de los hijos de Judá para llevar a cabo sus ambiciones imperialistas. El diminuto reino de Judá no pudo hacer nada para resistir ninguna de esas incursiones no deseadas; había cargado con el yugo por más de cien años, pagándoles todo el tiempo un tributo muy gravoso a los asirios. Y parecía que el fin no estaba a la vista.

Sin embargo, el profeta no escatima palabras. Trae un mensaje de juicio para los asirios, pero también trae consuelo y esperanza para el pueblo de Dios que está en Judá. Sólo es cuestión de tiempo—y poco tiempo—antes de que el Señor de la historia intervenga y Nínive desaparezca literalmente de la faz de la tierra, y de que sus víctimas, como Judá, queden en libertad.

A pesar de que el mensaje de Nahúm está bien enfocado, aún sigue siendo solamente una subdivisión de un tema más importante e impresionante. Nahúm comienza su libro describiendo al Señor, explicando que es el Señor del cielo y de la tierra. “Jehová es Dios

celoso y vengador”; después de presentarse, Nahúm afirma de inmediato: “Jehová es vengador y lleno de indignación” (1:2). El Señor es bueno y tierno con los que confían en él (1:7). Éste no fue el caso de los arrogantes y orgullosos asirios. El rey de Asiria se jactó de sus logros militares usando palabras como éstas que escribió el profeta Isaías: “Con el poder de mi mano lo he hecho, y con mi sabiduría, porque soy inteligente” (10:13). Unos 70 años antes, uno de los generales asirios se había parado ante los muros de Jerusalén y se había jactado, diciendo: “¿Acaso algunos de los dioses de las naciones ha librado a su tierra de la mano del rey de Asiria?... ¿Qué dios de todos los dioses de estas tierras ha librado a su tierra de mi mano?” (2 Reyes 18:33,35).

Asiria era un enemigo declarado del Señor, y por eso va a tener que enfrentar al Señor y su justicia. Eso va suceder cuando Dios lo determine. Sin embargo, cuando llegue la justicia vengadora del Señor, la grande y poderosa Asiria no podrá escapar ni evitarla. El pueblo de Judá debía entender que la caída de Asiria y la destrucción de Nínive *no sucederán sólo* como parte del curso natural de los acontecimientos. El imperio asirio, *la superpotencia de su tiempo*, no sólo envejecerá, se cansará y seguirá el rumbo de todas las naciones. No, el Señor Dios de la historia, que controla el destino de todas las naciones y de todas las personas, perseguirá a su adversario y lo hará caer (1:8). El Señor rescatará a su pueblo de las garras de Asiria y le quitará de los hombros el yugo de la esclavitud. El Señor como Rey y Dios justo y santo, llevará esto a cabo.

Propósito

Con la discusión del propósito del libro surge esta pregunta: ¿a quién se dirigen las palabras de Nahúm? Con excepción de tres versículos del capítulo 1 (12,13,15), el libro entero se dirige a Nínive o al rey de Asiria. Sin embargo, no es seguro que el Señor deseara que los asirios oyeran el mensaje de Nahúm; cuando el

Señor quiso que escucharan lo que él decía acerca de ellos, envió a su profeta directamente a Nínive, como lo hizo con el profeta Jonás (800-750 a.C.). Así que parecería que las palabras de Nahúm se dirigían ante todo al pueblo de Judá. Entonces, el Señor le hablaba a Nínive principalmente para beneficio de Judá. Debían “oír por casualidad” la condenación de su adversario. A ellos se dirigían las buenas nuevas de la liberación y el mensaje de paz (1:15). Aunque sólo eran testigos presenciales, que observaban mientras el Señor declaraba su sentencia justa contra Nínive, los pocos versículos que los tomaban en consideración les recordarían que la justicia de Dios estaba obrando a su favor y para su bien.

Así que, Nahúm escribió su libro fundamentalmente como un mensaje de consuelo y de esperanza. Naciones más poderosas que el pueblo escogido de Dios siempre amenazaron su existencia; Asiria fue una de estas naciones, tal vez la más cruel y poderosa de todas. El Señor le permitió—sí, hasta había traído—al rey de Asiria contra Israel y Judá. Hacía casi cien años le había dicho algo similar a Acáz, rey de Judá, por medio del profeta Isaías: “Jehová hará venir sobre ti, sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre, días cuales nunca vinieron desde el día que Efraín se apartó de Judá, esto es, al rey de Asiria” (7:17). El Señor incluso habló del ejército asirio como la “vara y bastón de mi furor” (10:5).

El Señor no quería destruir a su pueblo con estas fuerzas paganas, sino disciplinarlo por haberse apartado del buen camino. Y cuando la nación de Asiria ya haya cumplido los propósitos de Dios, seguirá el camino de todos los enemigos del Señor, que con arrogancia se han opuesto a Dios. Asiria será destruida y pasará a las páginas de la historia. Esta verdad hace que el libro de Nahúm sea un consuelo eterno para el pueblo de Dios.

Muchos cristianos no comienzan el estudio de la palabra de Dios con el libro de Nahúm. Y una vez que empiezan a examinar sus capítulos, hasta pueden estar tentados a saltarse el resto del libro, porque creen que tiene muy poco que decirles. Es precipitado formarse una opinión así del libro de Nahúm y de su

mensaje, porque en su libro Nahúm nos da un ejemplo específico y concreto de la manera en que Dios obra en la historia, día a día, siglo tras siglo, hasta el día y la época en que vivimos. Sí, él es el Dios de la historia, controla el destino de todas las naciones. Incluso la más poderosa de las naciones será llevada ante él para rendir cuentas.

Siempre ha habido los que creen que pueden resistirse a la voluntad del Señor y destruir a su pueblo impunemente si lo desean. Desprecian la idea misma del Dios que castiga a los que transgreden sus leyes. ¡Están muy equivocados! ¡Nada podría estar más lejos de la verdad! Jesús dijo que ni las puertas del infierno prevalecerán contra su iglesia.

Asiria y su capital Nínive, fueron antiguas víctimas de la justicia vengadora de Dios que obra a favor de su pueblo. El gobierno comunista ateo de la Unión Soviética fue la más reciente, y siempre habrá más en la historia del mundo. El mensaje de Nahúm nunca carecerá de importancia; hoy nos ofrece tanto consuelo como a Judá en el Antiguo Testamento.

Breve historia de Asiria

Con el objeto de entender todo el significado y la idea central de la profecía de Nahúm es necesario darse cuenta del papel dominante que desempeñaban Nínive y Asiria en los días del profeta. La historia de Asiria está estrechamente ligada al territorio conocido como la medialuna fértil, que forma un semicírculo alrededor de la parte norte del desierto de Arabia. Es una franja estrecha de tierra cultivable entre: el desierto hacia el sur, las montañas al norte y al este, y el mar al oeste. Comienza al norte del golfo Pérsico y corre hacia el noroeste por los valles del río Tigris y del Éufrates (eso incluiría actualmente a los países de Irak y Kuwait). De ahí oscila del oeste al extremo noreste del mar Mediterráneo y después dobla hacia el sur a lo largo de la costa este del mar. La antigua tierra de Israel estaba ubicada al extremo sudoeste de la media luna.

La patria de los asirios estaba ubicada en el noreste de la media luna, aproximadamente a 1,120 kilómetros de Israel y de Judá. La parte superior del río Tigris corría en medio de Asiria, mientras que las montañas la rodeaban por el norte y el este. Con frecuencia los ejércitos asirios maniobraban en esas montañas y extendían la autoridad de Asiria hasta lo que en la actualidad es el este de Turquía al norte, y el oeste de Irán al este.

Sin embargo, para estudiar el libro de Nahúm nos interesa más la expansión del imperio al sudeste en Babilonia y al oeste al río Éufrates y más allá. En el tiempo en que Nahúm escribió, el imperio asirio se encontraba en la cumbre de su expansión geográfica. Abarcaba toda la media luna fértil y más allá. Incluía lo que ahora es: el oeste de Irán, Iraq, Kuwait, el este de Turquía, Siria, Líbano, Israel, Jordania, el norte de Arabia Saudita, y Egipto. ¡Era realmente una potencia vasta y formidable!

La historia del imperio asirio es una serie de expansiones junto con retiradas esporádicas. La fuerza impulsora que estaba tras la expansión asiria era doble: la seguridad interna (fronteras seguras) y el deseo del comercio internacional. El comercio era la base de la prosperidad de la nación. Su ubicación favorable en la región norte del río Tigris les daba a los asirios la oportunidad de pasar mercancías desde Babilonia, al sudeste, hasta Asia Menor y la parte baja de Europa en el noroeste, y desde el este, algunas veces el Lejano Oriente, a lugares del sudoeste como Egipto.

En los primeros escritos fuera de la Biblia, los asirios aparecen principalmente como comerciantes. Cuando ya tuvieron suficiente poder para hacerlo, los gobernantes asirios extendieron sus fronteras para poder proteger sus rutas comerciales y para evitar que sus enemigos potenciales pusieran en peligro sus negocios o pudieran obstaculizar sus transacciones comerciales. Cuando perdieron algo de su poder, se retiraron a sus fronteras originales al este de la parte norte del río Tigris y a los alrededores de las ciudades principales de Nínive y de Asur.

En los últimos siglos de su historia, las pasiones que estaban detrás del expansionismo asirio cambiaron un poco. Entonces lo

que impulsaba sus deseos de seguir expandiéndose era la codicia de riquezas y de los recursos naturales necesarios para poder sostener su lujoso estilo de vida. Cuando a eso se le añade una de sus doctrinas religiosas que sostenía que Asur, su dios principal y dios de la guerra, estaba destinado a gobernar las naciones, hay fuerzas poderosas que impulsan la política exterior expansionista asiria. Los asirios creían que las otras naciones no debían tener ninguna queja, y hasta debían estar agradecidas, cuando el imperio reclamaba lo que estaba destinado a ellos, y cuando sus ejércitos invadían sus tierras y se apoderaban de sus posesiones y de su vida. No es necesario decir que no fue así.

La historia asiria se puede dividir en tres períodos: el Imperio Antiguo, el Imperio Medio, y el Imperio Nuevo.

Imperio Antiguo (1813-1208 a.C.)

A pesar de que Harán, donde vivió Abraham alrededor de 2100 años a.C., está a menos de trescientos veinte kilómetros de Nínive, no se sabe nada de Asiria en ese tiempo. Aunque importantes (Génesis 10:12), las ciudades de Asiria eran asentamientos fortificados y centros de comercio a lo largo del río Tigris. Gran parte del poder del área estaba en manos de los reyes del sur, en Babilonia y en el área circundante. Sin embargo, el aumento del comercio cambió la situación.

Cuando Israel se encontraba exiliado en Egipto, Asiria tuvo su primer rey conocido. Y menos de cien años después de la caída de los muros de Jericó, un rey asirio cruzó el río Éufrates para dirigirse hacia el oeste. Ya en ese tiempo los israelitas deben haber sabido de esa gran potencia, porque aún antes de que entraran a la tierra prometida, cuando todavía acampaban al este del río Jordán, el adivino pagano Balaam profetizó acerca de la consiguiente grandeza y decadencia de la potencia asiria (Asur) en el territorio de Israel (Números 24:21-24).

Imperio Medio (1115-1077 a.C.)

Durante la época de Sansón y de Samuel, que fueron jueces de Israel, Asiria estaba pasando por un segundo período expansionista bajo su primer rey digno de mención, un hombre llamado Tiglat-Pileser I. Se jactó de haber cruzado el río Éufrates 28 veces y de haber alcanzado el mar Mediterráneo con su ejército. La Biblia no menciona a Asiria durante ese período de la historia del Antiguo Testamento, pero el poder y la influencia de Asiria se acercaban cada vez más, ahora a seiscientos cuarenta kilómetros de distancia.

Imperio Nuevo (934-612 a.C.)

Alrededor del tiempo en que murió el rey Salomón y que la guerra civil dividió a la nación de Israel en dos reinos (Israel, el reino del norte y Judá, el reino del sur), Asiria comenzó su período de mayor poder y su expansión final. Una serie de reyes poderosos permitió que los ejércitos asirios cruzaran el Éufrates una vez más. Esta vez no se les podía negar el paso. Sólo les tomó cincuenta años para poder controlar el territorio norte en la moderna Turquía y el sur en lo que es actualmente el Líbano. Los escritores bíblicos no mencionan nada acerca de esa situación, aunque el escritor del Salmo 83 sí dice que los enemigos de Israel estaban buscando aliarse con Asiria (versículo 8).

El primer contacto militar directo entre Asiria e Israel, puede haber ocurrido alrededor del año 853 a.C. Los registros asirios nos dicen que el rey asirio, Salmanasar III (858-824 a.C.), tuvo una batalla contra una coalición de doce reyes que se habían unido para defender sus países contra él. Uno de los doce puede haber sido el rey Acab de Israel. Como resultado, los asirios se retiraron y abandonaron el área por varios años. Sólo doce años después, a Jehú, el hombre que derrocó la casa de Acab en Israel, en los registros asirios (en el obelisco negro de Salmanasar) se le

representa de rodillas, siendo obligado a pagarle tributo al rey asirio (esta es la única representación visual conocida de un rey israelita). Otra vez, los escritores bíblicos no nos dan esta información específica.

El contacto más significativo y el más prolongado entre Asiria e Israel se produjo en los 125 años finales de florecimiento de la historia de Asiria. En el año 743 a.C., un poco más de cien años antes de que Nahúm entrara en acción, el rey más poderoso e imperialista de todos los reyes asirios, Tiglat-pileser III (745-727 a.C.), dirigió sus ejércitos contra Israel y Judá. Invadió el norte de Israel y se retiró sólo cuando Manahem, el rey de Israel, le pagó una enorme cantidad como tributo (2 Reyes 15:19,20). En ese tiempo, Manahem encabezaba el partido pro-asirio de Israel, pero también había un partido antiasirio, que era dirigido por un hombre llamado Peka. Después de haber asesinado al hijo de Manahem, Peka obtuvo finalmente el control de todo Israel. La nueva política exterior de Israel era formar una coalición con los arameos del norte en un esfuerzo por detener la expansión Asiria, así como parece que Acab había tratado de hacerlo unos cien años antes.

Mientras tanto, en el reino sur de Judá otro vasallo asirio, Acaz, ocupaba el trono. Acaz estaba tan a favor de Asiria que Isaías trató de advertirle que debería actuar como un verdadero hijo de David, que confiara en el Señor y no en las grandes potencias extranjeras. Por razones políticas, a Peka también le preocupaba Acaz y la lealtad que le profesaba a Asiria. Como resultado, trató de derrocar a Acaz del trono. Acaz acudió a Tiglat-pileser, en contra del consejo de Isaías, para que lo ayudara contra Peka e Israel. El rey asirio se la concedió, se sintió muy contento de poder intervenir. Invadió Galilea y mandó a mucha de su gente al exilio, y la dispersó en varias partes del enorme imperio asirio. Después separó de Israel a la región de Galilea y la convirtió en una provincia de Asiria (2 Reyes 15:29). Esto hizo que el reino de Israel quedara reducido a un área relativamente pequeña alrededor de su capital, Samaria.

Sin duda Tiglat-pileser también animó a un advenedizo de nombre Oseas a rebelarse contra Peka y a usurpar el trono. De esa manera, Oseas se convirtió en el último rey del reino del norte. Mientras tanto, en Judá Acaz continuaba con sus inclinaciones proasirias, llegando hasta a reemplazar el altar de bronce del Señor en el atrio del templo por un altar dedicado a un dios asirio, probablemente Asur (2 Reyes 16:15-18). Acaz pagó un precio muy alto por eso, el Señor permitió que tanto él como Judá sufrieran muchas dificultades. Se convirtió en un estado vasallo de Asiria, es decir, tuvo que pagarles a los asirios muchos impuestos a cambio de su protección. Acaz mismo tuvo que ir a Damasco para rendirle homenaje y tributo a Tiglat-pileser.

Al involucrarse Asiria cada vez más en Israel, en Judá y en los países de los alrededores, entró cada vez más en conflicto con Egipto en el sudoeste distante. Tal vez porque estaba más cercano a Israel y a sus países vecinos que Asiria, Egipto logró que estas naciones se rebelaran contra el gobierno de los asirios. Por alguna razón, tal vez cuando murió Tiglat-Pileser, Oseas, rey de Israel, dejó de pagarle el tributo a Asiria e hizo un trato con Egipto. Eso equivalía a rebelarse contra Asiria. En venganza por la deserción de Israel, Salmanasar (727-722 a.C.), hijo de Tiglat-pileser y ahora rey de Asiria, llegó y le puso sitio a Samaria, la capital de Israel (724 a.C.). Murió antes de poder conquistar la ciudad, pero su sucesor, Sargón (722-705 a.C.), completó esa obra en el año 722 a. C. Los asirios destruyeron la ciudad y deportaron a los sobrevivientes a un exilio del que nunca regresaron. Eso le puso fin a la existencia política de las diez tribus y a la de Israel, el reino del norte.

Ahora quedaba sólo el pequeño país de Judá para enfrentar el poder de Asiria. Unos 20 años después de la caída de Samaria, la muerte de Sargón originó una reacción en cadena de rebeliones a través del imperio asirio. Ezequías, rey de Judá, animado por los egipcios, encabezó la rebelión de los estados vecinos contra el señorío de Asiria. Ezequías esperaba restablecer a Judá como una nación independiente, de modo que se negó a seguir pagándole los impuestos a Asiria. Esa fue la causa para que el nuevo rey asirio,

el hijo de Sargón, Senaquerib (705-681 a.C.), llegara a Judá. Después de vencer a los aliados de Judá, hizo retroceder al faraón egipcio, que había hecho un intento débil por ayudar a Judá. Ezequías no sólo le ofreció que le iba a pagar un fuerte tributo para deshacerse de los asirios agresores, sino también quitó el oro de las puertas del templo. Sin embargo, Senaquerib cambió de forma de pensar y exigió que se rindieran por completo. Ezequías se negó. En el año 701, el ejército de Senaquerib rodeó Jerusalén. Todo parecía perdido; nunca nadie había resistido por mucho tiempo la maquinaria asiria de sitio, como un general asirio les recordó jactanciosa y blasfemamente a los hombres de Jerusalén (2 Reyes 18:33-35).

No obstante, el Señor tenía otros planes. Por medio de Isaías, prometió que no iba a permitir que los asirios entraran a la ciudad; en realidad, en la ciudad no caería ni siquiera una flecha de los asirios (2 Reyes 19:32). Esa noche el ejército asirio sufrió grandes pérdidas; el ángel del Señor pasó por el campamento y mató a 185,000 soldados. A la mañana siguiente, el terreno estaba cubierto de cadáveres. Se levantó el sitio y Senaquerib regresó a casa. Los registros de Senaquerib dicen que su ejército salió de Jerusalén después de que recibió tributos y encerró a Ezequías en sus muros como a un pájaro enjaulado. Esos registros no dicen por qué no capturó Jerusalén. Era demasiado vergonzoso para que el orgulloso rey asirio admitiera que había fracasado.

Este fracaso en el intento de destruir Jerusalén marca el final de los tratos directos de Asiria con Judá. Como las otras naciones pequeñas del área, Judá continuó pagándole tributo a Asiria. Pero los reyes de Asiria tenían la mirada puesta en algo más grande que Judá, querían incluir a Egipto en su imperio. El rey asirio Esarhadón atacó a Egipto por primera vez en el año 675 a.C. La conquista del país fue llevada a cabo Asurbanipal en el año 663 a.C., con la destrucción de Tebas, la capital de Egipto, un acontecimiento al que se refiere Nahúm (3:8-10). Sin embargo, Egipto estaba a 1,600 kilómetros de Asiria, era imposible controlar a Egipto desde esa distancia. Además, Asiria empezaba a dar

señales de estar fatigada por la batalla. Ya se acercaba el tiempo que el Señor había establecido para el fin de la guerra. Por el año 651 a.C. Egipto se había librado una vez más del dominio de los asirios.

En el año 627 a.C. la potencia asiria llegó rápidamente a su fin con la muerte de Asurbanipal. Babilonia obtuvo su independencia en el año 626 a.C., y hasta se atrevió a atacar el territorio asirio. Los medos, que vivían en lo que ahora es Irán, comenzaron a presionarlos por el oeste. El resultado fue una serie de campañas contra la patria asiria que culminó cuando los medos y los babilonios sitiaron y destruyeron Nínive en el año 612 a.C. Asiria pasó a la historia con todo su poder, su arrogancia, y su fuerza militar.

La ciudad de Nínive

La mayor parte del tiempo Nahúm no se dirige a toda la nación asiria, ni siquiera al rey de Asiria; toda su atención se centra en la ciudad de Nínive, la capital de Asiria. Nínive estaba ubicada a la orilla este del río Tigris. Sus ruinas, al otro lado del río de la moderna ciudad iraquí de Mosul, consisten principalmente de dos túmulos o tell (el término árabe para las acumulaciones de ruinas en capas). Al túmulo del norte se le llama Kuyunjiq (“muchas ovejas”, nombre que indica que el lugar volvió casi totalmente a su estado rural). Al túmulo del sur se le llama Nebi Yunud (“el profeta Jonás”, llamado así por los cristianos asirios posteriores debido a la relación de Jonás con la ciudad). En medio de las secciones del sitio está el río Khosr que fluye al oeste al Tigris. Nínive recibió su nombre de la diosa principal del panteón asirio: conocida en Babilonia como Istar.

En los días de Nahúm, Nínive ya era una ciudad antigua, que tenía alrededor de dos mil años. La Biblia la menciona por primera vez en Génesis 10:11,12. Allí Moisés afirma que los descendientes del hijo de Noé, Cam, establecieron la ciudad originalmente. Los registros antiguos de Babilonia también se refieren a la existencia

de Nínive antes del año 2000 a.C. El pueblo creció gradualmente, pasando de ser un centro de trueques y puesto de avanzada, hasta llegar a ser una gran metrópolis. En su apogeo, la ciudad misma tenía cerca de cinco kilómetros de largo y unos dos kilómetros y medio de ancho. La extensión de la Nínive mayor, la ciudad y sus suburbios, era de alrededor de 48 kilómetros de largo y 16 kilómetros de ancho. En la ciudad vivían ciento veinte mil personas; muchas más vivían en los pueblos circundantes. Junto con las ciudades de Cala y de Asur, que quedaban más al sur al lado del Tigris, Nínive formaba el centro urbano de Asiria. La mayor parte del resto de Asiria estaba formado por campos agrícolas.

A través de toda la historia de Asiria, Nínive fue un centro político y religioso importante. Antes de que Asiria obtuviera su independencia y su propio rey, los gobernantes extranjeros habían construido templos, y unos seiscientos años antes del tiempo de Nahúm un rey asirio había construido su palacio. También lo hicieron muchos reyes que lo sucedieron, pero la mayor parte de este tiempo Nínive no fue la capital Asiria.

La ciudad alcanzó el punto culminante de su gloria durante el reinado de Senaquerib, el rey que había sitiado la Jerusalén de Ezequías en el año 701 a.C. Senaquerib convirtió a Nínive en la capital de la Asiria imperial. Reconstruyó el muro que rodeaba a la ciudad, a una altura de 30 metros en algunos lugares. Era tan ancho que cabían cuatro carros de guerra andando lado a lado. En los casi trece kilómetros del muro que se extendía alrededor de Nínive había quince puertas principales, cada una vigilada por enormes estatuas de toros de piedra. Dentro de los muros de la ciudad, en las riberas del río Khosr, Senaquerib construyó un enorme palacio. Alrededor del palacio había 917 metros cuadrados de muros de piedra esculpida que representaban sus muchas victorias en la batalla.

El mismo Senaquerib se encargó de que la ciudad fuera en verdad hermosa. Abrió muchas calles nuevas y amplió las plazas de la ciudad. Tenía un enorme jardín botánico cerca de su palacio

y construyó varios parques en la ciudad. Senaquerib hasta construyó un zoológico y lo llenó de animales exóticos de su reino y de otras partes.

Esta gran ciudad con su población de proporciones considerables necesitaba una gran cantidad de agua. La fuente de agua más lógica, el río Tigris, no era apropiada para el consumo humano por la cantidad de cieno que llevaba; por eso el pueblo de Nínive tenía que depender del pequeño río Khosr que fluía a través de la ciudad. Por desgracia, la corriente natural de agua del Khosr estaba en su punto bajo cuando el agua se necesitaba más en Nínive. En los veranos secos y calurosos de Asiria, la gente y los animales necesitaban mucha agua. Todos los parques y jardines de Senaquerib también se debían irrigar. Se tenía que hacer algo para que Nínive pudiera mantener tanto su tamaño como su belleza.

Lo que Senaquerib hizo fue algo espectacular, creó una de las maravillas de la ingeniería de su tiempo: una red fluvial para Nínive. Con el objeto de abastecer el Khosr y aumentar la cantidad de agua disponible para la ciudad, Senaquerib construyó canales de 48 kilómetros de largo que iban desde los riachuelos de lo alto de las montañas hasta abajo al Khosr. En un lugar, para conseguir que el agua pasara a través de una quebrada, construyó un acueducto de casi 270 metros de largo y 22 metros de ancho. Contenía medio millón de toneladas de roca. Allí construyó una presa para contener el agua del Khosr a cierta distancia por arriba de Nínive hacia el este. De esa manera el agua que estaba en las presas se podía guardar para la estación seca, cuando hubiera gran necesidad de ella.

Desde Sargón, el padre de Senaquerib, hasta el último rey fuerte Asurbanipal, los reyes asirios coleccionaron obras literarias, especialmente de Babilonia, al sur. Los escribas reunieron y volvieron a copiar los textos antiguos en tablillas de arcilla. Después los guardaron en estantes en una inmensa biblioteca real. Los arqueólogos que han trabajado en Nínive han calculado que más de 10,000 textos separados están representados en las 16,000

tablillas de arcilla que se han recobrado de ese lugar. No hay evidencia de que los mismos reyes asirios hayan sido alfabetizados, ni de que pasaran tiempo leyendo detenidamente su gran colección, pero les hicieron un gran favor a los historiadores de nuestro tiempo. Si no hubieran creído conveniente coleccionar estas obras antiguas, las generaciones futuras no las hubieran conocido.

Los reyes de Asiria le prodigaron gran cantidad de dinero a Nínive, en particular después de que se convirtió en la ciudad capital. Gran parte de ese dinero provenía del tributo, o de los impuestos que obligaban a las naciones conquistadas (como Israel) y los reinos vasallos (como Judá) a pagar anualmente. Además, era necesario un gran número de esclavos para llevar a cabo las proezas ambiciosas de ingeniería como el acueducto de Senaquerib. Esos esclavos también procedían de naciones como Israel, que los ejércitos de Asiria habían conquistado y llevado al exilio. Así que fue una descripción muy apropiada cuando Nahúm en su libro habló de la ciudad de Nínive como “ciudad sanguinaria... llena de rapiña” (3:1).

Además, los ejércitos que Asiria había enviado en todas direcciones provenían de otras naciones y no sólo de Asiria. Se esperaba que cada provincia asiria y cada nación sometida proporcionaran cada año cierto número de soldados para ayudar a Asiria en sus conquistas. Los soldados de las naciones conquistadas peleaban bajo la bandera asiria para conquistar más naciones, todo para la gloria de Asiria y de sus reyes.

Cuando los pueblos de las naciones que estaban alrededor de Nínive veían la gran ciudad, se daban cuenta de que ahí estaban: las enormes riquezas, el dinero, y las posesiones, que una vez les habían pertenecido. Veían los magníficos edificios que sus parientes esclavizados habían construido, veían la gloria de la ciudad misma, gloria obtenida con la sangre de sus caídos: hijos, padres, y hermanos. Asiria y Nínive eran odiadas con razón por los que habían sido aplastados bajo sus pies de hierro y habían sido

obligados a contribuir fuertemente para su mayor gloria. Como lo profetizó Nahúm, no se derramará ninguna lágrima cuando Nínive sea destruida: a menos que esas lágrimas sean de alegría. Saludarán la caída de Nínive sólo rostros sonrientes y manos que aplauden.

Política militar asiria

Cuando las personas están familiarizadas con la historia antigua y piensan en la política militar de Asiria, casi de inmediato piensan en expresiones como “excesivamente cruel” e “inhumana”. Existe una buena razón para eso, en las guerras que llevaron a cabo los asirios cometieron una atrocidad tras otra. Era común que mutilaran a los cautivos: sacándoles los dientes, cortándoles la nariz y las orejas, arrancándoles los ojos, cortándoles los dedos de las manos y de los pies, o los brazos y las piernas. A los líderes de las ciudades que se rebelaban contra Asiria los trataban de una forma horripilante, muchas veces los ensartaban en estacas que se habían puesto alrededor de los muros de las ciudades capturadas. O los despellejaban vivos (eso lo hacían expertos que eran traídos especialmente para ese propósito, que podían despellejar a una persona sin que quedara inconsciente, para que sintiera todo el dolor de ser desollada). La piel de los líderes desollados la amontonaban a las puertas de la ciudad o la colgaban de los muros para que la viera el pueblo horrorizado.

Los asirios se justificaban diciendo que tenían buenas razones para hacerlo; esas crueldades tenían el propósito de dar una lección objetiva, o ejemplo, a los que se resistían a la invasión asiria o se rebelaban contra el señorío asirio cuando el ejército no estaba en el área. En realidad, sabemos de estas atrocidades porque los mismos asirios esculpieron representaciones de ellas en los muros de piedra que bordeaban la larga entrada al palacio del rey en Nínive. Cualquier embajador extranjero que visitara Nínive tendría un recordatorio gráfico del poder asirio cuando viera esas escenas

mientras iba en camino para ver al rey. La reputación que Asiria había establecido al perpetrar estas acciones sin duda hacía que la gente temblara y cediera fácilmente ante el poder asirio. También hacía que la gente odiara más a los asirios.

La política exterior de los asirios consistía en llevar a mucha de la gente del pueblo que habían conquistado recientemente a su propia tierra y establecerla en Asiria o en alguna otra parte del imperio. Después regresaban y reemplazaban a las personas de la tierra que acababan de desalojar con gente de otro territorio conquistado. Por eso, cuando Asiria conquistó Israel, deportaron a muchos israelitas como prisioneros de guerra y después los restablecieron en la parte oeste de Asiria y en Media al este distante, lugares de los que esos cautivos nunca regresaron. Con el objeto de repoblar las ciudades israelitas abandonadas llevaron extranjeros a Israel. Con el tiempo, a esos extranjeros se les conoció como los samaritanos. Durante el sitio de Jerusalén por Senaquerib, el general asirio les anunció a los hombres de la ciudad que no los iban a matar si se rendían pacíficamente, y que los llevarían al exilio. También les prometió que la tierra a donde los iba a llevar era similar a la de su patria, una tierra donde disfrutarían del buen vivir.

Los generales asirios que estaban a cargo de la política exterior empezaron a razonar en que si las personas desplazadas vivían en tierra extraña tendrían menos posibilidades de rebelarse contra sus gobernantes. Sin embargo, esa política intensificó el gran resentimiento que sentían contra los asirios, ocasionando que la caída de Asiria fuera de gran regocijo en todo el territorio de dominio asirio.

Bosquejo

El siguiente bosquejo ayudará a dividir el libro de Nahúm en las diferentes partes que lo componen.

Tema: El Dios Salvador actúa en defensa de su pueblo

- I. Título (1:1)
- II. Salmo de la venganza y de la bondad del Señor (1:2-15)
 - A. La verdad divina: el Señor se venga de sus enemigos y libra misericordiosamente a los que confían en él (1:2-7)
 - B. Se aplica la verdad: a Nínive se le destruirá y a Israel se le restaurará (1:8-15)
- III. Profecía de la destrucción de Nínive (2:1-3:19)
 - A. Destrucción de la ciudad (2:1-13)
 - B. Causa de la caída de la ciudad (3:1-19)

PRIMERA PARTE
Título
Nahúm 1:1

1 Profecía sobre Nínive. Libro de la visión de Nahúm de Elcos.

Antes de comenzar su mensaje, el profeta Nahúm dice que lo que está a punto de narrar es una “profecía” y un “libro de la visión”. La palabra hebrea que se traduce como “profecía” en realidad significa “levantar” o “algo que debe ser levantado”, como una carga pesada. Entonces el término se refiere a la voz del profeta que *se levanta* contra Nínive, o a *la carga pesada* del juicio del Señor que Nahúm deposita en los hombros de la ciudad. Cuando los profetas de Dios usan este término, indican generalmente que viene un pronunciamiento de juicio o de condenación.

Las palabras del profeta se dirigen contra Nínive, pero el anuncio que hace Nahúm del juicio del Señor va mucho más allá de los muros de la ciudad. Nínive era la capital de la Asiria imperial, su esplendor y su poder servían de ejemplo para la gloria y el orgullo de toda Asiria, que era el superpoder de su tiempo. Por eso, cuando Nahúm se dirige a Nínive se refiere a todo y a todos los que estuvieran asociados con el poder y la gloria de Asiria.

Es extraño que a la profecía de Nahúm se la llame “visión”. Parece como que si tuviera doble título, pero es posible que Nahúm haya pensado que el primer título, “profecía”, no era totalmente adecuado y que no daba una descripción exacta a su mensaje. El profeta quería que sus lectores supieran aún más acerca de sus palabras. La palabra “visión” tiene un énfasis diferente que el término “profecía”. No habla tanto del *contenido* del libro, sino de *cómo* el Señor le dio el mensaje a su profeta. Las visiones, junto con los sueños, eran las maneras en que el Señor había prometido

que les revelaría su palabra a sus mensajeros escogidos (Números 12:6; Joel 2:28; Hechos 2:17). Tanto Isaías (1:1) como Abdías (1:1), usan la palabra en el sentido que lo hace Nahúm, como un término técnico para recibir un mensaje del Señor.

No sabemos si *el ver* del profeta fue un uso literal de su sentido de la vista o si implicaba la comunicación directa de Dios con la mente del profeta, pero el significado es claro: el mensaje es de Dios. Nahúm no expresa su propia opinión acerca de lo que le debe o le puede suceder a Nínive; él es el portavoz del Señor; todo lo que hace es transmitir las palabras que ha recibido directamente del Señor.

El mensaje de Nahúm fue totalmente inesperado; llegó como una sacudida completa. Después de todo, Nínive todavía estaba en sus años de gloria, era imposible creer que ese imperio tan poderoso, el único superpoder de su tiempo, pudiera caer. ¿Nínive va a caer y será destruida? No, eso no puede suceder, ¡por lo menos no en un futuro próximo! Tal vez por esa razón Nahúm puso tanto énfasis en la verdad de que el Señor todopoderoso del futuro y el Dios de las naciones, era quien revelaba estas verdades a través de él. Por eso, aunque no sabemos con exactitud por qué Nahúm usó el término, “visión”, sirve como un testimonio divino de la inspiración verbal del mensaje de Nahúm y nos asegura que él habla la palabra de Dios.

Aunque otros profetas también han llamado “visiones” a sus mensajes, Nahúm es el único que llama a su obra “libro de la visión”. Eso se puede referir sencillamente al hecho de que escribió sus palabras para que se leyeran, más bien que entregarlas verbalmente y después conservarlas por escrito. La palabra “libro” también se podría entender como un pergamino. Así enfatizaría el hecho de que esta profecía era corta y el escrito cabría en un rollo. Además, se podría entender en el sentido de la palabra española *volumen*. Eso indicaría que Nahúm veía su mensaje como uno de tantos que el Señor les había otorgado a sus profetas y que formaría parte de una obra mayor con un título algo así como “Las profecías del Señor a su pueblo”.

En este título Nahúm da su nombre y dirección. Ninguna otra fuente bíblica ni fuera de la Biblia nos dice nada sobre él. ¡Qué ironía! Dios usa a un hombre humilde y desconocido de una aldea oscura para que le transmita su juicio al imperio más poderoso de ese tiempo. Cualquiera que hubiera escuchado las palabras de Nahúm en la época en la que las dijo, es muy probable que hubiera supuesto que Asiria fácilmente podría darse el lujo de pasar por alto su mensaje, de la misma manera como a un toro no le molesta un zancudo. Sin embargo, las palabras de juicio que pronunció Nahúm todavía permanecen después de 2600 años, y Asiria y su capital Nínive han permanecido en el polvo por casi el mismo tiempo. El Señor puede usar el mensajero o los medios más humildes para cumplir su voluntad, y a través de ellos puede llevar a cabo cosas verdaderamente sorprendentes. Eso es verdad, ya sea que hablemos de un profeta insignificante que les anuncia la condenación a los imperios más poderosos del mundo, o que hablemos de la mujer más humilde, de una virgen, que dará luz al Salvador del mundo.

SEGUNDA PARTE

Un salmo de la venganza y de la bondad del Señor Nahúm 1:2-15

La verdad divina

El Señor se venga de sus enemigos

**²«Jehová es Dios celoso y vengador;
Jehová es vengador//y está lleno de indignación;
se venga de sus adversarios
y se enoja con sus enemigos.**

Nahúm no aborda directamente el tema de la destrucción de Nínive, es un profeta del Señor y quiere que el pueblo de Dios sepa por qué habla de esa forma. Por supuesto, Nínive será destruida, pero la razón de esto está en *quién es Dios* y cómo actúa en el mundo. Por eso el profeta explica primero cómo es el Señor. Comienza con un himno que describe algunas características generales del Señor, características que entrarán en juego cuando el Señor le empiece a ajustar las cuentas a la impía Nínive.

¿Quién es este Dios que se levanta para amenazar a la gran Nínive?, y ¿por qué ha esperado tanto tiempo? Nahúm lo presenta como “Jehová”. La NVI escribe el nombre SEÑOR con todas las letras en mayúscula para indicar que la palabra que usa Nahúm no es la palabra hebrea normal para “señor” o “amo”. La palabra que se traduce como “SEÑOR” es el nombre especial y propio que los israelitas usaban para su Dios. Algunas Biblias usan los equivalentes para las letras hebreas Y(J), H, V(W), H y entonces escriben la palabra como *Yahveh* o *Jehová*. Los judíos del tiempo después del exilio consideraban que este nombre especial era demasiado sagrado para pronunciarlo; por eso, cada vez que lo veían escrito decían “*Adonai*”, que es la palabra hebrea normal para “amo” o “señor”.

Varios siglos después del tiempo de Cristo, los eruditos judíos les añadieron vocales a las Escrituras hebreas (hasta ese tiempo

las palabras hebreas se habían escrito sólo en consonantes). Cuando lo hicieron pusieron las vocales para Adonái bajo las consonantes JHVH, para mostrar cómo querían que se pronunciara la palabra. Si se pronuncian las cuatro consonantes hebreas para el nombre especial de Dios con las vocales para Adonái, entonces tendrá la combinación *Jehovah*. Entre nosotros éste se ha convertido en un nombre popular para Dios, pero nunca lo usaron los israelitas antiguos ni los judíos posteriores a ese tiempo.

La palabra *JHVH* proviene del verbo hebreo “ser” y significa simplemente “él es”. Los israelitas conocían a Dios con este nombre: “ÉL ES”. Cuando Dios se reveló a Moisés en la zarza que ardía, usó el nombre en la forma de la primera persona y se identificó como “YO SOY EL QUE SOY” (Éxodo 3:14). Cuando los israelitas usaban este nombre, pensaban en el Dios que los había escogido y que había hecho un pacto para tratar con ellos con su amor fiel.

El nombre “ÉL ES” le recordaba su amor soberano al pueblo de Dios. A diferencia de nosotros, Dios es un ser de existencia y de actividad independientes. Nosotros existimos y actuamos: porque Dios nos llamó a existir, porque nuestros padres nos transmitieron el don de la vida, y porque las condiciones de esta tierra son buenas para mantener la vida; sin todas estas condiciones no podríamos existir. Sin embargo, Dios no depende de nadie ni de nada, sencillamente “él es” y hace lo que él quiere. Si escogió amar a Israel y hacerlo suyo, es por la única razón de que “ÉL ES”, y es amor.

Ese nombre también le recordaba a Israel que en el pasado Dios cumplió fielmente sus amenazas y sus promesas. En el Antiguo Testamento muchas veces oímos del Señor, el Dios Salvador de Israel, que amenaza con castigar a los malvados y que promete bendecir a los que se aferren a él con fe. Él es el guerrero divino que destruye a sus enemigos y rescata a su pueblo. Con frecuencia terminaba sus amenazas y sus promesas con la frase: “y sabrán que yo soy Jehová” (Ezequiel 25:11, por ejemplo). Cuando los creyentes de Israel llamaban a Dios “Jehová”,

expresaban su firme creencia de que el Señor cumpliría las promesas que en su amor les había hecho y que este mismo amor fiel lo llevaría a librarlos de los enemigos que los odiaban. Nahúm les aseguró a sus lectores que Dios, por amor a ellos, estaba como el SEÑOR a punto de actuar contra sus enemigos. Él es el Dios de misericordia gratuita y fiel, y no permitirá que nadie atropelle su misericordia ni su gracia.

La descripción que hace Nahúm del Señor que estaba a punto de actuar no era extraña para los israelitas ni tampoco es algo que nunca hubieran oído antes. Lo describe de la misma manera que el Señor se había descrito a él mismo. Lea los capítulos 20 y 34 de Éxodo, y encontrará que el Señor les habla de él mismo a Moisés y a los hijos de Israel, en el monte Sinaí en los mismos términos que Nahúm usa aquí.

Nahúm dice que el Señor es Dios “celoso”. Cuando a los seres humanos se les describe como celosos, la palabra con frecuencia tiene una connotación negativa: de envidia, celos, y sospecha. No obstante, cuando al Señor se le llama Dios “celoso”, no tiene la connotación mencionada, significa sencillamente que como: Creador, Redentor, y Santificador, del hombre, tiene derecho: a la devoción exclusiva, a la obediencia, y al servicio, de su pueblo. Significa que no tolerará rivales y que puede exigir y exige que toda la humanidad desde el fondo de su corazón: lo tema, lo ame, y que confíe en él. Éste es su derecho, y demostrará su ira si no aparece esa respuesta a él y a su amor.

En otros seis lugares del Antiguo Testamento a Dios se le describe como celoso (Éxodo 20:5; 34:14; Deuteronomio 4:23,24; 5:9; 6:14,15; Josué 24:19). Esos pasajes incluyen advertencias a Israel acerca de abandonar al verdadero Dios y dar la gloria y la alabanza a los dioses falsos de las naciones que los rodeaban, que con justicia le pertenecen sólo a él. Si hacían esto, se enfrentarían al Dios furioso, porque el Señor es Dios celoso.

Este versículo de Nahúm es único, en el sentido de que pone ante los ojos de una nación pagana la advertencia de la justicia y de los celos consumidores del Señor. Con sus palabras y acciones

los asirios se habían negado a aceptar que Israel era propiedad del Señor; por eso iban a enfrentarse a sus celos. Debido a que ya lo conocían es probable que el Señor haya hecho aún más responsable al pueblo de Nínive. Hacía siglo y medio Jonás les había predicado la verdad acerca de él en la misma ciudad de Nínive. De todos modos, si ésta es la razón o no, el Señor quiere que su pueblo sepa que hasta las naciones paganas deben reconocer su señorío. Si no lo hacen, y especialmente si actúan a propósito contra él y contra su pueblo, tendrán que enfrentarse a su ira.

La “venganza” del Señor también desempeña un papel importante en la descripción de Nahúm. Se menciona tres veces en este versículo. La venganza se centra en la justicia castigadora del Señor; Dios retribuirá toda impiedad y opresión contra su pueblo, sin importar cuán poderosas e incontenibles puedan ser esas fuerzas. ¡Qué pensamiento aleccionador para que lo consideren tanto los creyentes como los no creyentes!

Sin embargo, Nahúm no ha terminado de describirnos el cuadro de la venganza del Señor. Debemos entender que “se enoja contra sus enemigos”. El enojo humano tiende a enfriarse con el tiempo; la furia colectiva de toda una comunidad puede desatarse sobre todo contra una persona que ha cometido un crimen atroz, pero después de un tiempo la gente se olvida de la cólera que sentía y ésta desaparece, pierde el deseo de castigar el mal. Pero con Dios no es así. La justicia santa de Dios produce un enojo que no se olvidará ni desaparecerá hasta que se haga su justicia.

Esta verdad no se debe confundir con el pecado humano de guardar rencor. La ira de Dios es perfectamente justa porque fluye de una justicia perfecta que reacciona ante el pecado humano. A veces nuestro enojo puede reflejar el celo de Dios por la santidad y, por lo tanto, se puede decir que es justo y justificado. Pero nuestro enojo también está manchado con el pecado, muestra una falta de paciencia y una mala disposición para perdonar. Por lo tanto, el apóstol Pablo cita un salmo y dice: “Airaos, pero no

pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo” (Efesios 4:26). En vez de eso nos anima: “Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes bien, sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como también Dios os perdonó a vosotros en Cristo” (versículos 31,32).

Hay algo más que se debe decir acerca de la venganza de Dios. Tomar venganza es su derecho como Dios, y eso le pertenece solamente a él. A veces él le puede delegar ese derecho a las autoridades humanas como el gobierno, pero de otro modo el pueblo del Señor no debe vengarse. San Pablo escribe: “No os venguéis vosotros mismos, amados, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Romanos 12:19).

**³ Jehová es tardo para la ira//y grande en poder,
y no tendrá por inocente al culpable.
Jehová marcha sobre la tempestad//y el torbellino,
y las nubes son el polvo de sus pies.**

Puede parecer extraño encontrar las palabras “tardo para la ira” al principio de este versículo. Nahúm ha estado describiendo la venganza poderosa e incontenible de Dios. ¿Por qué incluir una frase que generalmente se emplea en conexión con la compasión y el amor de Dios? Hay varias razones para explicar por qué es necesaria esta calificación de la ira de Dios. En primer lugar, el hecho de que el Señor no se enoja rápidamente, se puede malinterpretar como una señal de debilidad o como una falta de compromiso de su parte. Nada podría estar más lejos de la verdad, la justicia divina no se debilita ni es puesta de lado por demoras aparentes.

Ser “tardo para la ira” es una manifestación de la paciencia del Señor. Él dice por medio del profeta Ezequiel: “No quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis” (18:32). La misma paciencia que movió al Señor a enviar

a Jonás para que llamara al arrepentimiento a los de Nínive, ahora estaba aplazando la ejecución de su juicio terrible. El que el Señor es “tardo para la ira” no significaba que no tuviera el poder ni la voluntad de castigar a la Asiria altanera y hostil. Tarde o temprano esa nación impenitente tendrá que enfrentarse a la ira de Dios. Como él nos asegura el Señor no permitirá que continúen indefinidamente ese desafío y esa hostilidad: “no tendrá por inocente al culpable”. Los asirios habrían sido borrados de la faz de la tierra hacía mucho tiempo si no hubiera sido porque el Señor es “tardo para la ira”.

Una segunda razón para la lentitud de la ira de Dios es su justicia. Si el Señor castiga a alguna nación, o grupo, o persona, es porque ellos mismos lo provocaron. El Señor nunca castiga demasiado rápido, antes de que los malvados merezcan ser castigados, ni antes de que merezcan recibir la plena medida de la venganza de Dios. Eso fue verdad en el caso de los cananeos, de quienes podríamos estar tentados a pensar que fueron víctimas del amor de Dios por Israel. Dios le dijo a Abraham que sus descendientes tendrían que esperar hasta la cuarta generación antes de poder poseer la tierra de Canaán, porque “hasta entonces no habrá llegado a su colmo la maldad del amorreo” (Génesis 15:16). Por eso, antes de que los hijos de Israel entraran realmente en la tierra prometida, Dios les informó: “No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos, sino por la impiedad de estas naciones, Jehová tu Dios las arroja de delante de ti” (Deuteronomio 9:5).

El Señor usó el mismo principio al tratar con las ciudades de Sodoma y Gomorra. Ya en el tiempo de Abraham la impiedad de esas ciudades era proverbial. Sin embargo, antes de que el Señor destruyera esas ciudades malvadas le dijo a Abraham: “Por cuanto el clamor contra Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo, descenderé ahora y veré si han consumado su obra según el clamor que ha venido hasta mí; y si no, lo sabré” (Génesis 18:20,21). Las ciudades de Sodoma y Gomorra y la tierra de Canaán no habían sido víctimas

de un juicio apresurado ni injusto del Señor, y los asirios tampoco lo serían. Cuando esas naciones paganas merecieron el castigo de Dios, él actuó, y ni un momento antes. Dios es justo, pero al mismo tiempo nunca pasará por alto la impiedad ni permitirá que los culpables queden impunes.

Al terminar este versículo, la manera como el Señor trata con la gente que ha creado, y en particular los que lo resisten, se asocia con los elementos poderosos: del torbellino (o tornado), la tormenta, y las nubes. Las naciones paganas con las que los israelitas llegaron a estar en contacto, inclusive los asirios, les atribuían estas fuerzas de la naturaleza a sus dioses de la tormenta. Nahúm les asegura a sus lectores que esas fuerzas son más bien una manifestación del poder del Señor. El Dios que es el Creador y controlador de esas fuerzas, es seguramente el Ser al que hay que tener en cuenta; su poder y su majestad se deben temer y respetar. Al pasar por alto ese poder, los asirios se pusieron en grave peligro.

**⁴ Amenaza al mar y lo seca,
y agota todos los ríos;
el Basán y el Carmelo languidecen,
y la flor del Líbano se marchita.**

**⁵ Ante él tiemblan los montes,
y los collados se derriten.
La tierra se conmueve en su presencia,
el mundo y todos los que en él habitan.**

**⁶ ¿Quién puede resistir su ira?
¿Quién quedará en pie
ante el ardor de su enojo?
Su ira se derrama como fuego
y ante él se quiebran las peñas.**

El Salmo 106, habla del Señor que reprende al mar Rojo al comienzo del éxodo de Egipto. El mar se dividió para que los israelitas pudieran pasarlo en tierra seca. El comienzo de estos

versículos también se puede referir al éxodo, pero el alcance desde luego no se limita a esto.

El Señor puede controlar o cambiar lo que ha creado; puede secar cualquier mar o río, en donde sea, cuando él quiera. Las ubicaciones que menciona Nahúm en la tierra de Israel y alrededor de ella, jardines como “el Basán y el Carmelo” y la flor del “Líbano”, eran conocidos por su fertilidad y sus fuentes disponibles de agua. Sin embargo, la vegetación abundante que esos lugares producían todavía dependía de la voluntad del Señor. Él lo podría secar en un instante.

En el mundo no hay nada que parezca más permanente que las montañas, pero el Señor puede hacer que se sacudan, las puede nivelar con la tierra y también hacerlas desaparecer. Lo que Nahúm describe aquí es una violenta actividad sísmica. Cada vez que un terremoto sacude los fundamentos de la tierra, la gente se siente inquieta e impotente, se perturba grandemente su sensación de seguridad y de bienestar. En esos terremotos impresionantes está el poder del Señor, y él es más poderoso que ellos. A este Dios que siembra el terror en toda la naturaleza, ¿se le dificultaría destruir a Asiria? Cuando se despierte su enojo y decida juzgar toda impiedad, ¿se le dificultaría destruir el mundo? Jesús nos dice que estas mismas fuerzas nos deben recordar que todo este mundo está bajo el juicio de Dios y que lo destruirá por el poder de su palabra al fin de los tiempos (vea Mateo 24:4-35).

Ahora Nahúm comienza a hacer aplicaciones específicas. Lo que el Señor puede hacer con los ríos y las montañas, también lo puede hacer seguramente con los individuos y las naciones. “¿Quién puede resistir su ira?; ¿y quién quedará en pie ante el ardor de su enojo?” En realidad las preguntas de Nahúm no necesitan ninguna respuesta; son preguntas verdaderamente pertinentes cuando la furia se puede describir en términos de una actividad volcánica, de fuego que rompe las rocas. Si el juicio venidero del Señor es tan irresistible como la lava que avanza, ni siquiera el poder de los ejércitos de Asiria le podrá hacer frente. Ningún imperio, desde entonces, sin considerar el poder de sus

armas ni el tamaño sus fuerzas, ha sido más exitoso de lo que era Asiria cuando el Señor decidió ponerle fin a su existencia. Con una serie de descripciones muy gráficas, Nahúm ha pintado un cuadro terrible de la justicia vengadora del Señor y de su poder supremo. Nada puede permanecer contra el Dios poderoso y vengador. Si Asiria y su capital Nínive son el blanco del Señor, entonces Asiria está condenada.

El Señor libra misericordiosamente a quienes confían en él

**⁷ Jehová es bueno,
fortaleza en el día de la angustia,
y conoce a los que en él confían.**

El enfoque y el tono del profeta cambian de repente. Nahúm había estado poniendo el énfasis en el poder del Señor y en la manera en que lo demuestra en sus actos de venganza y de ira contra sus enemigos. Ahora se vuelve a un pensamiento más consolador al proclamar: “Jehová es bueno”, y “conoce a los que en él confían”. El Señor tiene en su corazón el bien de su pueblo, y “en el día de la angustia” y de las dificultades, el pueblo se dará cuenta de que él es su “fortaleza”.

En tiempos de gran peligro, cuando un ejército enemigo los invadía, los pobladores de las aldeas de los países antiguos se dirigían a la ciudad amurallada. Dentro de esa ciudad con frecuencia había una segunda área amurallada: la ciudadela o fortaleza. Cuando la gente entraba a esa área se encontraba en medio de paredes dobles; era la mejor protección que podían tener contra las fuerzas enemigas invasoras. Nahúm dice que el Señor es este tipo de refugio o fortaleza, le ofrece a su pueblo la mejor protección que jamás esperarían encontrar.

Éste es uno de muchos lugares de las Escrituras en los que se le asegura al creyente que Dios es en verdad el castillo fuerte, que los que le pertenecen siempre pueden contar con la bondad y la fidelidad del Señor. Nuestro Dios fiel siempre tendrá la protección

y la liberación de los creyentes como una de sus principales prioridades. Es probable que los creyentes individuales, o el pueblo de Dios como un todo, se tengan que enfrentar a fuerzas incluso más poderosas, hostiles, y terribles, que las de Asiria. La evaluación simplemente racional de la situación podría llevar a la conclusión: de que todo se ha perdido, de que el pueblo de Dios perecerá, de que los propósitos de Dios fracasarán. Entonces la confianza en el Señor pone de lado a la razón. En esa situación el corazón del creyente avanza y se pone frente a la mente y dice con confianza: “Jehová es bueno, es fortaleza en el día de la angustia”.

Aunque Nahúm cambió *el enfoque* aquí en el versículo 7, no cambió *de tema*. Todavía sigue describiendo al mismo Dios. Sin embargo, ahora mira la otra cara de la moneda. Cuando el Señor lleve la destrucción sobre Nínive, al mismo tiempo y en la misma acción, le dará la liberación a su pueblo que estaba en apuros. Con frecuencia los actos de castigo y de venganza de Dios que caen sobre sus enemigos, significan la salvación para sus creyentes. Por medio del profeta Isaías el Señor dice: “Porque el día de la venganza está en mi corazón, y el año de mis redimidos ha llegado” (63:4). El Señor le dará la protección más segura a su pueblo quitando sencillamente la amenaza del poder asirio. Por esa razón Nahúm pasa suavemente de hablar de la bondad protectora del Señor (versículo 7) a profetizar la destrucción total de Nínive (versículo 8).

***Se aplica la verdad: Nínive será destruida
y a Israel se le restaurará***

**⁸ Mas con inundación impetuosa
consumirá a sus adversarios,
y las tinieblas perseguirán a sus enemigos.**

Por primera vez, Nahúm deja de describir la venganza y la bondad del Señor en términos generales y habla sobre la captura y la destrucción de Nínive en términos concretos y específicos.

(La NVI dice: “destruirá a Nínive”). La palabra Nínive no aparece en el texto original. El texto hebreo dice simplemente: “Destruirá el lugar con una inundación arrasadora”, vea la nota al pie de la página en la Nueva Versión Internacional. En la frase no se encuentra antecedente para el pronombre “ella”, ni tampoco ninguna palabra a la que se refiera, pero el contexto indica que se trata de uno de los enemigos del Señor que encontrará su fin, y el enemigo al que se refiere en el título es Nínive. Entonces es razonable la suposición que hace la Nueva Versión Internacional de que aquí el pronombre se refiere a Nínive.

No hay duda de que la imagen de una “inundación impetuosa” tiene la finalidad de describir algún tipo de fuerza destructora que le pondrá fin a Nínive. En el libro de Isaías, el verbo que se relaciona con este sustantivo se usa para describir los ejércitos hostiles de Asiria que entran en tropel a Canaán y amenazan aniquilar a Israel: “El Señor hace subir sobre ellos aguas de ríos, impetuosas y copiosas, esto es, al rey de Asiria con todo su poder; el cual desbordará todos sus ríos, e desbordará sobre todas sus riberas; y pasando por Judá, inundará y seguirá creciendo, hasta llegar a la garganta” (8:7,8). Por lo tanto, es posible que esta expresión que usa Nahúm sea una forma figurada de expresar que Asiria será aplastada por alguna fuerza militar invasora. Ahora Asiria sería la tierra inundada y destruida por ejércitos hostiles invasores.

Sin embargo, en 2:6,8 Nahúm hace ver el papel que desempeñará el agua en la captura y la destrucción de Nínive. Por eso la mención que se hace de la inundación aquí es probablemente más que lenguaje figurado. Es posible que sea una referencia a uno de los agentes de la vida real que contribuirá a la caída de Nínive, una verdadera inundación. No obstante, el mensaje de Nahúm es claro: podrá haber todo tipo de fuerzas naturales y humanas que desempeñarán un papel en la destrucción de Nínive, pero el Señor será el principal agente implicado. “[Él] consumirá a sus adversarios”, es decir, a Nínive. Dios mismo dirigió y

participó activamente en los acontecimientos que transformaron esta magnífica ciudad en un montón de polvo y escombros.

“Las tinieblas” serían el destino de Nínive, como resultado de la venganza del Señor que les perseguía. No hay nada agradable en toda esta descripción, tampoco en la predicción de lo que le espera a la ciudad impía. Cuando el Señor envió a Jonás a Nínive con la lámpara de su palabra y con un llamado al arrepentimiento, Nínive fue objeto de la gracia de Dios, pero ahora iba a tener que enfrentarse al sombrío rostro de su ira. Es verdad que la población de Nínive estaba disfrutando la cumbre de su brillante y gloriosa civilización incluso en el momento en que Nahúm escribía; el pueblo de Nínive era la envidia de todos los otros pueblos del mundo, ¡pero su futuro iba a cambiar rápidamente! Pronto sólo podrían esperar las tinieblas de la tumba y la destrucción eternas. Ellos y su envidiable estilo de vida yacerían en ruinas, y también su ciudad maravillosa. Dios en verdad los persiguió hasta “las tinieblas”. Por unos 2,400 años, Nínive quedó enterrada bajo enormes dunas, sin ser descubierta, inexplorada, y el lugar mismo de su antigua y fabulosa existencia fue clasificado como “desconocido”.

⁹ ¿Qué pensáis contra Jehová?

¡Él extermina por completo;

no tomará venganza dos veces//de sus enemigos!

¹⁰ Aunque sean como espinos entretejidos

y estén empapados en su embriaguez,

serán consumidos como hojarasca completamente seca.

El profeta se dirige a los enemigos de Dios, casi los desafía a oponerse al gran Dios de Israel. “Conspiren contra Jehová”, dice Nahúm, “y pueden tener la seguridad de que el Señor frustrará sus planes”. Eso sería verdad aunque al principio pareciera que los planes tenían éxito.

Asiria había conspirado antes contra el Señor y contra la tierra de Judá. En una de esas ocasiones Senaquerib, uno de los grandes reyes guerreros de Asiria, había invadido Judá. Fue en el año 701 a.C., dos generaciones antes de que Nahúm escribiera. Los ejércitos asirios entonces parecían incontenibles, marcharon a través de Judá y asolaron muchas de sus ciudades y pueblos pequeños (2 Reyes 18,19). Es posible que algunos de los antiguos lectores de Nahúm hayan recordado ese acontecimiento tan terrible. Pero, para ellos, lo más memorable de ese verano del año 701 a.C. no sería el poder de los asirios, ni lo que ellos asolaron, ni la gran cantidad de tributo que le exigieron a Ezequías, sino el fracaso de Senaquerib, que no pudo capturar Jerusalén.

El Señor cambió los planes de Senaquerib, destruyó a 185,000 soldados asirios en una sola noche y envió a Senaquerib a casa lamiéndose las heridas. Sin duda, el rey asirio lo percibió como un retraso temporal de sus planes; regresaría en otra campaña y terminaría lo que había comenzado, pero nunca se le presentó la oportunidad. Otras campañas y otros asuntos del imperio, lo mantuvieron ocupado por 20 años. Por último, lo mataron en una revuelta palaciega unos 40 años antes de que Nahúm comenzara su libro.

Así terminó el Señor con Senaquerib y su conspiración contra Dios y contra la tierra de Judá. Después de Senaquerib ningún otro rey asirio se volvió a acercar a las murallas de Jerusalén. La misma Nínive pronto yacerá en el polvo. Así terminarán todas las oportunidades de conspirar contra el Señor. Podemos estar tranquilos y seguros de que este destino les espera a todos los enemigos del Señor, sin importar cuán fuertes y gloriosos puedan ser. El Señor acabará con ellos y con sus planes. Ahora Nahúm prosigue a decirnos cómo lo hizo.

Sólo un ejército muy confundido se enredaría en la maleza llena de espinas para ser el blanco fácil de sus adversarios. Sólo un ejército muy descuidado e indiferente dejaría que sus soldados se emborracharan y así fueran incapaces de pelear en la batalla y

de defenderse. Sin embargo, el Señor arrastrará la orgullosa maquinaria militar asiria a esas mismas profundidades, en donde se verán inútiles e indefensos. No sólo los enemigos de Nínive desempeñarán un papel importante en su destrucción, sino también sus propios ejércitos legendarios se destruirán entre ellos mismos, dejando tanto la ciudad como sus habitantes en una posición en la que podrán ser destruidos con facilidad, como destruye la yesca un montón de paja seca.

Note el contraste vívido que nos describe Nahúm. Los habitantes de Nínive son como un material seco, sumamente inflamable. La chispa más pequeña los podría hacer arder. Por otro lado, el Señor es como la lava que avanza con el ardor de su enojo (1:6). Incluso la roca sólida, que no se quema, no puede obstaculizar su avance ni escapar de la destrucción. Con este contraste entre la naturaleza y en el poder de los adversarios, ¿qué oportunidad tendría Nínive cuando se enfrentara a la ira ardiente del juicio de Dios?

**¹¹ »De ti salió
el que tramó el mal contra Jehová,
un consejero perverso.**

El hecho de que Nahúm prometiera, que los asirios nunca tendrían éxito contra Judá, no hizo que los reyes que vivían en Nínive dejaran de conspirar contra el Señor ni contra lo que era su voluntad para su pueblo. Una vez más, Nahúm le habla directamente a Nínive usando el pronombre “ti” en este versículo. La perspectiva de los traductores de la NVI los llevó a insertar “Nínive” para facilitar la comprensión. Podemos estar de acuerdo con esta inserción, porque en realidad no hay duda de que Nahúm se dirige a Nínive.

En este tiempo el rey de Nínive era Asurbanipal, el último gran rey de Asiria. Su gran hazaña fue la conquista de Egipto, la única otra nación de ese tiempo que se podría haber considerado un rival digno de su poder. Durante esa campaña constantemente

los ejércitos asirios pasaban por Judá de camino a Egipto. Los registros asirios afirman que el rey de Judá pertenecía al grupo de vasallos que fue obligado a apoyar la guerra contra los egipcios con dinero y soldados. Tal vez alguna resistencia que Judá haya puesto para ayudar con los fondos o para participar en este esfuerzo militar, fue la causa para que los asirios llegaran a Jerusalén y se llevaran cautivo a Asiria por un tiempo a Manasés, rey de Judá, (2 Crónicas 33:10-13).

¹² **»Así ha dicho Jehová:**

**“Aunque tengan reposo y sean tantos,
aun así serán talados, y él pasará.**

**Bastante te he afligido;
no te afligiré más,**

¹³ **porque ahora quebraré//el yugo que pesa sobre ti,
y romperé tus cadenas.”**

Hasta este punto, Nahúm nos ha estado describiendo la ira y la bondad del Señor en sus propias palabras inspiradas por el Espíritu Santo. Ahora cita directamente al Señor. Una vez más, la persona a la que se dirige tiene que deducirse por medio del contexto. Así como antes, los traductores de la NVI han añadido el nombre Nínive, esta vez añaden “Judá” (“Y a ti, Judá, aunque te he afligido”), para ayudar a entender este versículo. De nuevo, estamos de acuerdo con esta añadidura. Cuando el Señor dice: “no te afligiré ya más”, debe estar hablando a Judá. El mensaje para Nínive fue por completo lo opuesto.

El Señor reconoce que, hablando en términos humanos, Asiria y sus ejércitos no eran una fuerza pequeña. Eran una potencia formidable para competir con ella, en realidad era al parecer invencible. Por eso tenían muchos aliados; las naciones más débiles se apresuran a ganarse el beneplácito de una nación más fuerte y con frecuencia están dispuestas a ayudarla a conseguir sus objetivos. De esa manera esperan evitar la ira y el desagrado

de esa nación, y tal vez hasta compartir el tributo que le arrebatan a las naciones conquistadas, y también compartir la gloria militar. Los países que llegaban a estar en contacto con Nínive no eran ninguna excepción a esta regla. Hasta antes de que Asiria alcanzara su máximo poder, el escritor del Salmo 83 dijo que los enemigos de Israel habían buscado la ayuda de Asiria como aliado contra Israel: “a una se confabulan de corazón, contra ti han hecho alianza las tiendas de los edomitas y de los ismaelitas, Moab y los agarenos; Gebal, Amón y Amalec, los filisteos y los habitantes de Tiro. También el asirio se ha juntado con ellos; sirven de brazo a los hijos de Lot” (versículos 5-7). En realidad Judá mismo se había comprometido anteriormente en esta práctica. Cuando el rey Acaz estaba preocupado ante la posibilidad de que Israel y Damasco atacaran su reino, pasó por alto el consejo del profeta Isaías y buscó la ayuda del rey de Asiria (Isaías 7).

Los registros asirios muestran que muchas de las unidades del ejército, que los asirios usaron en sus campañas, las conformaban soldados que no eran asirios, sino que provenían de las naciones vasallas de Asiria. Esas naciones habían firmado tratados que en la mayoría de los casos las obligaban a proporcionar soldados para las campañas militares de Asiria. Otras naciones fueron en busca del favor de Asiria y se ofrecieron voluntariamente a unirse a sus campañas. Esos pueblos se sentían contentos sólo con estar al lado de Asiria. Después de todo, ¡estaban al lado de un ganador comprobado!

En contraste, Judá estaba en una condición lamentable. Es verdad que la nación todavía no se había convertido en provincia asiria, como había sucedido con Israel y su capital, Samaria. Todavía tenía su propio rey, y el pueblo aún vivía en su propia tierra, pero su situación era realmente humillante. Sólo las inmediaciones de Jerusalén quedaban del territorio de Judá, el resto había sido devastado por invasiones anteriores. Los reyes de Judá tenían que reconocer su lealtad para con Asiria y pagar un tributo pesado cada año o enfrentarse a las consecuencias, algo que Judá no estaba en condiciones de hacer. Por cualquier acto de

desobediencia de Judá, el rey asirio enviaría a sus oficiales a Jerusalén para tomar rehenes. En Judá nadie tenía suficiente poder para mejorar la situación. El Señor retrata la situación de Judá bajo el yugo de Asiria como la de prisioneros y esclavos de Asiria atados con grilletes y cadenas.

El Señor le recuerda a Judá que esta calamidad asiria en la tierra no era accidental ni se debía al poder incontenible de Asiria. Él la había enviado; Asiria había humillado y “afligido” a Israel y a Judá porque el Señor así lo había dispuesto. La tiranía que Asiria imponía era el castigo a Judá por la desobediencia y la ingratitud que habían mostrado para con Dios. Ya por medio de Isaías, el Señor había llamado a Asiria “vara y bastón de mi furor, en su mano he puesto mi ira... la mandaré contra una nación pérfida” (10:5,6). Por supuesto, esa era una advertencia severa para el pueblo infiel e impenitente de Judá, que persistía en sus caminos malvados, pero también había aquí un mensaje de consuelo. Si el Señor había dispuesto enviar a Asiria, también podría retirar su presencia después de que sirviera a su propósito. Éste es el mensaje tranquilizador del Señor en estos versículos.

**14»Pero acerca de ti mandará Jehová
que no quede ni memoria//de tu nombre:
De la casa de tu dios destruiré
escultura y estatua de fundición;
allí pondré tu sepulcro,
porque fuiste vil.»**

Una vez más Nahúm cambia repentinamente el destinatario de sus palabras, y la NVI añade el nombre “Nínive” (“Pero acerca de ti, Nínive”) para aclarar el significado. Nahúm dice que el pronunciamiento de condenación sobre Nínive no lo hace por autoridad propia. “Pero acerca de ti [Nínive] manda Jehová”, y éstas son las palabras mismas del Señor.

En el versículo anterior el Señor anunció la libertad de su pueblo. La obtención de esa libertad significa que Nínive va a perder el poder y el control sobre ellos, significa que Nínive será

vencida y destruida. Anteriormente en su historia el imperio asirio había pasado por una serie de reveses, pero siempre se había logrado recuperar y había llegado a ser más fuerte que antes. Sin embargo, Nahúm predice que esta vez no va a ser así; esta vez las ruinas de Nínive no serán reconstruidas. En esta ocasión no habrá suficientes descendientes ni siquiera para conservar su nombre.

Por las numerosas inscripciones que se han descubierto de esa época de la historia, sabemos que la gente ponía la custodia de sus recuerdos y su fama en manos de sus dioses. Los asirios antiguos tenían enorme deseo de que el nombre de su familia y el registro de sus conquistas y logros perduraran en la historia. Intentaban conservarlos inscribiéndolos: en los edificios, templos, estatuas, y monumentos que construían. Mas ahora no habrá rey, ni lugar en que el pueblo guardara el recuerdo de su gloria. Sus dioses y sus templos serán totalmente arrasados.

Los reyes y los generales asirios, disfrutaron destruyendo las ciudades y los templos de los dioses de las naciones que habían conquistado. Ahora sus propios dioses poderosos sufrirán la misma derrota humillante. El templo de Aserá en Nínive tenía casi 1,500 años de antigüedad; a la ciudad le habían puesto su nombre y se consideraba que estaba bajo su protección. Asurbanipal hizo que inscribieran allí esta invocación en una losa: “En todo tiempo, oh Aserá, mira [el templo] con favor”. Ahora quedará demostrado que Aserá fue un producto de la imaginación de los hombres, representado por imágenes sin valor hechas de madera y de metal. ¡Qué desgracia para la altiva Nínive y para sus orgullosos gobernantes!

**¹⁵ «¡Mirad! Sobre los montes
los pies del que trae buenas nuevas,
del que anuncia la paz.
Celebra, Judá, tus fiestas,
cumple tus votos,
porque nunca más te invadirá el malvado;
ha sido destruido del todo.**

Ahora Nahúm describe el cuadro de un mensajero militar que viene corriendo del frente de batalla para comunicarles las buenas nuevas al rey de Judá y a su pueblo. Se ha ganado la batalla y Judá finalmente es libre. ¡Qué hermosa escena le deben haber descrito estas palabras al pueblo de Judá! Allí en la montaña más alta de Judá está el mensajero que grita a pleno pulmón: “¡No teman! ¡Nínive está destruida! ¡El pueblo de Dios está seguro!”

La imagen de un mensajero que anuncia la liberación que proviene de Dios desde la cima de una montaña no es una idea original de Nahúm; ochenta años antes Isaías había dicho: “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae buenas nuevas; del que publica salvación, del que dice a Sión: Tu Dios reina!” (52:7). Aunque el mensaje de Isaías había sido escrito ochenta años antes de que Nahúm iniciara su trabajo, dicho mensaje se dirigía al pueblo de Judá que iba a vivir hasta una generación después del tiempo de Nahúm. Esas personas pasarán su vida en el exilio en Babilonia. Las palabras de Isaías tenían la intención de asegurarles que recibirán la liberación que les dará el Señor cuando las saque del cautiverio y las lleve de regreso a su patria.

No obstante, las palabras de Isaías expresan más que un rescate terrenal; Isaías le llevó gran consuelo a su audiencia cuando anunció que un día el Señor proclamará la liberación mucho mayor del pecado y de la muerte, por medio de su Mesías escogido. En el libro de Romanos, San Pablo citó las palabras de Isaías para este fin y las aplicó a la actividad de los predicadores del evangelio.

“La Escritura dice: . . . Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo.”

¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no han sido enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian las buenas nuevas!” (10:11,13-15).

¡Qué apropiado es que Nahúm también le hubiera encontrado aplicación esta imagen! Dondequiera que los mensajeros lleguen al pueblo de Dios anunciando que los ha liberado, siempre es un momento de gran belleza y paz.

Aunque Asiria todavía no había sido conquistada, Nahúm habla de su caída como un hecho ya consumado. Ya en ese momento le asegura al pueblo de Judá que sus sufrimientos han terminado, que están libres del yugo del tirano. Los llama a celebrar sus fiestas y a cumplir las promesas que habían hecho en el nombre del Señor. Este llamado es primero que nada a la libertad. Bajo el “yugo” asirio (1:13), con frecuencia Judá no había tenido la libertad de adorar al Señor como él se lo había indicado. A veces los asirios hasta exigían que el pueblo de Judá adorara a sus dioses. Por ejemplo, el rey Acaz llegó hasta a reemplazar el gran altar de bronce en el que se le ofrecían sacrificios de paz al Señor en el atrio del templo, por un altar dedicado a un dios asirio, que era probablemente Asur (2 Reyes 16:10-18).

Una de las maneras principales en que proclamamos el don de la libertad y damos gracias por él aquí en nuestro país es adorando, no según algún decreto publicado por el gobierno, sino como el Señor nuestro Dios nos ha indicado que lo hagamos. Cuando Judá regrese al culto que Dios le había mandado y a su devoción, también proclamará: “Somos libres de la esclavitud de los hombres”.

El llamado que hace Nahúm a la celebración tiene otro aspecto. Como en el caso de las principales fiestas cristianas: la Navidad, la Pascua de Resurrección, y el Pentecostés, las fiestas de Israel celebraban las bendiciones que el Señor le había dado a su pueblo, muchas veces en la forma de liberación. La Pascua que se celebraba al principio de la primavera en la época de la cosecha de cebada, conmemoraba que el Señor había sacado a su pueblo de la esclavitud de Egipto. La fiesta de las semanas o Pentecostés, que se celebraba al final de la primavera en la época de la cosecha del trigo recordaba que en la

tierra prometida Israel había sido bendecido abundantemente con cosechas y otras formas del pan de cada día. Después también recordaba a Israel la ley que el Señor le había dado a la nación en el monte Sinaí por medio de Moisés. La tercera celebración principal, la fiesta de los tabernáculos, se celebraba al principio del otoño en la época de la cosecha de uvas. Esa fiesta les daba a los israelitas la oportunidad de recordar la protección que el Señor les había brindado cuando vivían en tiendas o tabernáculos en el desierto antes de que los llevara fielmente a la tierra de Canaán en el tiempo de Josué. Cada una de estas fiestas tenía un aspecto de gratitud por la maduración y la recolección de alguna cosecha de la estación que se asociaba con ella. Sin embargo, era aún más importante que el Señor le hubiera unido el significado de liberación y de bendición espiritual a esas fiestas. Y ahora, una vez más, la observancia de estas fiestas por parte de los lectores originales de Nahúm les iba a recordar de una manera vívida que su fiel Dios había cumplido su palabra. Los había liberado precisamente como lo había prometido.

TERCERA PARTE
Profecía de la destrucción de Nínive
Nahúm 2:1-3:19

La destrucción de la ciudad

2 »¡Un destructor avanza contra ti!
¡Monta guardia en la fortaleza!
¡Vigila el camino!
¡Cíñete la cintura!
¡Reúne todas tus fuerzas!
² Porque Jehová restaurará//la gloria de Jacob,
así como la gloria de Israel,
porque saqueadores los saquearon
y estropearon sus sarmientos.

Hasta ahora Nahúm ha estado pintando la venganza del Señor contra Nínive con trazos claros y generales en su mayor parte. Ahora nos cuenta con más detalle el ataque a la capital asiria, su derrota, y destrucción.

Cuando Nahúm escribía, Asurbanipal, el rey asirio, todavía estaba seguro en su trono de Nínive, pero la profecía de Nahúm mira hacia el futuro, ve que los ejércitos enemigos causarán la destrucción de Nínive y los pinta avanzando ya por los suburbios de Nínive y preparándose para atacar a la ciudad misma. Es como si Nahúm se hubiera transportado unos 25 o 30 años hacia el futuro, al año 612 a.C. Desde ese punto de vista profético, describe lo que ve: el ejército de los medos y de los babilonios que se irrumpen en el área metropolitana de Nínive.

¡Cuán sorprendidos, tal vez hasta incrédulos, habrían estado los del pueblo en el tiempo de Nahúm, cuando leyeron lo que Nahúm tenía que decirles respecto de este increíble giro que iban a tomar los acontecimientos! Qué pensamientos deben haber pasado por su mente: “¿Cómo es posible que esta ciudad tan

poderosa caiga de esa manera?, ¿Cómo pueden estas palabras convertirse en realidad?”. Deben haber estado mucho más sorprendidos varias décadas después cuando todo sucedió tal y como el Señor se lo había revelado a Nahúm.

“¡Prepárense para la guerra! ¡El enemigo se acerca! ¡Ya pueden ver a lo lejos el polvo que se levanta cuando pasan por el camino!” Así le grita Nahúm en su profecía a la ciudad condenada, dando la voz de alarma, llamándolos a defenderse y a proteger lo mejor que puedan los caminos que conducen a la ciudad. Habrá miles de personas que vivan en las aldeas, en los campos, y a lo largo de tantos caminos que conducen a Nínive, tal vez hasta cientos de miles. Algunos de ellos eran los agricultores que cultivaban en el área; otros trabajaban en la ciudad pero vivían en los alrededores. Aún otros eran comerciantes que vendían: alimentos, agua, y mercancías, al gran número de viajeros que iban a Nínive todos los días. Sus negocios, puestos, carros, y tiendas, estaban a lo largo del camino y ocupaban las intersecciones, pareciéndose mucho a nuestros: centros comerciales, supermercados, tiendas individuales, y ferias de productos agrícolas, que llenan los suburbios de nuestras grandes ciudades de hoy.

Todas estas personas vivían fuera de los grandes muros centrales de la ciudad. Ellos habrían estado entre los primeros en oír y reaccionar ante las noticias del avance de los ejércitos enemigos hacia ellos. Algunos dejarían: su hogar, campos, lugares de negocio, y buscarían refugio tras los gruesos muros de la ciudad misma; otros huirían al campo. Y aún otros se quedarían en el lugar donde estaban, con la esperanza de que las fuerzas asirias que los habían protegido en el pasado lo hicieran ahora también.

Sin embargo, deben haber tenido algunas dudas. Las campañas militares habían sido frecuentes en la historia de Asiria; los ejércitos del imperio siempre habían peleado contra un enemigo u otro. Sin embargo, hasta ahora todas esas batallas siempre habían ocurrido lejos, muy lejos en los países de otros pueblos y Asiria siempre había ganado. En la historia reciente

ningún ejército enemigo ni siquiera se había atrevido a entrar a Asiria. En realidad, una invasión de este tipo sencillamente nunca sucedería durante su vida, o así lo habían creído ellos.

No obstante, ahora era diferente. Dos años antes, en el año 614 a.C., el enemigo había capturado y saqueado las ciudades asirias que estaban a lo largo del río Tigris, ciudades como Asur, la antigua capital y centro religioso del imperio, y esas mismas fuerzas enemigas estaban cercando a Nínive. ¿Se les podría detener? Sin duda el gobierno lo iba a intentar. A cada soldado que estuviera en Nínive o en sus alrededores se le obligaría a entrar en acción. Traerían tropas desde los lugares más distantes del imperio. Se haría hasta el intento más valiente que fuera posible para defender la ciudad. Pero el hecho de que los ejércitos del imperio no hubieran podido evitar que sus enemigos se acercaran a la Nínive metropolitana debe haber llenado de temor y de terror a las personas.

La llamada que hace Nahúm al futuro permite imaginar que los soldados asirios deben haberse llenado de dudas y de temores cuando se les llamó a defender los caminos que conducían a la ciudad. Los reclutas más jóvenes recordarían las historias de las grandes victorias asirias que los veteranos les contaban para entretenerlos e inspirarlos. En esos días nada había detenido al ejército asirio. Aun si estos veteranos habían exagerado un poco al relatar sus historias de guerra, los relatos no estaban lejos de la verdad. La victoria siempre era un resultado inevitable cuando iban a la batalla. Toda campaña significaba gloria y riquezas para Nínive.

Sin embargo, últimamente las cosas no habían salido bien; en los últimos tres o cuatro años habían visto que se reducía el territorio de Asiria. Las victorias habían sido pocas y a grandes intervalos. Los hombres que hace pocos años habían sido vasallos de Asiria, como el rey de los medos, y Nabopolasar, el rey de los babilonios, ahora se habían vuelto lo suficientemente audaces para amenazar la existencia misma de sus caciques asirios. Así los soldados, ansiosos y con un presentimiento, tomaron sus puestos

para defender los caminos que llevaban a Nínive. La situación no parecía nada buena. Nunca antes habían pasado por circunstancias tan desesperadas.

Con cuánta frecuencia deben haber resonado las palabras de Nahúm en las colinas y en los valles de los países, que los asirios conquistaron: “Monta guardia en la fortaleza, vigila el camino, cíñete la cintura, reúne todas tus fuerzas”. En vano los reyes de otras tierras cerraron las puertas de sus ciudades y fortificaron sus muros contra el ejército del rey que se sentaba en el trono de Nínive; todo fue inútil. Ahora cambiará la suerte, ahora será Nínive la que inspeccionará apresuradamente a sus soldados, cerrará con pánico las puertas de su ciudad, y será inútil que trate de defenderse. Con respecto a éstos y otros detalles que rodearon la caída de Nínive, Dios permitió que Nahúm viera el futuro con claridad y exactitud. El Señor quería que su pueblo supiera exactamente lo que iba a hacer.

Una vez más, por última vez en su profecía, Nahúm relacionó la destrucción de Nínive con la salvación y la restauración del pueblo de Dios. Asiria merecía la venganza de Dios y era importante que el pueblo viera eso claramente. Sin embargo, era todavía más importante que enfocaran su atención en la liberación que el Señor les iba a dar. Él había llevado a los ejércitos asirios, como instrumentos de la vara de su ira, contra Israel y Judá para castigar a su pueblo infiel, y como consecuencia la destrucción fue muy grave. Asiria recibió como tributo enormes cantidades de dinero. Los rehenes israelitas fueron deportados a lugares lejanos y no verían nunca más su hogar ni su familia. Además las fuerzas asirias asolaron la tierra de manera sistemática. Los viñedos, los árboles frutales, los olivos, todo lo que habían abonado y cultivado durante tantos años, a todos les habían arrancado su fruto y los habían cortado. Los asirios también destruyeron otras cosechas. No sólo saquearon las riquezas de Judá, también dejaron a sus pobladores en una situación desesperada, con frecuencia al borde del hambre. Ahora iba a terminar todo eso. El Señor estaba a punto de restaurar a su pueblo.

**³ El escudo de sus valientes está enrojecido,
los hombres de su ejército//visten de grana,
el carro flamea como fuego de antorchas;
el día que se prepare,
temblarán los cipreses.**

**⁴ Los carros se precipitan a las plazas,
con estruendo ruedan por las calles;
su aspecto es como de antorchas//encendidas,
corren como relámpagos.**

Aquí Nahúm escribe en un estilo muy vívido, usando oraciones cortas, directas, para captar las escenas y los sonidos de los desesperados y vanos esfuerzos de Nínive por sobrevivir. El cuadro que nos describe está lleno de actividad frenética. Sin embargo, surge la pregunta: *¿la actividad de quién?* ¿Acaso describe Nahúm la furia del ataque de los medos y de los babilonios contra Nínive y sus alrededores? ¿O intenta describir los frenéticos preparativos que hacían los asirios cuando luchan para ponerse en posición para pelear por Nínive? ¿O podría ser que Nahúm describe lo que se hacía en ambos lados: tal vez describa el ejército de los medos y babilonios que se acercan (versículo 3) y después describa a los asirios cuando corren para tomar su posición defensiva (versículo 4)? El autor de este comentario ve toda la actividad que describe Nahúm como si los medos y los babilonios se apresuraran desde las afueras hacia los muros de la ciudad, comenzaran su ataque y después tomaran la ciudad.

De tantas cosas que ocurren mientras los medos y babilonios se acercan a las afueras de Nínive, Nahúm se centra en un color, el rojo. El profeta Ezequiel nos informa que el rojo era el color que usaban predominantemente los soldados caldeos (babilonios). “Y [Judá] aumentó sus fornicaciones; pues cuando vio a hombres pintados en la pared, imágenes de caldeos pintadas de color, ceñidos por la cintura por talabartes, y llevando turbantes de colores en la cabeza, todos ellos con apariencia de capitanes, a la

manera de los hombres de Babilonia” (Ezequiel 23:14,15). También tenían la costumbre de pintar sus escudos de rojo. Jenofonte, un historiador militar griego de una época posterior, informa que también los medos acostumbraban a llevar rojo en la batalla. Además de la ropa roja de batalla, cuando el sol brillaba en las partes de metal de los carros de ese enorme ejército agresor, producía un reflejo rojo. Las lanzas hechas de madera de ciprés, que la infantería agresora movía de aquí para allá, parecían un bosque de pinos sobre las masas rojas que se movían hacia la ciudad. Así Nahúm ve un mar rojo, sangre, que fluía irresistiblemente hacia Nínive. ¡Qué impresión tan imponente debe haber dejado en el corazón y en la mente de los defensores de la ciudad, llenando de terror el corazón de los asirios, soldados y ciudadanos por igual.

Otra cosa que le llama la atención a Nahúm en la visión que el Señor le da es la velocidad con que se acerca el ejército enemigo. Ve carros que pasan disparados por los caminos que van y vienen de Nínive. Estos carros servían como la vanguardia del ejército agresor: apresurándose de acá para allá entre las líneas defensivas de los asirios y sus propias tropas, informando dónde estaban los focos de resistencia, o los puestos militares de avanzada, o dónde estaban preparando los asirios sus líneas de ataque. Los carros también constituían la primera ola de ataque por las calles e intersecciones de los pueblos y los suburbios que había fuera de los muros de la ciudad. Nahúm ve que se mueven con tanta velocidad que parecen destellos de relámpagos. Así como una fotografía de automóviles que pasan de noche por una carretera hace que los faros parezcan rayos, también el movimiento rápido de los carros parecía como luces borrosas moviéndose.

El sentido que Nahúm quiere que tengamos de esta descripción, desde luego, es la rapidez con que los medos y los babilonios se van a aproximar a Nínive. Cualquier resistencia a ese ataque repentino será vencida rápidamente, apenas demorando su llegada a los muros de la ciudad. Desaparecerá el poder del ejército asirio que había aterrorizado a las naciones por tanto

tiempo; ese ejército no sólo no llegará a las afueras de la ciudad ni a los campos para sacar al intruso, sino que ni siquiera podrá conservar su propia tierra. Los soldados asirios correrán aterrados hacia los muros de la ciudad con la esperanza de sentirse seguros allí.

**⁵ Se convoca a los valientes,
se atropellan en su marcha,
se apresuran hacia el muro
donde se prepara la defensa.**

**⁶ Las puertas de los ríos se abren
y el palacio es destruido.**

Una vez más, no se identifican específicamente las tropas que Nahúm menciona, pero desde luego tiene buen sentido comprender que habla del ejército que ataca a Nínive. El rey de los medos escogerá “a sus valientes”, lo mejor de sus divisiones, para llevar a cabo su ataque. Su homólogo babilonio hará lo mismo. Después de haber tomado todos los puestos de avanzada y las afueras de Nínive, ahora ya están listos a atacar los muros mismos de la ciudad. Sus tropas están tan ansiosas que se tropiezan unas con otras mientras compiten por ser las primeras en alcanzar el muro y comenzar a sitiar Nínive. Una vez que las tropas ya han rodeado la ciudad “el parapeto” [nota en la Biblia de las Américas “barricada” en la NVI] ya está en su lugar. El parapeto era una cubierta o escudo de madera, de carrizo, o de mimbre, que los ejércitos de sitio ponían sobre sus arietes y otro equipo de sitio para protegerse cuando socavaban o abrían una brecha en los muros. Los agresores se protegían con esos escudos de alguna forma de las: flechas, piedras, y líquidos calientes, que los soldados defensores arrojaban para tratar de ahuyentarlos.

La ciudad capital del reino de Israel, Samaria, no era rica ni poderosa como Nínive, no podía tener el tipo de protección que tenía Nínive. Sin embargo, se nos dice que Samaria soportó el sitio de los asirios durante tres años (2 Reyes 17:5). De igual manera,

cuando los babilonios sitiaron Jerusalén, ésta se mantuvo así por año y medio antes de que fuera humillada. El escritor de 2 Reyes nos dice:

Aconteció en el noveno año de su reinado, el día diez del mes décimo, que Nabucodonosor rey de Babilonia llegó con todo su ejército contra Jerusalén, la sitió, y levantó torres alrededor de ella alrededor. La ciudad estuvo sitiada hasta el año undécimo del rey Sedequías. A los nueve días del cuarto mes arreció el hambre en la ciudad y, cuando el pueblo de la tierra no tenía ya nada que comer (25:1-3).

Y la ciudad de Babilonia, que se comparaba en tamaño y defensas a Nínive, se rebeló contra Asiria cuando Asurbanipal era rey. Resistió por más de un año al ejército de Asurbanipal, aunque ese ejército poseía el equipo de sitio más adelantado del mundo antiguo.

Sitiar una ciudad fortificada no era un procedimiento rápido. Era un lento y prolongado proceso que ponía a prueba la paciencia y los recursos tanto del sitiador como de la ciudad sitiada. Sin embargo, los registros históricos antiguos nos dicen que Nínive, la ciudad más poderosa y defendida de su tiempo, cayó ante los ejércitos de sitio en sólo tres meses. ¿Cómo sucedió?

Puede ser que Nahúm nos dé las respuestas en estos versículos. Aquí, y después en el versículo 8 de este capítulo, Nahúm habla acerca del efecto que hubiera causado el agua en la caída de Nínive, y la inundación de hecho desempeñó un gran papel para apresurar la destrucción de la ciudad, tal y como Nahúm predijo que sucedería. Cuando Senaquerib estableció a Nínive como capital del imperio asirio un siglo antes de su caída, tuvo que aumentar la provisión de agua, no sólo para la provisión de una población en desarrollo, sino también para suministrar agua a los grandes parques y jardines que había construido. Aunque Nínive había sido construida en las riberas del río Tigris, esa agua

no era potable. Por suerte, había un afluente pequeño que corría a través de la ciudad. Éste era el Khosr. Sin embargo, se secaba durante el verano, cuando el agua era más necesaria. Para resolver el problema Senaquerib construyó canales y acueductos que iban desde los riachuelos de la montaña al Khosr; después construyó un dique al río que corría en las afueras de la ciudad. Una represa con compuertas contenía el agua hasta que ésta se necesitara. Con este proyecto Senaquerib logró la gran proeza de ingeniería de su tiempo. No obstante, no fue su intención crear una seria debilidad en las defensas de Nínive.

Nahúm previó que al comienzo del sitio los ejércitos agresores capturarán las compuertas del Khosr río arriba de Nínive y las abrirán, provocando una inundación que caerá sobre la ciudad. Entonces el raudal impetuoso bajará minando los cimientos de los muros de adobe y éstos se destruirán rápidamente. Tanto por las compuertas del río donde entraba el Khosr a la ciudad, como por el dique donde salía, quedarán dañados severamente los muros adyacentes. El daño será tanto que la pared que estaba cerca de la puerta se desmoronará, dejando huecos por donde los invasores accederían con facilidad a la ciudad. Nahúm también dice que el palacio construido junto al Khosr se derrumbará cuando las aguas arrasen los cimientos (Nahúm no es el único que habla del agua en conexión con la caída de Nínive. El historiador griego Diodoro también conserva la tradición de que una inundación hizo que parte del muro se viniera abajo durante el sitio de la ciudad).

Aquí tenemos uno de tantos ejemplos de la Biblia que nos impresionan debido a la exactitud de la profecía, hasta en los más mínimos detalles, que el Señor le da a su profeta. Muchos incrédulos piensan que la exactitud del profeta es una prueba de que no pudo haber escrito el libro antes de que el acontecimiento mismo ocurriera. Ellos dirían que Nahúm debía estar describiendo algo que ya había sucedido porque nadie podría ver el futuro con tanta claridad. No obstante, ¿por qué no podría el Señor darles a

sus profetas detalles tan exactos? Él controla y crea el futuro. Nínive caería cuando él lo decretara y en la misma manera en la que él decretara.

**⁷ Llevan cautiva a la reina,
le ordenan que suba,
y sus criadas la llevan
gimiendo como palomas,
golpeándose sus pechos.**

**⁸ Nínive es como un estanque
cuyas aguas se escapan.
Gritan: “¡Deteneos, deteneos!”
pero ninguno mira.**

**⁹ ¡Saquead plata, saquead oro!
¡Hay riquezas sin fin,
y toda clase de objetos suntuosos//y codiciables!**

**¹⁰ »Vacía, agotada y desolada está,
su corazón desfallece,
le tiemblan las rodillas,
tiene dolor en las entrañas;
los rostros están demudados.**

Ahora Nahúm describe los resultados devastadores que produjo la apertura de una brecha en los muros de Nínive. La versión Reina Valera del 95 dice en el versículo 7: “llevan cautiva a la reina, le ordenan que suba”. Los traductores de la NVI expresaron algunas reservas acerca de la palabra inicial del versículo 7 (“Ya está decidido: la ciudad será llevada al exilio”). Ellos la tradujeron: “Ya está decidido” y añadieron “la ciudad”, y así designan el sujeto del decreto. “La ciudad” no aparece en el texto hebreo.

Otros comentaristas creen, como los traductores de la Reina Valera 95, que la palabra hebrea cuyo significado se desconoce en realidad es un nombre propio para la reina asiria. Si esa suposición

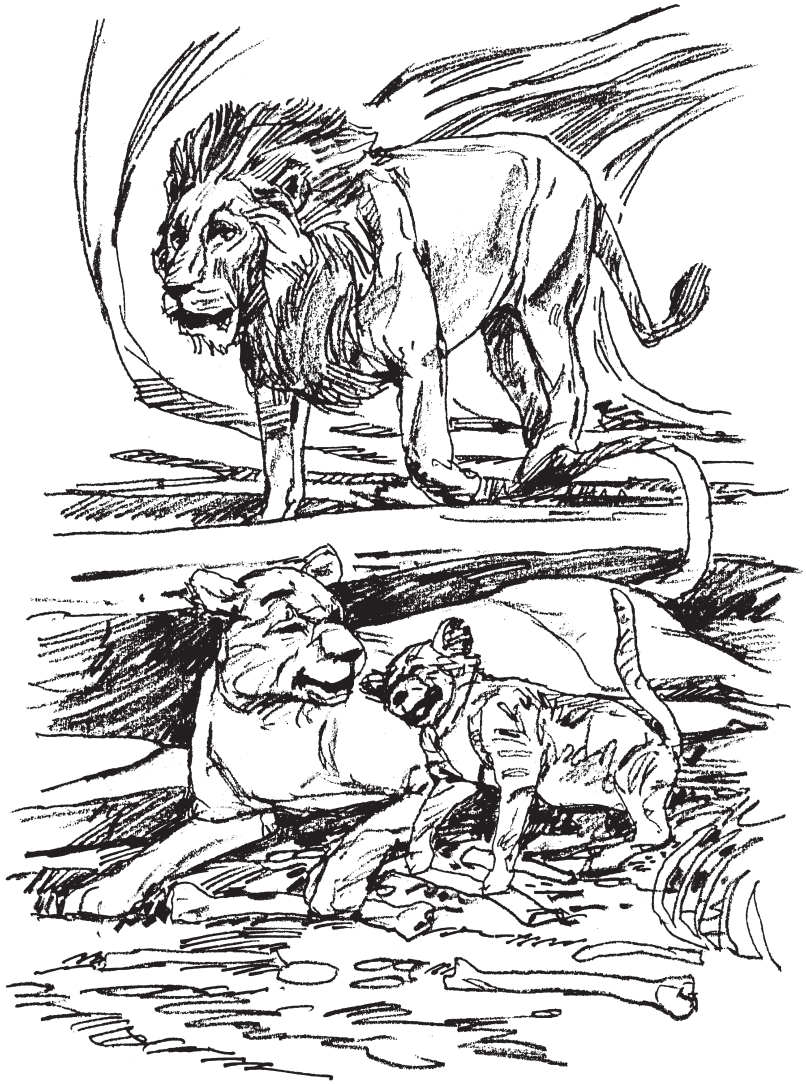
es correcta, entonces Nahúm profetiza que la reina, junto con sus siervas, posiblemente sufrirá la vergüenza del exilio y la esclavitud en una tierra extranjera. Cualquiera que sea el caso, el mensaje de Nahúm es claro: Nínive, ya sea como ciudad o en la persona de su reina, sufrirá el mismo destino que sus ejércitos con frecuencia les impusieron a las poblaciones y a la realeza de tantas capitales de las naciones conquistadas que comprendía su imperio. Aquí no se menciona al rey en relación con los de Nínive que son llevados al exilio, y la historia registra que Sin-shar-ishkun, el hijo de Asurbanipal, murió en el incendio que completó la destrucción de su palacio. Asurbanipal jamás se hubiera imaginado, ni en sus peores pesadillas, que su hijo iba a sufrir esta suerte precisamente 14 años después de su propia muerte.

El paisaje de la ciudad recién capturada también será un espectáculo para contemplar. La inundación causó el caos en la ciudad; dejó un desorden terrible. Éste también será el caso en Nínive mientras las crecidas aguas del Khosr se retiren. Muchos de los edificios de la ciudad eran de adobe. A los edificios construidos con este material no les va bien en una inundación porque se deshacen y quedan como una masa sin forma. Los hermosos árboles y las plantas de los jardines, que eran el orgullo y la alegría de los reyes de Nínive, serán desarraigados y quedarán donde las aguas embravecidas los depositen, como montones antiestéticos de basura.

El agua no será lo único que desaparecerá de la ciudad cautivada. La gente, incluyendo a los soldados, también huirá de la ciudad, como ratas que abandonan el barco que se hunde. Los pocos defensores leales que todavía quedaban en la ciudad tratarán de detenerlos, pero los soldados asirios harán oídos sordos a los mandatos de sus oficiales. El pánico se impondrá. Ya no será posible hacer retroceder a las masas fugitivas, como tampoco se podrá contener la inundación que corría por la ciudad. ¡Todo se perderá!

Cuando una ciudad cae ante sus enemigos, como le ocurrió a Nínive, queda expuesta al saqueo y al pillaje. ¡Y Nínive será un buen lugar para el pillaje y el saqueo! A través de su historia Asiria había saqueado a otros pueblos y había despojado de sus recursos a las naciones vencidas. En el proceso, Nínive se había convertido en la ciudad más rica del antiguo Cercano Oriente. Por ejemplo, cuando Tiglat-pileser III, el rey de Asiria de los años 745 al 727, invadió Samaria en el año 743 a.C., el rey israelita Menahem lo sobornó con mil talentos de plata (2 Reyes 15:19,20). Imagínese: ¡Aproximadamente 37 toneladas de plata! Cada israelita rico tuvo que contribuir con una libra y cuarto de plata para poder reunir esa enorme cantidad. Cuarenta y dos años después, cuando Senaquerib invadió Judá, obligó a Ezequías a darle más de diez toneladas de plata y una tonelada de oro (2 Reyes 18:13-15). En su relato de la campaña de Judea, Senaquerib se jacta diciendo: “Yo hice salir a 200,150 personas [que le servirían para venderlos como esclavos], jóvenes y viejos, hombres y mujeres, caballos, mulas, burros, camellos, ganado grande y pequeño incontable, y los consideré como botín”. Éstas eran las “ganancias” acumuladas en sólo partes de dos campañas asirias. Tiglat-pileser III peleó contra otros reyes además de Menahem en el año 743 a.C. Además de Judá, Senaquerib subyugó a otros países rebeldes en el año 701 a.C. Cada país tuvo que pagar cantidades excesivas para escapar de la destrucción, y en algunos casos se esperaban año tras año ciertos niveles de tributo.

Añádase a esas cantidades los impuestos que Asiria recaudaba de sus propios ciudadanos, más el tributo anual que recibía de las naciones sometidas que conformaban su imperio, y se tiene una riqueza casi inimaginable. Es verdad que no toda esta riqueza llegó a la capital de Nínive, pero llegó bastante. A la ciudad se llevaban regularmente: metales preciosos, ganado, materiales de guerra, ropa, utensilios, y almacenaje de otros bienes, y se guardaban en los: templos, palacios, y lugares de almacenamiento de la ciudad. Nahúm no exageró cuando habló de una “riqueza inmensa” de oro y plata que quedaría expuesta al pillaje de los



La guarida de los leones

invasores una vez que se capturara a Nínive. Miles de personas también estarían disponibles como esclavos (Jonás dice que en la ciudad vivían 120,000 personas en el año 800 a.C., antes de los verdaderos años de gloria de Nínive). Note que Nahúm promete que Nínive sufrirá el mismo destino que les había impuesto a todas las otras naciones que había conquistado. Se tomará la “riqueza” de Nínive, ya sea en forma de: oro, plata, o personas que serán vendidas como esclavos, y cuando los saqueadores invasores terminen, no quedará nada. La ciudad será despojada por completo.

**¹¹ ¿Qué queda de la cueva de los leones
y de la guarida de los cachorros//de los leones,
donde se recogían el león y la leona,
y los cachorros del león,
y no había quien los espantara?**

**¹² El león arrebatava en abundancia
para sus cachorros,
y despedazaba para sus leonas,
llenaba de presas sus cavernas,
y de robo sus guaridas.»**

**¹³ «¡Aquí estoy contra ti!,
dice Jehová de los ejércitos.
Quemaré y reduciré a humo tus carros,
y la espada devorará tus leoncillos;
acabaré con el robo en tu tierra
y nunca más se oirá la voz//de tus mensajeros.**

Nahúm termina su descripción de la destrucción de Nínive con lo que se conoce como “canción de burla”. Cuando a estos versículos se les da este nombre no se sugiere que el Señor inspire a su profeta para que se burle de los asirios caídos cuando se enfrentan a la ira del Señor. Eso iría en contra del propio mandato del Señor de que su pueblo ame a sus enemigos (Romanos 12:14-21) y la afirmación de que no se complace con la muerte de los

impíos (Ezequiel 18:32). Lo que el profeta ridiculiza es la confianza de Nínive en sus propias fuerzas, que los gobernantes de la ciudad se enorgullecían de su fuerza militar y de lo que habían logrado. El profeta Isaías cita estas palabras dichas por los reyes asirios como características de su arrogancia: “Lo he hecho con el poder de mi mano, y con mi sabiduría, porque he sido inteligente. Quité los territorios de los pueblos, y saquéé sus tesoros, y derribé como un valiente a los que estaban sentados. Mi mano halló, como su fueran un nido, las riquezas de los pueblos. Como se recogen los huevos abandonados, así me apoderé yo de toda la tierra; y no hubo quien moviese un ala, ni abriera el pico para graznar” (10:13,14). Con su arrogancia se burlaron del honor del Señor. Cuando Nahúm se burla de los asirios, de manera negativa afirma que todo honor y alabanza le pertenecen al Señor que gobierna los asuntos de todas las naciones, incluyendo las poderosas que desafían su soberanía.

En la actualidad estamos acostumbrados a llamar al león “el rey de los animales”; los antiguos lo consideraban también así. El león es un animal poderoso y majestuoso, confiado y sin temor. Los animales como el conejo, que con frecuencia sirven como presa para otros animales, siempre están alerta, siempre tienen miedo de que algún enemigo los sorprenda. ¡Pero no el león! Si el león desea dormir, se echa al aire libre, sabe que ningún animal se atreve a molestarlo y mucho menos a atacarlo. Con razón los asirios lo admiraban; ellos colocaron estatuas de leones en todo el país y con frecuencia los ponían en sus relieves y ornamentos. Los reyes asirios cazaban leones con la creencia de que si mataban a un león, el espíritu del animal se uniría al suyo. Y algunos monarcas asirios orgullosos hablaban simbólicamente de ellos mismos como si fueran leones. En su burla, Nahúm usa al león para representar a Nínive, una descripción apropiada para un poder militar conocido por conducirse con seguridad en sí mismo, por su ferocidad y falta de piedad. Los asirios se habrían sentido complacidos con esa comparación.

Nahúm prosigue a un segundo punto de comparación entre el león y Asiria. Las actividades del león y sus hábitos alimenticios dan una figura apropiada para la codicia violenta de Asiria: el botín y el saqueo. Nahúm describe al león destrozando a sus víctimas y llenando su guarida o cueva con sus restos. A las ciudades que se resistían al ataque asirio las destrozaban y las derrumbaban. A los pueblos los arrancaban de su patria y los llevaban al exilio a la guarida asiria. Los registros asirios se jactan de las grandes cantidades de botín y tributo que les arrancaban a sus desafortunados adversarios, y su codicia de tener más botín nunca quedaba satisfecha. Como la guarida del león que estaba llena de los esqueletos destrozados de sus presas, los grandes palacios y los templos de Nínive rebotaban con el botín que Asiria había traído de sus expediciones voraces de conquista.

Aun así el león asirio todavía no estaba contento, salía y seguía cazando, siempre buscando una nueva presa, siempre tratando de satisfacer su apetito interminable, también de mantener contentos tanto a sus cachorros hambrientos como a las leonas. Al vivir a costa de las riquezas saqueadas de otros, el pueblo de Nínive se había acostumbrado a un elevado estilo de vida. El león asirio tenía que continuar la cacería para mantener ese estilo de vida; ya no cazaba sólo lo necesario para mantenerse vivo, sino más bien para apropiarse de más todo el tiempo.

Ahora iba a suceder lo insólito, al león (Asiria) no sólo lo sacarían del campo, sino que destruirían su misma guarida (Nínive), “acabaré con el robo en tu tierra”, dice el Señor. Eso no significa que los voraces ejércitos asirios se quedarían sin presa, otros países que conquistar. Más bien exterminarían: al león, al depredador, al conquistador. El león asirio sería borrado de la faz de la tierra. Nínive, una vez sana y salva y tan formidable como “la guarida del león”, ahora permanecería impotente, sus “cachorros” muertos por “la espada”. En pocas palabras, Asiria se convertiría en presa de otros. Esta gran hazaña sería el resultado del juicio del Señor sobre Nínive, como el profeta lo había indicado tan claramente en sus palabras anteriores.

Nahúm termina este capítulo al abandonar la imagen del león para hablar acerca de los embajadores asirios que representan al rey en tierras extranjeras. La voz de ellos siempre se había oído en las cortes extranjeras, presentando las exigencias del monarca asirio, exigiendo sumisión a Asiria, exigiendo que el tributo se enviara a Nínive. Ahora la voz imperiosa de ellos quedaría en silencio. Ya no se oírían sus exigencias. El silencio sería muy bien recibido en cualquier país, como Judá, que estaba cansado de vivir dominado por Asiria.

Causa de la caída de la ciudad

3 »¡Ay de ti, ciudad sanguinaria,
toda llena de mentira y de pillaje!

¡Tu rapiña no tiene fin!

² Chasquido de látigo,
estrépito de ruedas,
caballos al galope,
carros que saltan,

³ cargas de caballería,
resplandor de espada
y resplandor de lanza.

¡Multitud de heridos,
multitud de cadáveres!

¡Cadáveres sin fin!

La gente tropieza con ellos.

⁴ Y todo por culpa de las fornicaciones
de la ramera de hermosa gracia,
maestra en hechizos,
que seduce a las naciones
con sus fornicaciones
y a los pueblos con sus hechizos.

En cuanto a estilo, Nahúm es el líder entre los profetas menores. En los versículos iniciales de este capítulo (como lo hizo

en el capítulo 2, especialmente en los versículos 1 y 9), Nahúm usa frases cortas y entrecortadas, tal vez se describen mejor como arranques: intensos, directos, llenos de emoción y acción, para describir la agresión final que llevará a la destrucción de Nínive. Una vez más los carros están al frente de la batalla con el “chasquido de látigo y estrépito de ruedas, [y] caballos al galope”. Los conductores azotan a los caballos y ha comenzado la carga final. Los “carros que saltan” les dan paso a las “cargas de caballería” y a la infantería con su “resplandor de espada y resplandor de lanza”. ¿El resultado? “Multitud de cadáveres [asirios], cadáveres sinfín. La gente tropieza con ellos”. La poderosa Nínive ha caído. Éste es el panorama general. Ahora volvamos por los detalles.

La “ciudad sanguinaria” que se menciona en el primer versículo es claramente Nínive. Nahúm la describe además como “toda llena de mentira y de pillaje”. Nahúm no exagera cuando llama a Nínive “ciudad sanguinaria”. Las tácticas de guerra de los asirios se consideran de las más crueles y sanguinarias de toda la historia. Los países y las ciudades que se negaban a rendirse a las exigencias asirias con frecuencia encontraban a sus líderes despellejados vivos o atravesados en postes afilados. A los oficiales que se oponían a sus ejércitos: les cortaban las extremidades, les arrancaban la lengua y los dientes, les sacaban los ojos o les cortaban la cabeza. Esas partes del cuerpo las amontonaban frente a las puertas de la ciudad como una lección para que todos las vieran, o amontonaban sus cadáveres como la leña y como una advertencia clara y muy visible de lo que sucedería si alguien más se atreviera a desafiar a sus amos asirios. Algunas veces quemaban la población entera de cierta ciudad: hombres, mujeres, y niños.

En la actualidad los ejércitos ocultan las atrocidades que cometen y niegan que alguna vez hayan sucedido. Sin embargo, los reyes de Nínive se jactaban de estas cosas; creían que las noticias acerca de esas acciones sangrientas desanimarían a los pueblos para que no se rebelaran contra ellos. Pero en el tiempo

de Nahúm estas prácticas sangrientas no tenían ningún propósito. No obstante, Asurbanipal todavía las practicaba sencillamente para satisfacer su deseo sanguinario. A los asirios se les podría comparar con un devorador de hombres, un animal que ha probado la sangre humana y la necesita cada vez más para satisfacer sus antojos. Puesto que no se pueden cambiar los hábitos de un animal devorador de hombres, debe ser destruido. Eso es lo que le va a ocurrir a la Asiria sanguinaria, el Señor la destruirá. Ahora iban a ser vengadas las víctimas de la ciudad sangrienta.

Nahúm menciona una segunda razón por la que el juicio divino caerá sobre Nínive. La ciudad era un lugar de engaño: “llena de mentira”, como cualquier otro centro de poder humano corrupto. Con el objeto de que las ciudades enemigas se rindieran sin estar sitiadas por completo, los generales asirios con frecuencia les hacían promesas a los habitantes, que no tenían ninguna intención de cumplir. Aquí tenemos un ejemplo típico: cuando los ejércitos de Senaquerib rodearon Jerusalén, el general asirio usó estas seductoras palabras para tratar de hacer que la ciudad se rindiera:

No escuchéis a Ezequías, porque así dice el rey de Asiria: Haced conmigo las paces, y rendíos ante mí; que cada uno coma de su vid y de su higuera, y beba cada uno las aguas de su pozo, hasta que yo venga y os lleve a una tierra como la vuestra, tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas, tierra de olivas, de aceite, y de miel; y viviréis y no moriréis. No oigáis a Ezequías, porque os engaña cuando dice: Jehová nos librá (2 Reyes 18:31,32).

Estas palabras que suenan tan bien trataban de disfrazar la verdad: la crueldad con que Asiria acostumbraba a tratar a las ciudades rebeldes. Eran mentiras que tenían el propósito de ayudar a los asirios a conseguir lo que querían. A través de la historia, las naciones han usado mentiras y verdades a medias para obtener ventaja a costa de alguna otra nación o persona.

Nahúm prosigue describiendo la verdadera fuerza motivadora que estaba tras las actividades asirias, y en el proceso da otra razón por la que el juicio del Señor caerá sobre Nínive. La ciudad y sus gobernantes se dejaron llevar por “las fornicaciones de la ramera”. Nahúm compara la ciudad con una prostituta mentirosa que usa sus encantos y atractivos para engañar a otros a confiar en ella y después los despoja cualquier cosa que posean. En la mayoría de los casos está dispuesta a hacer lo que sea, moral o inmoral, para conseguir lo que quiere. Esa imagen describe exactamente a Asiria, que estaba dispuesta: a mentir, a hacer trampa, a robar, y a asesinar, para satisfacer su apetito desmedido. Con su política militar y comercial, atraía a las naciones para que perdieran su independencia. Todo eso era para satisfacer su codicia de riqueza, poder y de supremacía en el mundo. La ciudad de Nínive se veía hermosa por el exterior. Sin duda atraía a pueblos de todo el mundo a su cultura y poder. Pero sus deseos eran los de una ramera, y los que se unían con la ciudad, se unían en su prostitución.

A la ciudad ramera además se le llama “maestra en hechizos”. Esto presenta las prácticas paganas de Asiria al adorar los ídolos. A la idolatría asiria bien se le puede llamar prostitución porque había elementos inmorales implicados en la adoración a la diosa del amor, Istar, por la que se le había puesto el nombre a Nínive. Sin embargo, lo más característico de esa religión era la brujería. Como muchos paganos, los asirios creían que el mundo estaba lleno de espíritus malos que tenían que ser aplacados y de los que una persona tenía que buscar protección. Con rituales, amuletos, fórmulas mágicas, pociones de amor, hechizos, y encantamientos, todo lo que formaba parte de la profesión de la ramera: buscando protegerse, asegurar el futuro, y dirigir el poder del mal contra sus enemigos.

Ningún rey asirio comenzaba una campaña militar ni un proyecto sin antes consultar a un astrólogo o sin encontrar un buen augurio en las entrañas de un animal. Sus súbditos seguían la misma práctica en su vida privada. La descripción de los contactos del rey Acáz con Asiria (2 Reyes 16) muestra lo que Nahúm quiere

dar a entender cuando dice que ellos suponían que el poder de la brujería asiria había engañado y esclavizado a otros. La hechicería de Nínive desempeñó un papel importante en la infidelidad que mostró con frecuencia el pueblo de Judá hacia el único verdadero Dios del cielo y de la tierra.

Los ciudadanos de nuestra era consideran una tontería las prácticas supersticiosas de los asirios. ¿Cómo es que los asirios se enredaban en ellas? ¿Cómo fue posible que engañaran a Israel y Judá tan fácilmente? Sin embargo, preguntas condescendientes como éstas con frecuencia pasan por alto situaciones similares a las que vivimos. Algunas personas de hoy en día, aun los creyentes, usan amuletos para buena suerte. Un ejemplo sería el de un deportista que al tener éxito en un partido vuelve a usar los mismos calcetines para el siguiente juego y piensa que así le daría la misma suerte. Algunas personas se sienten incómodas cuando se hospedan en un hotel en el piso trece; se sentirían mejor si se le cambiara el número a ese piso aunque es obvio que sigue siendo el trece. Si se sabe de alguna casa donde haya sucedido algo desagradable, la gente tratará de evadir ese lugar porque el mal “mora allí”.

¡La superstición es una tontería! ¡Es irrazonable! Pero la superstición sigue ejerciendo una influencia poderosa hoy, así como lo hizo en tiempos antiguos. Sin embargo, el pueblo antiguo y moderno de Dios sabe y confiesa por su forma de vivir que está en las manos de un Dios que lo ama y lo ha hecho suyo en Jesucristo. Lo que le suceda en el futuro no depende de tener buena suerte, ni de evadir la mala suerte, tampoco de controlar los espíritus buenos y malos. El presente y el futuro le pertenecen al Señor del cielo y de la tierra. Éstos son suyos para que él los controle y los use para el bien de su pueblo.

**⁵»¡Aquí estoy contra tí!,
dice Jehová de los ejércitos.**

**Te levantaré las faldas hasta el rostro
y mostraré a las naciones tu desnudez,
a los reinos tu vergüenza.**

**⁶ Echaré sobre ti inmundicias,
te avergonzaré//y te pondré como estiércol.**

⁷ Todos los que te vean

se apartarán de ti y dirán:

“¡Nínive ha quedado desolada!

¿Quién se compadecerá de ella?

¿Dónde te buscaré consoladores?”

De nuevo el Señor explica perfectamente su actitud hacia Nínive. Como el Dios santo y celoso, no puede tolerar pecados como los que ha cometido Nínive. Estaba “en contra” de Nínive y todo lo que ella representaba. Si Nínive insistía en actuar como una prostituta, entonces la trataría como tal. A veces en el mundo antiguo, a las mujeres culpables de prostitución las paseaban desnudas por la calle o con la ropa levantada sobre la cabeza para que sufrieran así la vergüenza pública y la humillación de que los vecinos del lugar vieran su desnudez. La gente que las veía pasar les echaba excremento o tierra, o cualquier cosa que encontraran a su alcance. Esa escena de desprecio y ridículo, representa la desgracia final de Nínive. La ciudad que avergonzó a otros ahora sería expuesta por lo que era y después caería vergonzosamente en desgracia. Qué ruina para la orgullosa y altanera ciudad.

Aun en esa época en que los mensajeros viajaban a pie o a caballo para llevar noticias, estas noticias se propagaron como el fuego pólvora regada: “¡Nínive, asolada!” No había transmisión vía satélite para comprobar la información de los mensajeros, y los pueblos de tierras distantes como Judá no podían creer las noticias. Sin embargo, constantemente les llegaban más informes con las mismas noticias; así es que poco a poco iban asimilando la verdad. ¡Había sucedido lo imposible! ¡Había sucedido lo improbable! ¡Había caído la ciudad: grande, poderosa, e inexpugnable!

La gran Nínive se enterará de cuántos amigos y aliados tenía en realidad. Mientras era la dueña del mundo, podría haber pensado que tenía suficientes; después de todo, sus calles siempre

estaban llenas de comerciantes y mercaderes de tierras extranjeras. Visitantes de todas partes del mundo acudían para ver sus atractivos y se maravillaban de su belleza. Los embajadores de muchas tierras se amontonaban en sus palacios y se inclinaban respetuosamente ante sus gobernantes. A juzgar por las apariencias, era muy popular, y el mundo que la rodeaba la amaba. ¡Cómo hubiera sufrido ese mundo si lo imposible hubiera sucedido y en realidad hubiera desaparecido! No obstante, como Nahúm lo hace ver, las apariencias pueden engañar.

La adoración era sólo externa. En realidad, disfrazaban el temor, el odio, y el resentimiento, que había en el corazón de los que se inclinaban o se acobardaban ante ella. Por lo que les había hecho las gentes de las tierras que rodeaban a Asiria odiaban a Nínive. Esas personas esperaban y oraban para que Nínive fuera destruida y dejara de dominarlas. Por eso, cuando se difundieran las noticias de la caída de Nínive, no se derramaría ni una sola lágrima; ningún amigo se presentaría para consolar a la ciudad, ningún aliado intentaría aliviar su dolor. El consuelo y el alivio, les pertenecería a los que se libraron de la garras de hierro de Nínive, y no a la ciudad que se encontraba sobre las cenizas. Nínive moriría sola.

**⁸ ¿Eres tú mejor que Tebas,
que estaba asentada junto al Nilo,
rodeada de aguas,
cuyo baluarte era el mar
y tenía aguas por muro?**

**⁹ Etiopía y Egipto eran su fortaleza,
y eso sin límite;
Fut y Libia fueron sus aliados.**

**¹⁰ Sin embargo, //ella fue llevada en cautiverio;
también sus pequeños fueron estrellados
en las encrucijadas de todas las calles;
sobre sus nobles echaron suertes,
y todos sus grandes fueron aprisionados con grillos.**

Nahúm termina el último capítulo de la misma manera que el anterior, con una canción de burla. De nuevo, el propósito de la canción no es ridiculizar a un enemigo caído, sino condenar el orgullo pecador de Nínive (vea el comentario sobre los versículos finales del capítulo 2 para una explicación más completa de la canción de burla).

En caso de que alguien (los asirios incluidos) pensara que la profecía de Nahúm acerca de la destrucción de Nínive fuera un producto de su imaginación, Nahúm les recuerda a sus lectores lo que le sucedió a otra ciudad muy similar, todopoderosa e indestructible. Compara a Nínive con Tebas, la antigua ciudad egipcia. Tebas, ubicada en la parte sur de Egipto en la cuenca alta del río Nilo, fue la capital del antiguo Egipto durante gran parte de su historia, y fue también el centro principal de la civilización egipcia (representada actualmente por las impresionantes ruinas de Luxor y del valle de los Reyes). En el tiempo de los faraones que vivieron en Tebas, Egipto había anexado el reino de Cus al sur. Como la ciudad y el territorio circundante que controlaba eran tan fuertes, otras naciones de la vecindad, como Libia y Fut, habían echado su suerte con Tebas. Su fuerza militar combinada hizo de Tebas una potencia mundial.

Los ciudadanos de Tebas pensaban que tenían toda la razón para sentirse seguros; su ciudad había sido construida como una fortaleza, con muros gruesos. Estaba rodeada de amigos y aliados fieles. La ciudad misma estaba ubicada estratégicamente, rodeada de agua. Estaba situada a cientos de kilómetros hacia arriba por el Nilo, lejos de todos sus enemigos potenciales; para llegar a ella era necesaria una marcha de aproximadamente 800 kilómetros a través de casi toda la tierra de Egipto. ¿Acaso podría su situación ser más ideal? Sin duda ésta ciudad nunca caería, ni sus enemigos la podrían saquear.

Irónicamente, Asiria y sus ejércitos le iban a mostrar a Tebas que su confianza no tenía fundamento. En el año 675 a.C. Esarhadón fue el primer rey de Nínive que atacó a Egipto. Después de

cuatro años de campañas obtuvo el control del norte de Egipto en la región del delta del Nilo, pero el efecto fue pasajero. Cuando los ejércitos asirios salieron, los egipcios pronto volvieron a obtener el control de sus propios asuntos.

Después de la muerte de Esar-hadón en el año 667 a.C., su hijo Asurbanipal intentó otra vez conquistar a Egipto. Los ejércitos asirios de nuevo tuvieron éxito, y Egipto le prometió su lealtad a Asiria. No obstante, esa lealtad duró sólo mientras el ejército asirio estuvo presente para reforzarla. Fue necesario que Asurbanipal regresara una vez más para que se realizara su sueño de convertir a Egipto en parte del imperio asirio. Esta vez Asurbanipal estaba decidido a humillar a Tebas. Avanzó hacia arriba del Nilo, dejando atrás un horrible rastro de incendios y ruinas, sin mencionar a todos los soldados egipcios y civiles muertos y mutilados: hombres, mujeres, y niños.

Por fin llegó a Tebas. La ciudad que tanto había dependido de la distancia que la separaba de sus enemigos, se encontró repentinamente frente a frente con un ejército adversario. Con toda su fuerza y la jactancia de sus defensas, la ciudad cayó ante los asirios en el año 663 a.C. Nahúm describe los horrores de la guerra que desató Asurbanipal sobre los ciudadanos de Tebas. Su riqueza, que hasta hacía poco había parecido tan segura, se convirtió en botín para el ejército asirio. A los niños los sacaron a las calles y los destrozaron; a los nobles los vendieron como esclavos personales de los conquistadores. A los hombres preparados y educados de la clase alta: los encadenaron, arrastraron, y los pusieron al servicio de sus captores. Y al resto del pueblo que sobrevivió a la guerra se le deportó a Asiria como prisionero de guerra, destinado a pasar el resto de su vida como esclavo. Entonces Asurbanipal arrasó la ciudad. Cuánto deben haberse burlado la poderosa Asiria y la altanera Nínive de la falsa seguridad que Tebas había puesto en su ubicación distante, en sus muros, en sus ejércitos, y en sus aliados poderosos.

**¹¹ Tú también serás embriagada
y serás encerrada;
tú también buscarás refugio
a causa del enemigo.**

**¹² Todas tus fortalezas serán
cual higueras cargadas de brevas,
que, si las sacuden,
caen en la boca del que las ha de comer.**

**¹³ Tus tropas, dentro de ti, // son como mujeres.
Las puertas de tu tierra
se abrirán de par en par a tus enemigos
y el fuego consumirá tus cerrojos.**

Es irónico que Nínive pudiera ver la ceguera de Tebas en cuanto a su indefensa condición y sin embargo no pudiera reconocer que ella misma estaba afligida de la misma manera. Nahúm profetiza que a Nínive le sucederá lo mismo que a Tebas. Unos 50 años después de que Nínive hiciera llorar a los ciudadanos de Tebas, lloraría por ella misma. En los días de Asurbanipal, cuando Nahúm escribió, debe haber parecido imposible que algo así sucediera; no obstante, sus palabras resultaron ser ciertas. Aunque no fue porque Nahúm adivinara acertadamente, ni porque viera mejor que otros la mano que escribía en la pared, sino porque Nahúm decía las palabras del Señor. Además, el Señor no predecía sólo el futuro, elaboraba el plano para el futuro, que sin falta él mismo llevaría a cabo.

La sensación de seguridad de Nínive, al igual que la de Tebas, no tenía fundamento. Nahúm profetiza que la vanagloria de sus defensas no les servirá de nada, se vendrán abajo con sólo una “sacudida”, como pasa cuando alguien sacude la higuera para que los frutos caigan a la boca de la persona, que luego los devora. Y los soldados asirios, famosos en un tiempo por su capacidad para luchar, mostrarán que eran débiles y sin carácter. En vez de defender la ciudad, huirán para salvar su vida, dejando abiertas las puertas de la ciudad. El enemigo no encontrará resistencia. La

gente de la ciudad se encogerá de miedo en las cuevas, esperando que los soldados enemigos no la encuentren. El temor y el terror de la gente se disiparán sólo con la borrachera; las bebidas fuertes embotarán sus sentidos y no se podrán enfrentar a la terrible realidad. ¿Puede usted imaginarse a los soldados asirios burlándose rudamente y diciendo lo mismo del pueblo de Tebas cinco décadas antes?

**¹⁴ Provéete de agua para el asedio,
refuerza tus fortalezas,
entra en el lodo y pisa el barro,
y refuerza el horno.**

**¹⁵ Allí te consumirá el fuego,
te talará la espada,
te devorará como el pulgón.
¡Multiplícate como la langosta!
¡Multiplícate como el saltamontes!**

**¹⁶ Multiplicaste tus mercaderes
más que las estrellas del cielo;
la langosta hace presa y vuela.**

**¹⁷ Tus príncipes serán como langostas
y tus grandes como nubes de langostas
que se posan sobre las cercas
en los días de frío;
al salir el sol se van,
sin que nadie sepa a dónde.**

Una vez más, como lo había hecho al comienzo del capítulo 2, Nahúm desafía a la ciudad para que se prepare para la batalla, para que esté lista para que la sitien. Deben sacar agua y guardarla antes de que el enemigo le corte el suministro de agua potable cuando detenga el curso del río Khosr. Deben hacer ladrillos para reforzar los lugares débiles de los muros de 15 metros de ancho. Demasiado trabajo, trabajo duro el que se debe hacer, pero todo será en vano. Hasta los esfuerzos imposibles de los de Nínive

pospondrán la destrucción a lo mucho por sólo unos meses. Al final, “el fuego” y “la espada” “devorará[n]” y “consumirá[n]” a la gente de la ciudad, así como las langostas devoran y consumen todo lo que encuentran a su paso.

Nahúm menciona dos componentes muy importantes de la sociedad de Nínive: los mercaderes y los funcionarios (incluyendo a los militares). La fuerza de la ciudad se basaba en sus actividades militares y comerciales. Pero estas personas, que una vez fueron el alma y el centro de su fuerza y las impulsoras de su política expansionista, no le ayudarán a Nínive en su agonía de muerte. Los mercaderes, “como la langosta”, barrieron con todo, se apropiaron de tanta riqueza como pudieron a la hora de irse. Los funcionarios, con la prisa por abandonar la ciudad condenada, en vez de calmar al pueblo y animarlo a defender la ciudad como era su deber, aumentarán el caos. Todos ellos, mercaderes y funcionarios por igual, abandonarán así la ciudad que se desmorona como las ratas abandonan el barco que se hunde.

Después Nahúm usó una ilustración que implicaba a las langostas para demostrar otro punto significativo. Si alguna vez usted se ha preguntado adónde se van todos los bichos que salen en el verano pero se ausentan en el invierno, entonces entenderá con claridad lo que dice Nahúm. En los días de Nahúm las langostas eran tan abundantes en Asiria y en Israel, que a veces las nubes de langostas no dejaban pasar la luz del sol. Las plagas de langostas descendían al campo y arrasaban con todo en cuestión de horas. Después desaparecían como si nunca hubieran estado allí. Nahúm compara la conducta de las langostas con la de los mercaderes y funcionarios asirios que fueron los responsables del asolamiento de los campos que estaban a su alrededor. Había muchos funcionarios en los asuntos del gobierno, muchos mercaderes en los caminos de Israel que consideraban a Nínive como su hogar, y sin embargo, como las langostas, desaparecerían de repente. ¿Por qué? Esto es lo que el Señor ha dispuesto para Nínive. Su sociedad, que parecía tan estable, tan indestructible y

tan inmensa, desaparecería como los insectos que se despiertan con el calor del verano.

**18 »¡Se han dormido tus pastores,
rey de Asiria!
Reposan tus valientes,
tu ejército se dispersó por los montes
y no hay quien lo junte.
19 ¡No hay medicina para tu quebradura,
tu herida es incurable!
Todos los que oyen acerca de ti
aplauden tu ruina,
porque ¿sobre quién no ha pasado//sin tregua tu
maldad?»**

Cuando llegue el fin, no habrá ningún misterio en cuanto al paradero de los: funcionarios, gobernantes, nobles (“pastores”), y pueblo, de Nínive. Muchos de ellos, en particular los líderes y gobernantes, “dormirán” o “reposarán”, es decir, estarán en su tumba. El rey mismo Sin-shar-ishkun, uno de los hijos de Asurbanipal, yacerá muerto mientras su palacio se queme a su alrededor. El resto de la población que tuvo la gran suerte de escaparse de la masacre se dirigió a las montañas que estaban al este y al norte de Nínive. Allí, sin pastores que los guiaran, se dispersaron como un rebaño de ovejas sin poder hacer nada. “No hay quien” los “junte” otra vez.

¡Era suficiente! No habría ninguna posibilidad de cambiar esa calamidad. Nínive jamás se levantaría. La destrucción era permanente. En otros tiempos de su historia Asiria se había enfrentado a la adversidad, había sufrido derrotas que en ese momento daban la apariencia como si el poder de Asiria se hubiera terminado, pero eso nunca había sucedido. El imperio siempre se recuperaba y continuaba haciéndose cada vez más grande y más fuerte que antes. Sin embargo, ahora las cosas iban a ser diferentes.

Nahúm profetiza que en realidad éste sería el fin de Asiria y de su capital. Las heridas de Asiria se no podrían curar. “No hay medicina para tu quebradura; tu herida es incurable.” Asiria nunca se recuperaría de este golpe. La gran ciudad yacería en ruinas para siempre. Como de costumbre, el Señor fue fiel a su palabra, nunca más permitiría que Nínive fuera más que un montón de polvo y cenizas. Durante siglos se desconocía dónde estaba situada.

Todas las naciones de esa parte del mundo sufrieron las tácticas crueles y brutales de Asiria; sus botas de acero las pisotearon y las obligaron a humillarse ante su autoridad. Nahúm pregunta: “¿Sobre quién no ha pasado sin tregua tu maldad?” Por eso no hubo lágrimas cuando Nínive cayó. “Todos los que oyen acerca de ti, aplauden tu ruina”. Mientras las víctimas de Nínive celebraban su destrucción, aplaudían con alegría desenfadada, encantados de la exterminación del tirano, regocijándose de la desaparición de la orgullosa y cruel ciudad. Tarde o temprano todas las naciones de la tierra se enterarían de *lo que había sucedido*, pero sólo los que oyeron a Nahúm sabrían el porqué. Ellos confesarán: “El Señor ha actuado. Ha hecho caer su venganza sobre sus enemigos, y al hacerlo, ha liberado a su pueblo”.

Conclusión

Nos gustaría finalizar este estudio recordando algo que ya se ha mencionado en la introducción al libro de Nahúm. El libro es muy remoto, los acontecimientos que predijo sucedieron hace mucho tiempo. Y, en realidad, podemos decir que nuestra situación no fue afectada por el hecho de que la ciudad de Nínive haya desaparecido. En nuestra época y en nuestra vida tenemos muchas cosas de que preocuparnos. ¿Por qué nos debe preocupar o conmover lo que sucedió hace ya tantos siglos en Israel y en Nínive?

Cuando consideramos estas preguntas, es bueno recordar que Nahúm comenzó su libro describiendo al único verdadero Dios que todavía es el Señor del cielo y de la tierra. Nos dijo que el

Señor es el Dios de paciencia infinita que desea la salvación del pecador, pero al mismo tiempo es el Dios santo que no permitirá que el malvado quede impune. Las naciones impías y altaneras de hoy tienen que vérselas con el mismo Dios y pueden esperar que su contacto con él tenga los mismos resultados si lo siguen desafiando.

El libro de Nahúm también enfatiza que hay otra cara del juicio de Dios sobre sus enemigos. El pueblo de Dios todavía está bajo *la mirada misericordiosa del Señor*. Aunque parezca que el pueblo de Dios pelea una batalla perdida al ser aplastado por una hueste de enemigos, las puertas del infierno no prevalecerán contra la iglesia del Señor. Tenemos su promesa, la promesa del Dios que nos hizo y nos redimió. Puede librarnos hoy como en el pasado, y lo hará. La paciencia que muestra para con los malvados y para con nosotros nunca se debe malinterpretar como una falta de poder o de resolución de su parte. Aquí está el consuelo que la iglesia de Dios puede encontrar en el libro de Nahúm, hasta en sus horas más oscuras. El Señor, el Dios Salvador, permanece al mando de todo. Él no se olvida de su pueblo.

Por supuesto, Nahúm nos advierte que no confiemos en las estructuras hechas por el hombre ni en el poder que tienen. Un gobierno fuerte y estable es una bendición de Dios, pero poner nuestra confianza de seguridad y bienestar, sólo en esa institución, es depositar nuestra confianza donde no debemos. Todo está bien porque el Señor es Dios, y él gobierna el cielo y la tierra. Este Dios que ha sellado su amor por nosotros en Cristo nunca nos dejará ni nos abandonará. Con paciencia calmada y confiada, el pueblo del Señor espera que cumpla sus planes y revele el futuro en su sabiduría y amor infinitos.

Compare las últimas palabras del párrafo anterior con las de la profecía de Nahúm. ¡Qué contraste! Las palabras que usa Nahúm para describir a Nínive y las obras de los hombres: “sin tregua tu maldad”, o “tu constante maldad” como dice la NVI. Las palabras que podemos utilizar para describir al Señor y sus obras son: “sabiduría y amor”.

INTRODUCCIÓN A HABACUC

Los lectores que usan computadoras para el procesamiento de textos saben que una de las funciones de esos programas es la de corregir la ortografía. Si se usa una palabra mal escrita o incorrecta, la computadora subraya esa palabra y da sugerencias de palabras y su ortografía. Si la computadora no reconoce la palabra, aparecerá en la pantalla el mensaje “¡No hay sugerencias!”. Eso sucede cuando se escribe el nombre *Habacuc* en una computadora: no recibirá sugerencias. Este nombre resulta igualmente extraño para los cristianos de estos tiempos, los padres no lo usan para nombrar a alguno de sus hijos como lo hacen con el nombre de otros profetas. Por desgracia, muchas personas que no han escuchado el nombre tampoco conocen el mensaje del libro.

Autor

No se conoce mucho acerca de Habacuc, aparte de lo que se menciona en su libro, lo cual es muy poco. No existe ninguna referencia en cuanto a su lugar de origen o en que época vivió ni donde trabajó. Tanto para el lector hispano moderno como para el israelita antiguo, este nombre ha sido muy extraño. Lutero, así como algunos otros estudiosos, sugirieron que el nombre Habacuc proviene de un verbo hebreo que significa “abrazar”, así que interpretan su nombre con el significado de “el consolador” o “el que consuela”. Otros insisten en que Habacuc es un nombre extranjero, que es una palabra asiria que designaba una planta que se cultivaba en todo el Medio Oriente en tiempos antiguos. Cualquiera que sea el origen del nombre, lo único que conocemos de Habacuc es su libro.

Sin embargo, hay una leyenda que habla de Habacuc en la adición apócrifa al libro de Daniel llamada *Bel y el Dragón*. Este libro, como otros libros apócrifos, se escribió en el tiempo que transcurrió entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Según la

leyenda, Habacuc estaba en Judea llevándoles alimentos a algunos trabajadores del campo. Un ángel se le apareció y le dijo que en lugar de ir al campo fuera a Babilonia y le llevara alimento a Daniel. Daniel ya había pasado seis días en la cueva de los leones y tenía hambre. Habacuc respondió que nunca había ido a Babilonia y que tampoco sabía nada de la cueva de los leones. Entonces el ángel lo levantó del suelo y lo llevó allí. Después de que Habacuc lo alimentó en la cueva de los leones, el ángel lo regresó a Judea. Aunque pueda parecer muy interesante esta historia apócrifa, no nos da información acerca de Habacuc.

Habacuc pudo haber sido un levita y miembro del coro del templo, porque su libro termina con un salmo (capítulo 3) hermoso y bien escrito, como los que se encuentran en el libro de los Salmos. El salmo de Habacuc comienza con indicaciones para cantar la melodía. Contiene la misteriosa palabra “Selah” tres veces, las únicas veces que aparece en el Antiguo Testamento aparte del libro de los Salmos. Aunque Habacuc puede que haya sido levita, *no es necesario ser* músico profesional para componer buena música. Habacuc, igual que el rey David, pudo haber tenido un talento musical aunque esa no haya sido su profesión. Así como muchas otras cosas que se han mencionado acerca de Habacuc, ésta también es una especulación. En realidad, no hay mucho que podamos decir con certeza.

Fecha

Habacuc no fechó sus escritos con el reinado de cierto rey de Israel o de Judá como otros profetas lo hicieron. Por eso los que desean calcular en el esquema de acontecimientos del Antiguo Testamento tienen que depender de algunas de las claves que el profeta nos da en su libro. En realidad sólo ayuda una afirmación con respecto a esto. En 1:5,6 el Señor dice por medio de Habacuc: “Mirad entre las naciones, ved y asombrados; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contara, no la creeríais. Porque yo levanto a los caldeos”.

El Señor predice la llegada de los babilonios bajo el rey Nabucodonosor. Por lo tanto, según las palabras del Señor, esto se profetizó en un tiempo en el que la profecía se consideraba muy improbable. El Señor le indica a Habacuc que aunque se le haya dicho, tanto a él como a la gente de sus días, sería difícil creerlo.

Al continuar la lectura, parece ser que Habacuc estaba familiarizado con los babilonios y su estilo de vida belicosa. Eso parece indicar que los babilonios ya existían, pero todavía no eran la nación más poderosa ni se esperaba que su influencia se extendiera hasta Canaán, a unos mil cuatrocientos cincuenta kilómetros de Babilonia, y que fueran una gran amenaza para Judá.

Hay un período que parece cumplir estos requisitos. En el año 626 a.C. Babilonia bajo el liderazgo de Nabopolasar, padre de Nabucodonosor, declaró su independencia de Asiria. Nabopolasar (626-605 a.C.) era caldeo, jefe de una de las tribus que se habían establecido en la tierra del sur de Babilonia por lo menos cuatro siglos antes. Allí esos caldeos trataban de combatir los intentos que hacía constantemente Asiria para dominarlos. Por fin, en el año 626 a.C., se cambiaron los papeles con los asirios. En una batalla que se llevó a cabo fuera de Babilonia, obtuvieron el control de lo que hasta entonces había sido la provincia asiria de Babilonia. Entonces Nabopolasar tomó el trono de Babilonia. Ese fue el principio del imperio caldeo o la Nueva Babilonia. Nunca más estuvo Babilonia bajo el control de los asirios, pero en el año 626 a.C. todavía no era obvio que el nuevo imperio de Babilonia al fin iba a controlar todo el imperio asirio.

Entonces, en el año 612 a.C., los babilonios y los medos marcharon hacia el interior de Asiria y sitiaron la ciudad de Nínive, la capital de Asiria. Tres meses después quemaron Nínive y la dejaron reducida a cenizas, tal y como el profeta Nahúm lo predijo. Las fuerzas asirias que quedaron se esparcieron y se dirigieron hacia el oeste. Intentaron reagruparse y poner resistencia en Harán, pero en el año 610 a.C. los babilonios y sus aliados tomaron también Harán. Ahora toda Asiria estaba en sus manos.

Por siglos los asirios habían sido la superpotencia del Medio Oriente. Ahora, con el desmoronamiento de su imperio había un vacío de poder en la región: un vacío que tanto los babilonios como los egipcios estaban ansiosos de llenar. Uno de los premios valiosos de esta lucha por el poder sería el “área provisional” de Siria-Palestina que estaba justo entre los dos (los medos estaban contentos de tener el control de las tierras que tenían en el este). Por eso, después de que cayó Nínive, los egipcios marcharon rápidamente al norte, con la intención de detener cualquier posible expansión babilonia en el Éufrates.

Por siete años los egipcios controlaron con éxito la expansión de Babilonia en el río Éufrates. Durante ese tiempo parecía muy improbable que los babilonios alguna vez pudieran vencer a los egipcios, cruzaran el Éufrates, avanzaran hacia la costa del Mediterráneo y logaran controlar a Siria y a Palestina (incluso Judá), que una vez formaron parte del jactancioso imperio asirio.

Sin embargo, todo esto terminó en el año 605 a.C. cuando Nabucodonosor, hijo de Nabopolasar, venció contundentemente a los egipcios en la batalla de Carquemis en la parte alta del río Éufrates. Esta victoria monumental solidificó el nuevo imperio babilonio y estableció a Babilonia como la potencia para tomar en cuenta en el Medio Oriente. Ya no existía el problema de quién controlaría el área que estaba al oeste del Éufrates.

Ese mismo año Nabucodonosor marchó hacia el sur, a las áreas que Egipto había controlado para demostrar que ahora él estaba al mando. Cuando llegó a Jerusalén, se llevó a Babilonia como rehenes a algunos hombres jóvenes, incluyendo a Daniel, que pertenecían a destacadas familias judías. También explicó que él era el gobernante de todo el antiguo imperio asirio.

Durante esos siete años antes de Carquemis (612-605 a.C.) el poder de los caldeos era bien conocido, sin embargo todavía les faltaba dominar a Judá. Por eso el Señor pudo haberle hablado a Habacuc en alguna oportunidad durante esos años. El piadoso rey judío Josías gobernó durante la mitad de esos años, y se supone

que las condiciones de las que se queja Habacuc habrían ocurrido después de la muerte de Josías. Los años de Joaquín, el hijo de Josías, fueron años de perversidad: malvados, impenitentes, y violentos. Coinciden con las quejas de Habacuc.

Estos datos nos hacen suponer que Habacuc profetizó entre el año 609 y el 605 a.C., lo que lo pondría como joven contemporáneo de Nahúm y de Sofonías. Esta fecha también lo coloca en medio del ministerio de Jeremías. Es probable que hasta haya trabajado con Jeremías por algunos años.

Forma y contenido

La forma del libro de Habacuc es única entre los profetas. Los dos primeros capítulos son un diálogo entre Habacuc y Dios; Habacuc añade a la conversación las quejas que le presenta a Dios, tal vez en nombre de todos los creyentes que todavía quedan en Judá. El Señor, a su vez, responde a las preguntas del profeta. Después de haber recibido las respuestas de Dios, Habacuc contesta y termina su libro con un hermoso salmo. Este salmo nos muestra que él ha aceptado con fe las respuestas del Señor, a las conmovedoras preguntas que le había presentado. Al mismo tiempo es una hermosa confesión de fe porque expresa la confianza que Habacuc tiene en el Señor y en su gobierno sobre la tierra y todos sus habitantes.

Una de las razones que hace de Habacuc un libro interesante, valioso, y digno de estudiarse, son las preguntas fundamentales que presenta, que son las mismas que el pueblo de Dios de toda época todavía hace. Pregunta: “¿Por qué?” Si el Señor es Dios justo que odia el mal, entonces ¿por qué permite que el mal llene la tierra? ¿Por qué la gente perversa no recibe castigo? Si el Señor es Dios de amor que se preocupa por su pueblo, entonces ¿por qué permite que sufra? ¿Por qué permite que experimente el mal en el mundo? Éstas son preguntas muy importantes para el bienestar espiritual de los creyentes. La respuesta equivocada, o la falta de

una respuesta, pueden alejar de la fe a los hijos de Dios y llevarlos: a la amargura, a la ira, y a la desesperación.

Sin embargo, Habacuc no sólo hace las preguntas; sino también les da a los creyentes un modelo excelente a seguir mientras esperan la respuesta de Dios. Habacuc dice: “Velaré para ver lo que me dirá, y qué he de responder tocante a mi queja” (2:1). Cuando Habacuc se presenta ante el Señor y expresa sus quejas, no lo hace para desafiar al Señor, ni para entablar ningún debate con Dios acerca de la manera en que el Señor gobierna la tierra. No, busca respuestas que pueda llevar al pueblo de Dios, respuestas que fortalecerán su fe, y aliviarán la ansiedad que han estado sufriendo.

Como Habacuc se acerca con este espíritu, Dios le responde misericordiosamente y comparte con él sus planes para el futuro. El Señor le asegura a Habacuc que el mal no ha pasado desapercibido, ni el de Judá, ni tampoco el de los babilonios. Se castigará la maldad y nadie escapará. Estas cosas *sucedarán*, pero cuando el Señor lo disponga.

Estas respuestas le dan solidez al tema del libro: “Mas el justo por su fe vivirá” (2:4). El Señor le dijo a Habacuc lo que debía esperar en el futuro próximo, pero eso no responde directamente la pregunta, ¿por qué el Señor tolera el mal? La maldad de Babilonia castigará la de Judá. A su vez, otra nación de malhechores castigará la maldad de Babilonia. Además, el pueblo del Señor continuará sufriendo en este mundo.

Entonces, ¿dónde está la justicia eterna de Dios? La respuesta del Señor es el llamado a la fe. “Confía en mí” son las palabras de ánimo que le da el Señor. Esa es la diferencia que existe entre el pueblo de Dios y los incrédulos. Los creyentes actúan con la confianza de que todo está en las manos del Señor, y al mismo tiempo él controla todas las cosas para el bien de los miembros de su familia eterna. Cuando esa seguridad penetra en el corazón de los creyentes, uno se pueden unir a Habacuc en medio de las dificultades y decir: “Tranquilo espero el día... me alegraré en Jehová, y me regocijaré en el Dios de mi salvación” (3:16,18).

El último capítulo de Habacuc está escrito de una manera que indica la posibilidad de que se haya utilizado en un servicio de adoración durante tiempos de calamidad y desastre. Se puede tomar esto como evidencia de que el Espíritu de Dios no sólo obró en el corazón de Habacuc la confianza en el Señor, sino también en el corazón de los demás hijos de Dios. Desde entonces los creyentes adoptaron las palabras de Habacuc al usar su salmo en el servicio de adoración.

Bosquejo

Tema: El justo vivirá por la fe

- I. Título (1:1)
- II. Diálogo sobre la maldad del mundo (1:2-2:20)
 - A. Habacuc pregunta sobre la maldad de Judá (1:2-4)
 - B. El Señor responde que los babilonios castigarán a Judá (1:5-11)
 - C. Habacuc pregunta acerca de la maldad entre los babilonios (1:12-2:1)
 - D. El Señor responde que también castigará la maldad de los babilonios (2:2-20)
- III. Salmo de fe en la justicia y el poder salvador del Señor (3:1-19)
 - A. Llamado a que el Señor los libere como en el pasado (3:1-15)
 - B. Confesión del poder misericordioso del Señor para salvar (3:16-19)

1 Profecía que el profeta Habacuc recibió en una visión

El título nos da el nombre del autor, Habacuc, y en realidad esto es todo lo él que nos dice acerca de sí mismo. No menciona ningún pueblo natal ni su árbol genealógico; no habla de ningún rey durante cuyo reinado vivió y trabajó y tampoco se le menciona en los libros históricos del Antiguo Testamento que cubren ese período, libros como 2 Reyes y 2 Crónicas. Tampoco lo menciona ningún profeta, aunque fue contemporáneo de Jeremías y es posible que haya conocido a Nahúm y a Sofonías, que trabajaron para el Señor antes de que él profetizara. Cualquier cosa que sepamos de él: su actitud, su fe, y cosas por el estilo, se deben deducir del contenido de su libro.

El título del libro de Habacuc también nos informa que recibió un “oráculo” [NIV en inglés] del Señor. La palabra hebrea que la Reina Valera traduce aquí como “profecía” significa “algo que es levantado”. El término podría implicar que a Habacuc se le pide “levantar la voz” para revelar la verdad del Señor, o se podría referir a alguna “carga pesada” que se le pide al profeta que levante y lleve, o tal vez entregue. Cuando el término se usa de esta manera usualmente indica algún mensaje de condenación y destrucción que el profeta está a punto de relatar o entregar.

Otros profetas, como Nahúm y Malaquías, comienzan su libro de manera muy parecida, y Zacarías describe dos de sus profecías como “oráculos” (9:1;12:1). Isaías también usa el término con frecuencia, especialmente en la sección de su libro donde condena a las naciones extranjeras (capítulos 13–23).

El título también nos informa que Habacuc era profeta. La imagen que viene a la mente en conexión con un hombre al que se

le llama “*profeta*” es la de una persona que puede pronosticar o predecir el futuro. Ésta es casi exclusivamente la manera en que se usa hoy la palabra profeta, y a Habacuc se le puede entender como un profeta en este sentido. Como usted puede ver, Dios permitió que Habacuc tuviera una visión fugaz del futuro. Después, Dios también le permitió que predijera los acontecimientos, por ejemplo: hacerle saber al pueblo de Judá que los babilonios los iban a castigar por su impiedad, y a los babilonios a su vez los castigará por la suya.

Habacuc pudo hacer esto porque el Señor mismo se lo reveló. Note que Habacuc dijo que “recibió” esta “profecía”, o revelación, que ahora les comunica a sus lectores. En otras palabras, el Señor mismo le reveló a Habacuc sus planes acerca del futuro de Judá. Quería que su pueblo estuviera preparado cuando llegara el momento. Por eso, como profeta de Dios, Habacuc tuvo la responsabilidad de hacer saber ahora al pueblo de Judá lo que el Señor le había revelado a él, dar a conocer lo que le esperaba al pueblo en el futuro.

La llegada de los babilonios le dio inicio a un período sombrío en la historia de Judá. La profecía de Habacuc indica que invadieron Judá porque el Señor así lo quiso. Por lo tanto, los sucesos no estuvieron fuera del control del Señor cuando esos temibles enemigos atacaron Judá y aplastaron al país. No, todos estos acontecimientos se desarrollaron exactamente como la sabia providencia del Señor determinó que ocurrieran. El Señor le presentó esa verdad a su pueblo permitiendo que sus profetas, como Habacuc, vieran de antemano los acontecimientos futuros y los revelaran al pueblo antes de que sucedieran.

Sin embargo, predecir el futuro no era la única función de los profetas de Dios. En realidad, no era ni siquiera su tarea ni responsabilidad principal. Detrás de la palabra hebrea para “profeta” está la idea de “alguien que ha sido designado o llamado para hablar”. Por lo tanto, el profeta es una persona que ha sido llamada por Dios para que hable de parte de él, para que sea el

mensajero de Dios, la voz de Dios. La responsabilidad más importante era hablarle al pueblo en nombre de Dios, comunicarle lo que Dios le había revelado. Habacuc lo hace cuando le comunica al pueblo la revelación especial de Dios acerca de Judá y de Babilonia.

Sin embargo, la responsabilidad del profeta iba más allá de hablarle *al* pueblo *de parte de* Dios; también implicaba hablarle a Dios de parte del pueblo. Abraham, a quien se llama profeta en Génesis 20:7, *oró* a Dios por el rey de Gerar. Cuando sucedió lo del becerro de oro, Moisés *oró* a Dios en favor del pueblo que se había reunido alrededor del monte Sinaí, suplicándole que le perdonara su deslealtad. De igual manera, Habacuc habló de parte de su pueblo y le presentó directamente al Señor las preguntas y las quejas de ellos acerca de la forma en que Dios gobernaba los asuntos de Judá y del mundo.

Un profeta también podía *guiar* a su pueblo en la forma en que debe *orar* y *confesar* su fe ante el Señor. Elías lo hizo en el monte Carmelo cuando desafió a los profetas de Baal. Esdras lo hizo después del exilio cuando guió al pueblo en su adoración. Habacuc también lo hace en el último capítulo de su libro. El salmo que está escrito allí contiene tanto una oración como una confesión de fe. Aunque ese salmo comenzó como una expresión personal de la fe y la alegría que había en el corazón de Habacuc, funcionó también como una oración y confesión pública del pueblo de Judá. En pocas palabras, Habacuc desempeñó todos los oficios de un profeta. A través de Habacuc, Dios mismo le habló a su pueblo. Por su parte, el pueblo, mediante Habacuc, le habló a Dios y el Señor lo guió por el camino de la oración y la confesión.

SEGUNDA PARTE

Diálogo sobre la maldad del mundo

Habacuc 1:2-2:20

Habacuc pregunta sobre la maldad de Judá

² «¿Hasta cuándo, Jehová, gritaré

sin que tú escuches,

y clamaré a causa de la violencia

sin que tú salves?

³ ¿Por qué me haces ver iniquidad

y haces que vea tanta maldad?

Ante mí sólo hay destrucción y violencia;

pleito y contienda se levantan.

⁴ Por eso la Ley se debilita

y el juicio no se ajusta a la verdad;

el impío asedia al justo,

y así se tuerce la justicia.

Por las condiciones que Habacuc describe de Judá en estos versículos, parece que escribe después de la muerte de Josías, que fue uno de los pocos reyes piadosos de Judá. Josías llevó a cabo una reforma religiosa que incluyó: la destrucción de los santuarios a los ídolos, la reparación del templo, y la limpieza en sus atrios de las prácticas religiosas corruptas de su tiempo. Sin embargo, su obra no duró mucho tiempo ni fue muy profunda. Después de su muerte en el año 609 a.C., su hijo Joaquín subió al trono y no poseía ninguna de las cualidades positivas de su padre. Fue un enemigo irreconciliable de Jeremías, el contemporáneo de Habacuc. Es difícil pensar que se mostrara más amigable con Habacuc y con el grupo de creyentes a los que éste servía. Parece que las actitudes impías y la conducta malvada que estaban presentes en la casa real, penetraron hasta los funcionarios menores, y finalmente al pueblo mismo. A Habacuc le preocupaba esa situación de la sociedad.

El diálogo del profeta con Dios, comienza con las quejas de Habacuc porque había orado a Dios por mucho tiempo para que le pusiera fin a la violencia y la injusticia en Judá, sin que aparentemente hubiera escuchado. Molesto porque en Judá eran incontables: la impiedad, los conflictos, y la opresión, mientras que Dios no hacía aparentemente nada, clama: “¿Hasta cuándo, Jehová, gritaré sin que tú escuches; y clamaré a causa de la violencia sin que tú salves?”

Ésta no es la única vez que las Escrituras presentan este tipo de clamor del pueblo de Dios. El apóstol Juan informa que vio las almas de aquellos a quienes se les había matado porque dieron testimonio fiel de la palabra de Dios. Oyó que esos mártires clamaban a gran voz: “¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de manos de los que moran en la tierra?” (Apocalipsis 6:10).

Ni Habacuc ni los santos en la visión de Juan, dijeron esas palabras con un espíritu vengativo. No tenían sed de venganza por toda la maldad que habían recibido de los perversos. Después de todo, el Señor les dice a los suyos que deben amar a sus enemigos y poner de buena gana la otra mejilla cuando les hacen algo malo. Más bien, sus interrogantes le preguntan al Señor: ¿cuándo va a defender su honor?, ¿cuándo va a actuar con justicia contra los malvados como su santidad lo exige?, y ¿cuándo va a librar a sus santos como ha prometido?. Después de todo, Dios nos dio una descripción de él mismo en el monte Sinaí cuando entregó la ley: “Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen” (Éxodo 20:5). Y aunque le había dicho a Moisés en el monte que era “tardo para la ira” (34:6), también dijo que “de ningún modo tendrá por inocente al malvado” (versículo 7). Habacuc sabía que el Señor se había descrito a él mismo, y por esto exclama: Señor, ¿hasta cuándo clamaré a ti justicia y liberación, y no me respondes?

Habacuc también tiene otra pregunta: ¿Por qué, oh Señor, toleras la iniquidad? De nuevo, Habacuc no es el único, ni siquiera

el primero, en expresar esta preocupación. En su sufrimiento, el justo Job había preguntado: “¿Por qué viven los perversos y envejecen, aún crecen sus riquezas? Pasan sus días en prosperidad y en paz descienden al seol” (21:7,13; vea el resto del capítulo 21). El salmista Asaf también confesó que en realidad envidiaba la prosperidad de los malvados. Se preguntaba: “¿Hasta cuándo, oh Dios, nos afrentará el angustiador? ¿Ha de blasfemar el enemigo perpetuamente tu nombre? ¿Por qué retraes tu mano? ¿Por qué escondes tu diestra en tu seno?” (Salmo 74:10,11; vea el salmo completo).

Tanto Asaf como Habacuc se preguntan: ¿por qué el Señor tiene las manos en el bolsillo?, ¿por qué no actúa contra los que lo injurian deliberadamente y hacen caso omiso de su voluntad? Le preguntaban ¿cómo podía permitir que la persona altanera e impía lo desairara y lo retara a responder y además hacer que los piadosos vieran esta conducta, o peor, que ellos mismos fueran víctimas de esto?.

¿Por qué a Habacuc lo consterna tanto la visión que lo impulsa a hacerle preguntas tan atrevidas al Señor? Mientras este observador agudo de sus días camina por las calles de Jerusalén y observa a la sociedad de su tiempo, ve que la “violencia” y la “iniquidad”, levantan su horrible cabeza por todas partes, ya sea: en las casuchas de los pobres, o en los palacios de los ricos, o en las tiendas y puestos que llenan las calles de la sección comercial de la ciudad.

La “violencia” describe la conducta inmoral y hasta criminal que se ve en toda la sociedad de Jerusalén bajo el gobierno de Joaquín: asesinato, asalto, robo, fraude, malversación de fondos, violación, adulterio, y otras violaciones flagrantes de la ley moral de Dios. Estos pecados brotan de una mente impía y de un corazón impenitente. Destruyen la vida de las personas y arruinan la estructura de la sociedad. Todo eso se parece mucho a lo que sucede en nuestra sociedad de hoy, ¿verdad?

La “iniquidad” o la injusticia, son la incapacidad o la falta de voluntad de la sociedad para reaccionar y castigar la “violencia”

que se encuentra en su medio. Habacuc ve que las cortes son corruptas, que los procedimientos de justicia no funcionan. Se pervierte la justicia para favorecer las intenciones malvadas de los malhechores, se aprovechan de los piadosos que siguen las normas de la sociedad. Los perversos se escapan del castigo y los piadosos se dan cuenta de que se les niega la justicia, o sufren el ridículo o la persecución porque no quieren consentir el mal y más bien lo condenan y piden que sea castigado.

Es memorable la manera en que Habacuc describe la ley en su sociedad: “La ley se debilita” o como dice la NVI: “se entorpece la ley”. Una persona débil no puede caminar ni mover las manos; no puede trabajar, y si alguien la ataca no se puede defender. Lo mismo sucede con la ley en una sociedad inmoral. La ley se ha vuelto: ineficiente, fácil de burlar, tan lisiada que “se tuerce la justicia”, o como dice la NVI: “no se da curso a la justicia”. No hay acuerdo en cuanto a lo que es correcto o lo que es error. No hay buena disposición para castigar eficazmente a los que infringen las leyes. Como resultado, la ley ya no cumple su función, queda incapacitada para administrar la justicia como debe ser.

Una sociedad inmoral es ingobernable. Cuando los Diez Mandamientos se han convertido en letra muerta, el resultado inevitable es el colapso de la ley y del orden en la sociedad. Eso es lo que Habacuc vio a su alrededor, y se preguntó ¿por qué no actuaba el Dios justo?. ¿Por qué Dios lo toleraba? ¿Por qué no salvaba a su pueblo y lo libraba de los malvados que lo rodeaban? ¿Por qué permitió que las condiciones se pusieran tan mal?

El Señor responde que los babilonios castigarán a Judá

**⁵»Mirad entre las naciones,
ved y asombraos,
porque haré una obra en vuestros días,
que, aun cuando se os contara, //no la creeríais.**

No existe ninguna presentación formal de la respuesta del Señor a la queja de Habacuc. Aquí el profeta no comienza diciendo: “Así dice el Señor”, o como lo dirá más adelante en el capítulo 2: “Y Jehová me respondió” (versículo 2). En realidad, la única razón por la que sabemos que estos versículos no son una continuación de la queja de Habacuc es que no tienen mucho sentido si se los atribuimos a él; hablan de cosas que sencillamente no podría hacer. Y se expresan de tal manera que sólo pueden ser los pensamientos e intenciones de quien controla todos los asuntos de la historia, en otras palabras, de Dios mismo.

No sabemos *cómo* recibió Habacuc estas palabras del Señor. Pudo haber sido en un sueño o en una visión, ya que el Señor se comunicaba frecuentemente de esa manera con sus profetas. Lo que sí sabemos con seguridad es que Habacuc recibió estas palabras de la misma manera como “recibió” el resto de su libro (1:1), es decir, el Señor se las reveló, probablemente poco después de que Habacuc presentara su primera queja.

La primera palabra del versículo: “Mirad”, es un verbo en plural. Como tal, indica que el Señor no sólo se dirige a Habacuc, sino también al pueblo del que le había hablado el profeta. Mientras habla, el Señor dirige la atención de todos al escenario del mundo: “Mirad entre las naciones, ved”. Los invita a contemplar el drama humano de la vida real que se va a presentar allí, algo de lo que ellos se quedarán “asombrados”, algo que “no creerían”.

Note que no dice solamente: “Miren cómo van a resultar los asuntos de la historia del mundo”. Dice: “*Haré* una obra” entre las naciones “en vuestros días”. Al contrario de lo que decía en su queja Habacuc, Dios no estaba inactivo, no se mantenía al margen de las cosas; estaba a punto de hacer algo, de tomar cartas en el asunto, de intervenir, e iba a hacerlo rápidamente, “en vuestros días”, en la vida de la generación de Habacuc.

Ellos debían “mirar” y “ver” los acontecimientos que ocurrían entre las “naciones” del mundo, porque él demostrará que es el Señor del cielo y de la tierra, el que planea y dirige el

desarrollo de los acontecimientos de la historia y su resultado. Habacuc y el pueblo de Judá se debían dar cuenta de que el Señor es quien hace surgir a las naciones. Éstas caen porque él decreta su destrucción. Las naciones sufren la ruina cuando los agentes de la ira de Dios llevan a cabo sus decretos, cuyo cumplimiento Dios les ha encomendado.

Estas lecciones o verdades de la historia ofrecen razones sólidas y sustanciales para que los malvados queden muy “asombrados”, para que sientan mucho respeto hacia el Señor, porque puede dirigir su juicio también contra ellos en cualquier momento. Esas verdades también les proveen advertencias claramente definidas, que van dirigidas para que se arrepientan antes de que sea demasiado tarde y les caiga la ira de Dios con todas las de la ley.

Además, estas verdades son un gran consuelo para el pueblo de Dios. A veces las cosas pueden parecer malas para la iglesia que está en la tierra, pero el Señor siempre está al mando de todo. Cada día, un siglo tras otro, milenio tras milenio, dirige los acontecimientos del mundo para el bien de su pueblo. El grupo en cuyo nombre habla Habacuc se daría cuenta cuando viera que los acontecimientos se desarrollaban exactamente como el Señor había dicho.

Por raro que parezca, el apóstol Pablo cita Habacuc 1:5 cuando predica en la sinagoga de Antioquia de Pisidia: “Mirad, oh menospreciadores, y asombrados, y desapareced; porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis, aunque alguien os la cuente” (Hechos 13:41). Al comenzar así la cita, Pablo nos deja con la impresión de que el Señor les dirigía su palabra principalmente a los burlones de la Jerusalén de Habacuc, al pueblo mismo a quien Habacuc había designado como “el impío” en los primeros versículos de su libro. Esto es posible. En realidad, existe únicamente la diferencia de una sola letra hebrea entre las frases “menospreciadores” y “las naciones”.

Sin embargo, al Señor no le interesaba darle sólo una lección de historia a Habacuc, tampoco estaba interesado en hacerle saber

que él controlaba la historia. No, aquí había otra lección que aprender: el hecho de que el Señor con frecuencia usaba a las naciones del mundo para castigar o disciplinar a su pueblo. Hacia cien años, cuando el malvado rey de Judá, Acaz, se negó a confiar en el Señor y a creer en las promesas que hizo Dios de liberar a su pueblo, Isaías profetizó que el Señor iba a usar una potencia extranjera para castigar la falta de fe de Judá: “Jehová hará venir sobre tí, sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre, días cuales nunca vinieron desde el día que Efraín se apartó de Judá, esto es, hará venir al rey de Asiria” (7:17). Ahora, en los días de Habacuc, el Señor estaba a punto de hacer algo similar. Haría surgir otra “vara y bastón de [su] furor” (Isaías 10:5) para llevar a cabo el castigo sobre la sociedad perversa de los días de Habacuc, y esa vara de la ira del Señor vendría de una fuente muy improbable. Habacuc comprendió que estas palabras eran la respuesta del Señor a su queja.

**⁶ Porque yo levanto a los caldeos,
nación cruel y presurosa,
que camina por la anchura de la tierra
para poseer las moradas ajenas.**

**⁷ Formidable es y terrible;
de ella misma proceden
su justicia y su dignidad.**

**⁸ Sus caballos son
más ligeros que leopardos,
más feroces que lobos nocturnos,
y sus jinetes se multiplicarán.
Vienen de lejos sus jinetes,
vuelan como águilas
que se apresuran a devorar.**

**⁹ Toda ella acude a la violencia;
el terror va delante de ella,
y recoge cautivos como arena.**

**¹⁰ Se mofa de los reyes,
y de los príncipes hace burla;
se ríe de las fortalezas,
levanta terraplenes y las toma.**

**¹¹ Luego pasa como el huracán,
y peca porque hace de su fuerza//su dios.**

“Porque yo levanto a los caldeos”, dice el Señor, revelando la acción que va a tomar, a saber, enviar a los babilonios como la vara de su ira y como el instrumento de su justicia divina. Ellos serán las herramientas que usará para hacer el terrible trabajo del que acababa de hablar en el versículo 5. Lo describe como un acontecimiento completamente sorprendente, tan asombroso que el pueblo no lo creería cuando se lo contarán. Su respuesta sería: “¡Estás loco! ¡Eso nunca podría suceder!”

No porque Habacuc ni las otras personas de Judá nunca hubieran oído de los babilonios. En realidad, hubo un rey caldeo llamado Merodac-baladán que gobernó Babilonia y que un siglo antes había enviado embajadores al rey Ezequías para felicitarlo por haberse recuperado de una enfermedad grave.

Si tenemos a Habacuc bien ubicado en la historia, entonces en ese tiempo Babilonia era una nación o reino independiente. Su gobernante era Nabopolasar, que en un tiempo fue un jefe caldeo, que participó en la destrucción de Nínive, la capital de Asiria, y que era actualmente el gobernante indiscutible de los valles que estaban en la ribera de los ríos Éufrates y Tigris. Lo sorprendente era que el Señor iba a usar a esa nación como una vara disciplinaria contra Judá. En este tiempo parecía improbable que alguna vez llegaran a ser tan fuertes como para extender su poder tan lejos como Judá.

Al principio los caldeos eran un grupo de tribus del sur de Mesopotamia, cada una bajo el liderazgo de su propio jefe. Alrededor de la mitad del segundo milenio a.C. avanzaron hacia el sur de Babilonia y se establecieron cerca de la punta del Golfo Pérsico. Allí pudieron mantener cierta independencia respecto de

cualquier poder o grupo que fuera la autoridad del área en ese tiempo.

Cuando los asirios conquistaron Babilonia, los informes acerca de los caldeos comenzaron a aparecer en los anales de los reyes asirios. Casi cada año los ejércitos asirios debían marchar hacia el sur de Babilonia para sofocar una nueva rebelión que habían iniciado las tribus caldeas. Como los caldeos se negaban a someterse a la autoridad de los asirios y peleaban constantemente para oponer resistencia, los tildaron de estar “en contra de los asirios”, aunque se hubieran resistido a *cualquier* fuerza que tratara de controlarlos.

Varias veces, cuando la autoridad asiria era débil en Babilonia y no había otra autoridad fuerte en la región, los caldeos no sólo lograron la independencia por ellos mismos, sino que también marcharon a Babilonia y tomaron el control de la baja Mesopotamia. Eso sucedió en la última parte del siglo VIII cuando Merodac-baladán buscó el apoyo de Ezequías como aliado contra Asiria. Sin embargo, los asirios reafirmaron su autoridad en Babilonia y a Merodac-baladán lo expulsaron.

La segunda vez que los caldeos impusieron su poder en Babilonia, los resultados fueron más duraderos. Nabopolasar, el padre de Nabucodonosor, tomó el trono de Babilonia en el año 626 a.C. y declaró que ésta era independiente de sus amos. Esta vez Asiria estaba demasiado débil para hacer algo al respecto y Nabopolasar se convirtió en el nuevo rey de Babilonia. Ese fue el comienzo del imperio Caldeo o Nueva Babilonia. Catorce años después, en el año 612 a.C., Nabopolasar unió su ejército con el de los medos para destruir Nínive.

Después de la destrucción de Nínive, los medos se retiraron al este y les dejaron el área de Mesopotamia a los caldeos babilonios. Poco tiempo después, los egipcios marcharon al norte a través de Canaán y de Siria, a la ribera oeste del río Éufrates para asegurarse de que los babilonios no cruzaran el río y extendieran su poder al oeste como lo habían hecho los asirios. Por cerca de siete años el río Éufrates permaneció como la frontera entre el área

que estaba bajo la influencia babilonia, al este, y la que estaba bajo la influencia egipcia, al oeste. Tal vez esa era la situación en el tiempo de Habacuc, y no había razón para que supusiera que la situación cambiaría pronto.

Sin embargo, el Señor tenía sus propios planes que quizá nadie podría haber descubierto si él mismo no se los hubiera revelado a Habacuc. El Señor dijo que iba a traer a los babilonios a la tierra de Judá y a las calles de Jerusalén. El primer paso en esta dirección, tal vez varios años después que Habacuc escribió, tuvo lugar en el año 605 a.C. cuando Nabucodonosor, el general de las fuerzas babilonias, peleó contra los egipcios en Carquemis, en Siria. A los egipcios los vencieron contundentemente y los obligaron a retirarse a su propio país. Ahora toda la costa este del mar Mediterráneo estaba abierta para los caldeos. Por primera vez se hizo muy evidente que se podrían convertir en un azote para el pueblo de Judá.

En realidad, poco tiempo después de la batalla de Carquemis, Nabucodonosor, que por este tiempo había reemplazado a su padre como rey de Babilonia, marchó a Siria y a Canaán. Su propósito era impresionar a los reyes del área, incluyendo a Joaquín el hijo de Josías, con su poder para que no se resistieran a sus decretos y le pagaran tributo voluntariamente. Cuando Nabucodonosor se apareció a las puertas de Jerusalén en ese verano del año 605 a.C., Joaquín le pagó tributo y le declaró su lealtad. Nabucodonosor también se llevó rehenes de la flor y nata de la sociedad de Judea, para asegurarse de que Joaquín no cambiara de idea. Daniel fue uno de esos rehenes. Ya había comenzado la disciplina del Señor sobre su pueblo por medio de los babilonios.

Por la propia descripción del Señor respecto al pueblo que él haría surgir para castigar a Judá, no era grata la idea de lo que esta disciplina implicaría. A los babilonios se les describe como una “nación feroz y fogosa”, “formidable y terrible”. Ya en su patria en el sur de Babilonia habían demostrado que eran guerreros, y tan pronto como subieron al poder y comenzaron la marcha de cerca de dos décadas hacia el dominio del mundo, su verdadera

naturaleza se hizo terriblemente evidente. Después de haber ayudado a los medos a derrotar a Asiria, establecieron un imperio propio y despiadado, continuaron con la tradición asiria de: aterrorizar, saquear, e imponer impuestos en los reinos más débiles del antiguo Cercano Oriente. Si alguno de los reinos más pequeños del área, incluyendo a Judá, había esperado que los babilonios les iban a dar alivio de las agresiones crueles de los asirios, estaban muy equivocados.

Habacuc describe a los babilonios barriendo “la anchura de [toda] la tierra”, apoderándose de casas, tierras, y “moradas ajenas”, lugares que no habían controlado antes y nunca descansando hasta lograr su meta. La rapidez con que sus ejércitos viajaban y la ferocidad con que atacaban, hacían que los caldeos fueran muy temibles. Eso lo habían aprendido de los asirios. Isaías, refiriéndose a la nación Asiria, dijo: “He aquí que vendrá pronto, a toda prisa. No habrá entre ellos cansado, ni quien tropiece; ninguno se dormirá ni dormitará; a ninguno se le desatará el cinturón de su cintura, ni se le romperá la correa de sus sandalias. Sus saetas estarán afiladas, y todos sus arcos tensados; los cascos de sus caballos serán como de pedernal, y las ruedas de sus carros como torbellino” (5:26-28). Por la descripción de Isaías, la llegada de los asirios debe haber sido una visión horrible. Ahora los babilonios harían lo mismo.

A la caballería de Babilonia se le compara a tres depredadores cuya velocidad y fuerza le ocasionan una muerte violenta a su presa. “Sus caballos serán más ligeros que leopardos, más feroces que lobos nocturnos” que se esconden durante el día, y sus ataques son “nocturnos”. La distancia no es ningún obstáculo para ellos: “vienen de lejos sus jinetes [rápidamente]”. Como las “águilas” descienden en picada con una velocidad increíble para devorar a su presa, para satisfacer su necesidad de matar. La descripción de Habacuc tiene el propósito de que el pueblo de Judá se imagine a la caballería babilonia: invadiendo su país, saqueando, violando, matando, difundiendo el temor y el pánico en toda la nación. Todos los del gran ejército babilonio van aterrorizando a los demás. El

rumor de su horror los precede y debilita la voluntad de sus víctimas para resistirse antes de que lleguen en persona.

Los babilonios daban la imagen de ser un poder irresistible. Detener el avance de esas “hordas” (NVI) era tan inútil como tratar de detener el viento abrasador del desierto. Recogían a los “cautivos” y los juntaban para deportarlos a Babilonia, así como el viento del desierto levantaba innumerables partículas de arena. Babilonia estaba tan resuelta a lograr sus objetivos que “se mofa de los reyes y de los príncipes hace burla” y “se ríe de las fortalezas” que se interponen en su camino. Nada los detendrá, ni los hará ir más despacio. Sitarán una ciudad y la humillarán, y después pasarán barriéndolo todo “como el huracán” y seguirán hacia su próxima conquista. Una fe los sostenía: siempre confiaban en su propio poder, creían firmemente que podían hacer cualquier cosa que se propusieran. Los reyes de los reinos más pequeños tratarán en vano de defenderse y detener el avance de los babilonios.

No obstante, nada detendrá a estos babilonios: ninguna barrera natural, como el Éufrates; tampoco los ejércitos, ni siquiera los más grandes como el de Egipto; ni los muros de la ciudad, ni siquiera los fuertes como los que rodeaban Jerusalén. Todo caerá ante este enemigo poderoso. Nadie podrá resistírsele. La revelación que Dios le hizo a Habacuc era terrible para el pueblo de Judá. Les esperaban la condenación y la destrucción a manos de esa “nación cruel y presurosa”.

El pueblo de Judá estaba siendo castigado por su anarquía. Se había negado a someterse a la norma de la ley de Dios. Ahora los iba a aplastar un pueblo que “impone su propia justicia”. Si el pueblo de Judá quería experimentar la anarquía, sólo tenía que esperar hasta que llegaran los babilonios. La autosuficiencia y la arrogancia de los babilonios, no iban a permitir que ningún conjunto de leyes ni de restricciones les impidiera hacer lo que querían, tampoco evitaría que fomentaran “su propia exaltación”. Ellos no tenían que respetar una ley superior ni un poder más alto. El lema de su vida podría haber sido: “Yo soy el amo de mi

destino; soy el capitán de mi alma”. En el fondo, sólo seguían la ley de que donde reina la fuerza, sucumbe el derecho. Ninguna fuerza de autoridad moral ni de conciencia, haría que estos maleantes se apartaran de la ruina ni de la destrucción, que querían llevar a cabo.

El conocimiento del carácter de los babilonios, desde antes de que llegaran, debe haber hecho que Habacuc se preguntara ¿por qué el Señor los había escogido como instrumento para castigar a su pueblo?. Habacuc describe la condición espiritual de ellos diciendo que “pecan porque hacen de su fuerza su dios”. Los caldeos se hubieran burlado de la idea de que el Señor los estaba usando para disciplinar a su pueblo. Su actitud era como la de los asirios, a quienes Isaías describe diciendo: “Con el poder de mi mano lo he hecho, y con mi sabiduría, porque soy inteligente; quité los territorios de los pueblos, y saquéé sus tesoros, y derribé como un valiente a los que estaban sentados [en sus tronos]” (10:13).

Hombres como Nabucodonosor consideraban ridículo que el Dios de una nación pequeña e insignificante como Judá, fuera el Señor de toda la tierra quien controlaba su destino. Habacuc dice que el dios al que los babilonios adoraban y glorificaban era según ellos su propia fuerza. Sin embargo, la semilla de su derrumbe final estaba en ese orgullo. Por eso eran culpables ante los ojos de Dios, y el Señor no puede ni quiere tolerar esa arrogancia. Y a ello se añadía el hecho de que tenían la responsabilidad moral de lo que habían hecho, hasta cuando llevaban a cabo la tarea que Dios les había encomendado de ser la vara de su ira contra su pueblo.

Habacuc pregunta acerca de la maldad entre los babilonios

¹² »¿No eres tú desde el principio,

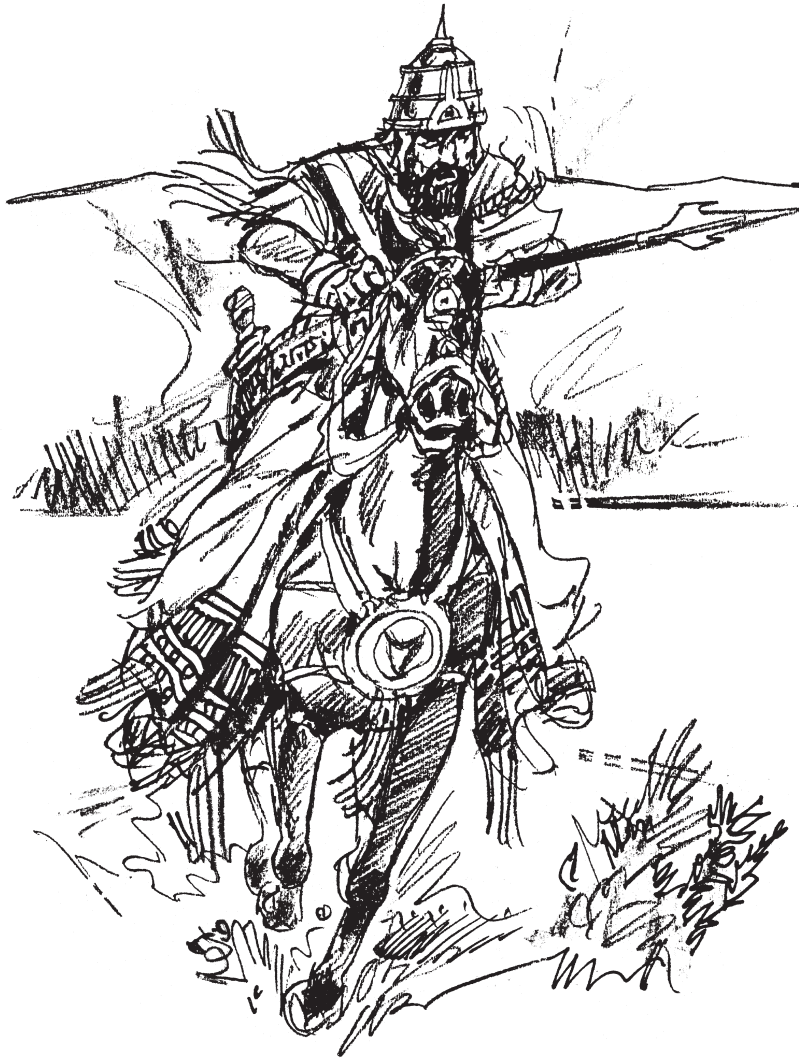
Jehová, Dios mío, Santo mío?

No moriremos.

Jehová, para juicio lo pusiste;

y tú, Roca, lo estableciste para castigar.

¹³ **Muy limpio eres de ojos para ver el mal,**



Jinete babilonio

**ni puedes ver el agravio;
¿por qué, pues, ves a los criminales
y callas cuando destruye el impío
al que es más justo que él?**

**¹⁴Tratas a los hombres//como a peces del mar,
como a reptiles que no tienen dueño.**

**¹⁵A todos los pesca con anzuelo,
los recoge con su red,
los junta en sus mallas;
por lo cual se alegra y se regocija.**

**¹⁶Por eso ofrece sacrificios a su red
y quema incienso a sus mallas,
porque gracias a ellas//su porción es abundante
y sabrosa su comida.**

**¹⁷¿Vaciará sin cesar su red
y seguirá aniquilando sin piedad//a las naciones?»**

Habacuc tenía su respuesta. Pero la respuesta del Señor, de que iba a usar a la feroz y cruel nación babilonia como instrumento para castigar a Judá, debe haber dejado pasmado a Habacuc. Sin embargo, la pregunta que se debe hacer aquí es: ¿cuándo habló Habacuc por segunda vez? ¿Se opuso de inmediato, tan pronto como se dio cuenta de todas las implicaciones de lo que el Señor le había dicho, o esperó un poco? Algunos comentaristas creen que el profeta esperó mucho; piensan que esta queja de Habacuc apareció después que los caldeos habían invadido la tierra y Habacuc ya tenía conocimiento de primera mano de lo que eran esos maleantes. Desde luego, pudo haber ocurrido de esa manera. Si fue así, entonces este librito se escribió gradualmente, tal vez en más de siete años. Sin embargo, puede ser que Habacuc sabía de los caldeos por información de segunda mano, o tal vez por el conocimiento que había adquirido en una visita a Babilonia. Como ocurre siempre con Habacuc, tratar de aumentar lo que ya sabemos sobre su vida es sólo poner en práctica la especulación. No obstante, hay una cosa que es verdad, Habacuc sí aprecia el

aspecto devastador de lo que el Señor le ha revelado. Él sabe cómo son los babilonios.

No obstante, el segundo discurso de Habacuc no comienza con una queja, sino con una confesión. El Señor es el Dios eterno que controla todas las cosas. Habacuc reconoce que la invasión de los babilonios ocurrirá porque el Señor ha decretado el juicio a su pueblo. Era una sentencia justa que el Señor aplicaba contra el pueblo que merecía su condenación y su ira. La venida de ese invasor extranjero no se debía a que el Señor hubiera perdido el control de la situación, ni a que los dioses de Babilonia hubieran vencido al Dios de Israel, como los paganos del área podrían haber pensado. No, los babilonios vendrían porque el Señor los había preparado; él los había llamado para este propósito y los estaba usando para llevar a cabo sus objetivos. El profeta no tenía ninguna duda respecto de eso.

En el versículo 12 la versión Reina Valera traduce la segunda línea de esta manera: “Jehová, Dios mío, santo mío... No moriremos”. Hay muchas otras traducciones que dicen “Tú no mueres”, como la Biblia de Jerusalén. La razón para esta diferencia se encuentra en la Biblia hebrea como nos la entregaron los que copiaron y conservaron el texto. Esas personas reciben el nombre de “masoretas”, que significa “conservadores”. Los “masoretas” pensaban que los antiguos escribas en ciertos lugares habían cambiado deliberadamente el texto por diferentes razones; una de ellas era que el texto decía algo acerca de Dios que los ofendió. Los masoretas alegaron que este versículo decía originalmente: “no morirás”, pero que los escribas cambiaron las palabras a “no moriremos” porque de alguna manera la afirmación “no morirás” implicaba que Dios podría morir, aunque la declaración dice precisamente lo opuesto. Ya sea que este cambio en realidad ocurriera o no por la razón que se afirma, los masoretas identificaron este texto como tal en las copias que hicieron de Habacuc. Los traductores que siguen la nota masorética pondrán “no morirás” en sus traducciones. Otros que hacen caso omiso de la nota y usan sencillamente lo que se encuentra en el texto usarán

la oración “no moriremos”. Cualquiera tendría sentido. Decir que Dios no morirá es confesar que el Dios eterno es quien controla los asuntos del mundo. Al decir que “nosotros” no moriremos, el profeta afirmaría así que la esperanza mesiánica de Judá se cumplirá a pesar de la disciplina severa que estaban sufriendo.

Habacuc sigue esta confesión con otra afirmación. Dice del Señor: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal; ni puedes ver el agravio”. Desde luego, esta no es una afirmación que sea única de Habacuc, como si tuviera una visión de la santidad del Señor que era más severa que la de cualquier otro escritor inspirado. Habacuc no decía nada diferente de lo que David confesó acerca del Señor: “Porque tú no eres el Dios que se complace en la maldad; el malo no habitará junto a ti. Los insensatos no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad. Destruirás a los que hablan mentira; al hombre sanguinario y engañador le abominará Jehová” (Salmo 5:4-6). San Pablo dijo algo similar cientos de años más tarde, cuando el Espíritu lo movió a decir: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres” (Romanos 1:18).

Ahora viene la segunda pregunta de Habacuc: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal; ni puedes ver el agravio; ¿por qué, pues, ves a los criminales, y callas cuando destruye el impío al que es más justo que él?”. Habacuc no negaba que el pueblo de Judá merecía el juicio; sin embargo, estaba preocupado por el hecho de que los babilonios eran peores que el pueblo de Judá. Judá pasaba por alto la ley de Dios, pero los babilonios no quisieron reconocer otra ley que no fuera la suya. Judá era malvado, pero los babilonios eran peores. ¿Acaso el instrumento del juicio del Señor no debería mostrar algo de la pureza y de la justicia del Señor mismo?

Además, la vara del Señor disciplinaba indiscriminadamente. Los justos de Judá, y había algunos, estaban sufriendo junto con los malvados. ¿Qué justicia había en eso? Habacuc cree que la cura de Dios es peor que la enfermedad. Una vez más Habacuc experimentaba un misterio que el Señor no había escogido

revelarle, cómo el Dios justo gobernaba en el mundo perverso. Si la opresión de los babilonios ya estaba en marcha, entonces el grito del profeta es mucho más agudo e intenso al sufrir personalmente la mano dura de los babilonios o al ver la mano que cae sobre aquellos en cuyo nombre él está hablando.

El profeta Isaías en una ocasión usó la imagen de un niño que recogía huevos, para ilustrar el saqueo que el rey de Asiria perpetraba a las naciones conquistadas. Hace que el asirio diga: “Mi mano halló como si fueran un nido, las riquezas de los pueblos. Como se recogen los huevos abandonados, así me apoderé yo de toda la tierra; y no hubo quien moviera un ala, ni abriera el pico para graznar” (10:14). Habacuc usa el cuadro de un pescador que recoge peces para representar la codicia y el apetito que motivó a los babilonios a saquear de esa forma. Las naciones que los babilonios devastaron son tan indefensas como los peces, que no pueden evitar que los pesquen; son arrasados indiscriminadamente. La red babilonia que pasa por el área, sencillamente atrapa a todas las naciones, incluyendo a Judá.

Además, como todos los ejércitos invasores, los babilonios tenían buen ojo para lo mejor. Capturaban la tierra y su pueblo, tomando lo mejor: de los alimentos, de la gente, las posesiones más costosas. Lo que no querían, lo destruían. Qué mano tan dura mostraba el Señor contra su pueblo. ¿Cuánto tiempo ardería la ira del Señor? ¿Cuándo volvería su misericordia?

Quizá lo más irritante, para un profeta interesado en la gloria y el honor del Señor, sea el hecho de que después de que los caldeos conquistaran a Judá, no le dieran ninguna alabanza ni honor al Señor, aunque había sido él quien puso a su pueblo en manos de ellos. ¿Adónde va su alabanza? Habacuc dice: “ofrece sacrificios a su red, y quema incienso a sus mallas”. Los babilonios atribuyen el éxito a sus armas, en otras palabras, a su propia fuerza y destreza militares. ¿Cómo puede tolerar el Señor esa idolatría y esa arrogancia?

2 «En mi puesto de guardia estaré,
sobre la fortaleza afirmaré el pie.
Velaré para ver lo que se me dirá
y qué he de responder tocante a mi queja.

En realidad este versículo le pertenece al capítulo uno; describe el rumbo que el profeta está determinado a tomar ahora que ya ha presentado su segunda queja. Una vez más acude a Dios en busca de la respuesta. Como un guardia de pie sobre los muros de Jerusalén, vigilante y en espera del mensajero que viene con noticias, él tiene cuidado de ver y oír lo que Dios le quiere comunicar.

El cuadro que presenta el profeta de un guardia es familiar en el Antiguo Testamento. Bajo la dirección del Señor, el profeta Isaías una vez se mantuvo como guardia en los muros de Jerusalén, esperando las noticias de que Babilonia había caído (vea Isaías 21:6-9). Dios también envió como su “guardia” a su profeta Ezequiel a los que estaban exiliados en Babilonia. Como guardia de Dios, recibió mensajes del Señor, y en el caso de Ezequiel, mensajes de advertencia de que Dios se estaba preparando para castigar la impiedad de su nación. Ezequiel, a su vez, dio la alarma al pueblo que Dios le había encomendado a su cuidado. La misma imagen presenta Jeremías 6:17: a los profetas que envió el Señor se les describe como guardias.

La comparación es apropiada. El guardia tenía que estar alerta constantemente porque el enemigo podría aparecer cuando menos se lo esperaba. Y también porque podría venir un mensajero trayendo noticias importantes y tenía que estar listo para recibirlas. También debía tener paciencia; si las noticias que la ciudad esperaba se demoraban y no llegaban, el guardia todavía debía permanecer alerta, para vigilar la llegada del mensajero y estar listo en cuanto el mensajero llegara a comunicar las noticias al resto de la ciudad.

Habacuc dice que tomará su puesto, “en mi puesto de guardia estaré”, y esperará con paciencia el mensaje del Señor. El hecho

de que Habacuc dice que espera la respuesta del Señor indica que la queja no era solamente suya, sino que el remanente de los creyentes de Judá esperaba también que se le comunicara la respuesta de Dios. Por su parte, Habacuc le informaría al remanente lo que el Señor le dijera.

El Señor responde que también castigará la maldad de los babilonios

²»Jehová me respondió y dijo:

**“Escribe la visión, grábala en tablas,
para que pueda leerse de corrido.**

**³Aunque la visión tarda en cumplirse,
se cumplirá a su tiempo, no fallará.**

**Aunque tarde, espérala,
porque sin duda vendrá, no tardará.**

Habacuc dice aquí en su libro por primera y única vez que el Señor le habló. No sabemos la manera en que Dios escogió comunicarse con Habacuc, tampoco sabemos cuánto tiempo esperó Habacuc la respuesta del Señor. Aunque muchos piensan que la segunda queja de Habacuc se escribió antes de que Babilonia invadiera la tierra, algunos creen que la respuesta tuvo que esperar hasta que los babilonios llegaron. Creen eso porque el alivio prometido de la opresión de Babilonia, que cubre el resto de este capítulo y el siguiente, parece quedar mejor en un tiempo cuando los babilonios ya representaban un problema para Judá.

Habacuc expresó su queja y después esperó confiadamente a que el Señor respondiera. El Señor no desilusionó a su profeta. Al contestarle le dice primero a Habacuc: “Escribe la visión”. *Visión* es un término técnico para la profecía o mensaje que el Señor hizo que Habacuc viera u oyera.

El resto de las indicaciones que el Señor le da en este versículo, no son fáciles de comprender. Le dice a Habacuc: “grábala [la profecía] en tablas para que pueda leerse de corrido”.

Algunos comentaristas piensan que Habacuc recibe instrucciones de escribir la visión en un lenguaje tan claro que nadie pueda malinterpretar lo que había recibido. Entonces cualquiera que lea el mensaje puede correr y contarles a otros lo que ha leído.

Otros piensan que las instrucciones que el Señor le dio a Habacuc significan que debía escribir el mensaje que Dios le dio en letras grandes, muy visibles, para que cualquier persona pudiera leer las palabras, hasta alguien que iba corriendo o que tenía prisa. Las “tablas” en las que Habacuc debía escribir en esa situación serían letreros o afiches, que se podían poner en alto en los lugares públicos más visibles donde muchos pudieran leer fácilmente lo que decían. Hoy los pondríamos probablemente en las carteleras. Esta interpretación parece tener mérito. En todo caso, aunque los datos de las instrucciones que Dios le dio a Habacuc son difíciles de entender, la tendencia general del mandato es clara: Dios quiere que este mensaje se dé a conocer; desea que otros lo oigan o lo lean; quiere que tenga la audiencia más amplia posible.

En el versículo 3 el Señor sigue hablando de ciertas características de las visiones y de las revelaciones, características que no sólo se aplican a la visión de Habacuc, sino a cualquier visión o revelación que un profeta pudiera recibir del Señor. Dios quiere que su pueblo conozca los elementos característicos de la profecía. Si los del pueblo de Dios no saben estas verdades, entonces perderán la esperanza y se desesperarán cuando se enfrenten a opresores como los babilonios. Éstas son las cuatro características de las profecías recibidas por medio de visiones que nutrirán la fe del pueblo de Dios:

1. La profecía es para un tiempo señalado. “La visión... se cumplirá a su tiempo” significa que el Señor trata así con su pueblo antes que llegue el tiempo del cumplimiento, o que la profecía siempre tiene establecido un tiempo al que se refiere para cumplirse, aunque sólo el Señor conozca ese tiempo. Para expresarlo de otra manera, hay un tiempo

señalado para el cumplimiento de la profecía que el Señor ha determinado y fijado.

2. La profecía no puede esperar (literalmente, “suspirar por”) a que llegue su cumplimiento. Sin duda esto se refiere al deseo vehemente del pueblo de Dios por ver el cumplimiento de la profecía, como lo revela San Pedro: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos” (1 Pedro 1:10,11).

3. La profecía del Señor anuncia sólo lo que realmente ocurrirá en el futuro. La profecía del Señor nunca es un fin en sí misma, siempre se puede depender de ella y es una base segura para la confianza del creyente.

4. Aunque su cumplimiento no pueda llegar de inmediato, no dejará de cumplirse precisamente en el tiempo que el Señor ha establecido.

Es muy importante que los hijos de la fe de todas las épocas comprendan y tomen en serio estas características de la profecía. Éstas son verdades fundamentales que mantienen la fe del pueblo de Dios de todos los tiempos. Son tan importantes para que los cristianos las sepan y se aferren a ellas hoy como lo fueron en el tiempo de Habacuc.

**⁴ Aquel cuya alma no es recta//se enorgullece;
mas el justo por su fe vivirá.”**

**⁵ »Además, el que es dado al vino//es traicionero,
hombre orgulloso, que no prosperará;
ensancha como el seol su garganta**

**y es insaciable como la muerte,
aunque reúna para sí todas las naciones
y acapare para sí todos los pueblos.**

El Señor aquí hace un contraste, entre la incredulidad arrogante de los babilonios, y la confianza que hay en el corazón del profeta de Dios y en el corazón del pueblo del Señor. Tanto el Señor como Habacuc han hablado antes acerca del orgullo de los babilonios. El Señor dijo que “y peca porque hace de su fuerza su dios” (1:11). Habacuc repitió este sentimiento cuando dijo: “Por esto ofrece sacrificios a su red y quema incienso a sus mallas” (1:16). En otras palabras, los babilonios tenían confianza suprema en su capacidad bélica y especialmente en su fuerza y poder militar. Ellos señalaban a sus armas, su red, y sus mallas, del capítulo anterior, y se enorgullecían de lo bien que las habían trabajado y del profesionalismo con que las podían emplear.

Se puede imaginar a los oficiales y funcionarios babilonios pavoneándose por las calles de Jerusalén, golpeándose el pecho y gritando insolentemente como los asirios de los días de Sofonías: “Yo, y nadie más” (Sofonías 2:15). Ponga la cita de estos hombres orgullosos y engreídos al lado de una del Dios de toda la creación, de la historia, de la existencia, que dijo de él mismo: “Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí” (Isaías 45:5). Es evidente que los babilonios, al expresar su orgullo asfixiante, hicieron de su fuerza un ídolo. Peor aún, en su corazón sentían que podrían sustituir a Dios en su trono. ¡Qué arrogancia! La evaluación que hizo Dios de su actitud y de su carácter sigue vigente: “su alma [de ellos] no es recta.” (Esta línea también se podría traducir: “No estoy satisfecho con él”. Así entendió el pasaje el autor de Hebreos [10:38]. En este caso la línea no expresaría la perversa actitud ni la conducta de los babilonios, sino más bien expresaría el desagrado del Señor por esa conducta).

Los antiguos babilonios no eran los únicos que tenían esta actitud de fe en el poder terrenal; como ya se notó con anterioridad, los asirios tenían pensamientos similares. Siglos antes, el faraón

de Egipto había demostrado la misma actitud cuando les dijo a Moisés y a Aarón: “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel” (Éxodo 5:2). Siglos después sería la actitud predominante de: los persas, los griegos, los romanos, y de otras naciones conquistadoras que siguieron sus pasos. Recientemente los alemanes y los japoneses, durante la Segunda guerra mundial, asumieron esa actitud. Y la Unión Soviética también manifestó esa actitud hasta que se derrumbó y se destruyó en la última parte del siglo XX. Por desgracia, también es la actitud que manifiesta los Estados Unidos, la única potencia mundial que sobrevive en la actualidad, al desplegar su fuerza militar en todo el mundo.

Por último, ésa es la actitud de cada pecador que nace en el mundo. Para el hombre pecador, la vida se centra y gira alrededor de él mismo; aparentemente está en su derecho absoluto al no hacer caso a su Creador y rebelarse contra la voluntad de Dios, o al menos eso es lo que afirma. No tiene que rendirle cuentas a nadie, sino a él mismo, le atribuye su éxito al hecho de que es un hombre que se ha hecho a él mismo, un hombre que se atribuye el mérito de conseguir cualquier cosa que haya logrado en la vida, y de cumplir cualquier meta que se haya trazado. ¿Le parece conocido? ¡Qué arrogancia! “Su alma no es recta en él”. Se le condenará al igual que a su homólogo de Babilonia de una época y lugar diferentes.

En contraste agudo con los babilonios: arrogantes, orgullosos, jactanciosos, y confiados en ellos mismos, ahora el Señor presenta al hombre justo, al hombre de fe. Él dice: “mas el justo por su fe vivirá” (nota: esta traducción es mejor que la de la Biblia de Jerusalén, que traduce “fe” como *fidelidad*. Aunque la palabra hebrea con frecuencia significa “actuar de una manera fiel o leal”, aquí el enfoque no está en *hacer* sino en *depende* del Señor que actuará fielmente según sus promesas). La fe se aferra al Señor en el que puede confiar, aunque no siempre pueda comprender sus caminos. La fe cree las visiones y las revelaciones que Dios les da a sus profetas, confía en sus promesas y encuentra seguridad en

ellas cuando tiene que enfrentarse: a la dificultad, a los problemas, y a la calamidad.

En realidad, lo que dice el Señor se puede traducir: “Pero el que es justo por la fe vivirá”. El asunto es dónde se pondrá “por la fe”: ¿con “el justo” o con “vivirá”? ¿Les habla Dios a los que son “justos por la fe” o describe a los que “vivirán por su fe”? Tal parece que se deben incluir ambos significados en la oración. Tal vez por eso el Señor expresó la oración de esa forma.

San Pablo considera la oración en el primer sentido cuando cita este pasaje en Romanos 1:17 y en Gálatas 3:11. Allí dice que la persona que es justa por la fe vivirá. La verdadera justicia ante Dios llega cuando la persona cree o se aferra a la justicia que Jesucristo ha ganado para nosotros. Al recibir la persona esa justicia por medio de la fe, ese creyente se puede presentar ante el Dios santo, que le dirá: “Eres declarado justo, libre de toda culpa ante mí. He aceptado la obediencia perfecta y la muerte redentora de mi Hijo a tu favor. Puedes vivir conmigo ahora y por toda la eternidad.”

El escritor a los Hebreos cita las palabras del Señor en el otro sentido. Dice: “Mas el justo vivirá por fe” [literalmente, “más mi justo vivirá por fe”] (Hebreos 10:38). Quiere decir que el hijo de Dios, el que es justo por medio de Cristo, por la fe vivirá, es decir, confía en que el Señor nunca lo dejará ni lo abandonará. Los creyentes pueden tener la seguridad de que el Señor será fiel a sus promesas de amarlos y cuidarlos. El escritor a los Hebreos usó este pasaje para animar a sus lectores a soportar cualquier persecución futura que se les pueda presentar con la confianza firme de que el Señor siempre estará a su lado. Por eso entienden que el Señor estaría con ellos en toda circunstancia, proveyendo para sus necesidades y protegiéndolos. Por lo tanto, el justo vivirá por la fe.

En Habacuc el Señor usa estas palabras en el mismo sentido que el escritor a los Hebreos. El pueblo de Dios, al que le esperaba un futuro de disciplina dura a manos de los babilonios, viviría confiando en las promesas de liberación, que el Señor le hizo por

medio de Habacuc y de los otros profetas del Antiguo Testamento. Cuando el Señor lo creyera conveniente, castigaría a los enemigos de ellos por su arrogancia y los sacaría de la escena. “Busquen el fin, el cumplimiento de la profecía, y esperen con paciencia”, le decía el Señor a su pueblo. “Sepan que yo no los dejaré, no importa cuán poderosos e invencibles parezcan ser sus opresores. Vivan con la confianza infalible en mí y en mi fidelidad”.

Esta oración, “el justo por su fe vivirá”, es el tema del libro de Habacuc. Es *la* verdad que Habacuc, y el Señor por medio de Habacuc, quieren que viva y more en el corazón de los fieles de Judá; ya fuera que se enfrentaran a los incrédulos malvados de su propia sociedad o a los altaneros babilonios, los creyentes sabían y creían que su Dios fiel los liberaría exactamente como había prometido.

El hecho de que este pasaje se cite con tanta frecuencia en el Nuevo Testamento indica que Dios quiere que estas palabras vivan y moren también hoy en el corazón de su pueblo. Los cristianos, que son justos por la fe en la vida perfecta de obediencia de Cristo y en su muerte expiatoria por todos, vivirán confiando en el Señor y en las promesas que les ha hecho. Al enfrentarse al mundo hostil e incrédulo, confesarán con Pablo: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:31,32). Mirarán al futuro y al final de su vida en esta tierra con confianza en las palabras de Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25,26). ¡Sí, el justo por su fe vivirá!

Ahora el Señor vuelve a los babilonios arrogantes y engreídos, añadiendo aún más detalles a su caracterización. Dice: “El que es dado al vino es traicionero”. El exceso en la bebida, la borrachera, y el alcoholismo, afligieron al ejército babilonio, como lo hizo con muchos otros a través de los siglos. ¿Las consecuencias? La adicción de los babilonios a la bebida iba a desempeñar un papel importante en su ruina final.

Al mismo tiempo, la expresión también se usa de manera metafórica. Cuando el Señor usa esta palabra también se refiere también a otra clase de vino que es igualmente destructivo: el vino intoxicante del orgullo, de la arrogancia, y de la glorificación de ellos mismos. También tiene buen sentido entenderlo de esta manera, porque el Señor habla acerca de la arrogancia y de sus efectos en el resto del versículo.

Según el Señor, la arrogancia se manifiesta en la codicia. “Porque yo soy todo, lo quiero todo. Por eso, tengo el derecho de tomar todo lo que quiero”: esa era la actitud de los babilonios. Su codicia era insaciable, eran: arrogantes, ambiciosos, “soberbios”, nunca estaban contentos, “ensancha como el Seol su garganta, y es insaciable como la muerte”. La muerte y la tumba esperan a todo el mundo; como esperan a todos, no “rechazarán” a nadie, por decirlo así. Asimismo Babilonia—nunca contenta, nunca satisfecha, con la ambición de tener a todos en su poder y sometidos—marchaba a través del Medio Oriente, “reunió para sí todas las naciones” y “acaparó para sí todos los pueblos”, y todavía quería más.

El vino: puede afectar la cabeza, puede levantar el ego del individuo, hacerlo jactancioso, y conducirlo a ambicionar aún más; pero también puede tener el efecto contrario en una persona, y el bebedor puede caer al piso como si estuviera muerto; el vino puede convertirlo en objeto de burlas y de disgusto, y así les iba a pasar a los babilonios. El Señor también los castigará con una disciplina que reflejara lo que ellos les habían hecho a otros. Por ejemplo, si el alcoholismo se descuida, tarde o temprano destruye al alcohólico. De igual modo, el Señor se encargará de que los babilonios, ebrios con su propio orgullo, al final se destruyan ellos mismos. Llevan dentro de ellos la semilla de su propia destrucción. Cuando esa destrucción caiga sobre ellos, no será simplemente un fenómeno natural, será el juicio del Señor, el Dios Salvador de Israel.

6»¿No entonarán todos estos contra él refranes y sarcasmos?

Dirán: “¿Ay del que multiplicó//lo que no era suyo! ¿Hasta cuándo seguirá acumulando prenda tras prenda?”

7»¿No se levantarán de repente//tus deudores y se despertarán los que te harán temblar? Tú serás como despojo para ellos.

8 Por cuanto has despojado//a muchas naciones, todos los otros pueblos te despojarán a ti, a causa de la sangre de los hombres, y de las violencias hechas a la tierra, a las ciudades y a todos//los que en ellas habitaban.

Después de describir al típico babilonio como un hombre dado a la bebida, orgulloso, y codicioso (versículo 5), el profeta comienza una serie de cinco ayes en los que anuncia el juicio de Dios sobre los babilonios. Cada uno describe cierta característica pecadora de los babilonios.

En los versículos finales de este capítulo, el Señor termina de contestar la queja de Habacuc hablándole directamente a Babilonia acerca de su conducta y sus características codiciosas e imperialistas. Dice que la arrogancia codiciosa, el ansia insaciable de conquista, que motivaban el deseo del imperio de crecer y enriquecerse a expensas de otros, se volverán para perseguirlo. Por la conquista y el despojo de lo que tenían tantas naciones, Babilonia se había hecho de muchos enemigos; por eso, cuando la ciudad y su imperio caigan, esas naciones se vengarán de su conquistador, no sentirán piedad de Babilonia, sino que se burlarán y la ridiculizarán con la siguiente canción. La canción consiste de cinco estrofas; cada una comienza con: “Ay de...” Cada una de las estrofas condena a Babilonia por su codicia y su sed de sangre; cada una indica que habrá cierta justicia poética en el castigo que el Señor impondrá a Babilonia.

El hecho de que el Señor incluya esta canción sarcástica en la respuesta que le da a Habacuc ha hecho que algunos se pregunten si esa actitud puede estar de acuerdo con las propias palabras del Señor que dicen que no se complace en la muerte de los malvados y que ama a todas las personas. Podemos entender que esas otras naciones paganas estuvieran llenas de odio hacia Babilonia y buscaran una venganza, pero el Señor quería que su pueblo amara a sus enemigos, ¿verdad? Entonces, ¿por qué les enseñaría esta canción?

La respuesta implica dos consideraciones muy importantes. En primer lugar, la arrogancia de Babilonia y la manera en que la expresó eran en realidad un ataque contra el Señor mismo y su derecho a ser el gobernante absoluto de los asuntos de todas las naciones. Babilonia usó sus conquistas para extender su imperio, no para servirle al Señor como instrumento de su mano castigadora, sino para buscar y enaltecer su propia gloria. En segundo lugar, el tiempo de la gracia y de la misericordia del Señor finalmente se acabará para cualquier nación y para todas. Asiria, una de las verdaderas superpotencias del mundo antes del surgimiento de los babilonios, había tenido su tiempo de gracia; el Señor inclusive había enviado a su profeta Jonás a Nínive, la capital de Asiria, para que llamara a su pueblo al arrepentimiento. Por un tiempo el rey de Nínive fue un ejemplo de arrepentimiento para su pueblo, pero después Nínive rechazó la misericordia de Dios, y el Señor envió al profeta Nahúm para que le cantara una canción de burla a la ciudad arrogante e impenitente y le anunciara su condenación.

A Babilonia le esperaba una suerte similar. El profeta Daniel trabajará allí bajo el gobierno del rey Nabucodonosor, y de varias maneras llevará al rey pagano a reconocer quién es en verdad el Señor de todos. Pero como la paciencia y la resignación se acabaron para Nínive, así también sucederá con Babilonia. Un fundador arrogante y codicioso de un imperio como Babilonia también podía esperar oír la risa de burla del Señor por sus intentos de exaltarse por encima de él y por el trato opresor que le dio a su

pueblo. Porque todas las naciones que se exaltan a sí mismas contra Dios y buscan obstaculizar la venida de su reino pueden esperar que el Señor actúe como el salmista dice que lo hará: “¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantan los reyes de la tierra, y los príncipes conspiran juntamente contra Jehová y contra su ungió, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros su yugo. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego les hablará en su furor, y los turbará con su ira: Yo mismo he ungió a mi rey sobre Sión, mi santo monte” (Salmo 2:1-6).

El primer ay condena a Babilonia por acumular riqueza para ella sola mientras edificaba su imperio. Esa riqueza adquirida ilegítimamente a expensas de los que habían oprimido y extorsionado no durará mucho. Habacuc usa la imagen de un deudor que sigue aumentando su deuda prestando cada vez más. Tarde o temprano los acreedores vendrán y exigirán lo que se les debe. Así debe Babilonia ver su riqueza, como bienes que son “prestados” por la fuerza, al retorcerles los brazos, por decirlo así, a los que conquistaban. Un día todas esas naciones a las cuales han oprimido y saqueado “se levantarán de repente” y se cambiarán los papeles. Un día regresarán con la misma fuerza y exigirán que los babilonios pagaran. Babilonia también recibe la condenación porque acumuló sus deudas a costa de muchas vidas humanas y de la destrucción de muchas propiedades.

**⁹»¡Ay del que codicia
injusta ganancia para su casa,
para poner en alto su nido,
para escaparse del poder del mal!**

**¹⁰Tomaste consejo vergonzoso para tu casa,
asolaste muchos pueblos
y has pecado contra tu vida.**

**¹¹Porque la piedra clamará desde el muro
y la tabla del enmaderado le responderá.**

El segundo ay condena la violencia que Babilonia empleó acumulando su ganancia injusta sin considerar cuánta ruina y devastación había causado. La ciudad era consciente de que se había hecho de muchos enemigos con sus conquistas y saqueos. Una manera de remediar la situación habría sido otorgarles justicia a esas naciones. En vez de eso, Babilonia decidió aislarse y hacerse inalcanzable. Habacuc compara sus intentos de asegurar la dinastía presente, y de ponerse fuera del alcance de sus enemigos, a los de un águila que hace su nido en un lugar inaccesible donde ningún enemigo la pueda alcanzar. Tal vez Babilonia podría aislarse detrás de sus muros y no hacer caso al clamor de justicia que venía de las ciudades y de los países que había arruinado, pero no podría escapar del grito de la verdad. Si sus víctimas no levantaban la voz para condenar a Babilonia, entonces las mismas piedras y vigas de madera que habían saqueado de otros y que habían usado para construir en Babilonia sus casas, palacios, y templos tendrían que gritar: “¡Robaron y asesinaron a nuestros verdaderos amos para traernos aquí! ¡Ay de la ciudad de sangre!”

**12 »¡Ay del que edifica con sangre la ciudad
y del que la funda sobre la maldad!**

13 ¿No viene esto de Jehová de los ejércitos?

**Los pueblos, pues, //trabajarán para el fuego,
y las naciones se fatigarán en vano.**

**14 Porque la tierra se llenará
del conocimiento de la gloria de Jehová,
como las aguas cubren el mar.**

En la época de Nabucodonosor, la ciudad de Babilonia era una de las siete maravillas del mundo antiguo. Con sus jardines colgantes, sus murallas tan altas, y sus edificios magníficos, siendo el palacio de Nabucodonosor un ejemplo notable, Babilonia superaba a todas las otras ciudades como un monumento a lo que puede lograr el ingenio humano. Daniel indica que Babilonia fue construida para la gloria del hombre cuando cita a Nabucodonosor

diciendo: “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué con la fuerza de mi poder, para residencia real y para gloria de mi majestad?” (Daniel 4:30).

Sin embargo, en el tercer ay el Señor condena la crueldad sanguinaria que el imperio de Babilonia usó para obtener la riqueza y conseguir el trabajo de los esclavos que construyeron su hermosa capital. Sus proyectos de construcción se llevaron a cabo al precio del sudor y de la sangre de las naciones conquistadas. La argamasa y los clavos que unían el edificio, eran la sangre de las naciones conquistadas a las que Babilonia había matado.

Dichos proyectos de construcción podrían durar si el que tuviera el control no fuera el Señor todopoderoso. En este mundo, el Señor castiga esa actividad criminal, pronuncia una sentencia de condenación sobre ella: “¿No viene esto de Jehová de los ejércitos? Los pueblos, pues, trabajarán para el fuego y las naciones se fatigarán en vano...”. Puede ser que el castigo no llegue de inmediato; por lo general, el Señor no castiga a los malvados con un rayo en el preciso momento en que cometen sus atrocidades, pero tarde o temprano llegará el momento de su condenación. La séptima maravilla del mundo con todos sus edificios magníficos y con todo lo que se había usado para construirla y crearla subirá en humo y sólo dejará detrás polvo y cenizas. Una vez más, el castigo que el Señor le dará a Babilonia reflejará lo que los babilonios hicieron a otras naciones. Habían derrumbado lo que les pertenecía a otros para edificar lo suyo. Ahora a ellos los derribarán y los destruirán.

Entonces el Señor establece un principio general. Tarde o temprano todo quedará reducido a la nada: los imperios, los reinos, y las obras humanas. Los hombres se pasan la vida edificando proyectos para su gloria o para aumentar su reputación, sólo para que luego los siguientes conquistadores destruyan el fruto de su trabajo. Una potencia mundial sigue y destruye a su predecesor. La historia lo describe, y seguirá repitiéndose hasta el fin. El Señor lo dice.

No obstante, el conocimiento de la gloria del Señor durará para siempre. Isaías lo dice casi en las mismas palabras: “La tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (11:9). “La gloria de Jehová” es el total de lo que él es como se lo ha revelado a la humanidad. En el Nuevo Testamento el apóstol Pablo dice: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6). Si el conocimiento pleno de la gloria de Dios se puede conocer sólo en la faz de Jesucristo, entonces el cumplimiento mayor de las palabras de Isaías y de Habacuc se encuentra en la difusión del evangelio de Jesucristo a través del mundo y en edificar un reino que no yacerá algún día en ruinas, sino que durará por una eternidad.

15 »;Ay del que da de beber a su prójimo!

**¡Ay de ti, que le acercas tu hiel
y lo embriagas para mirar su desnudez!**

**16 Te has llenado de deshonra//más que de honra;
bebe tú también y serás descubierto;
el cáliz de la mano derecha de Jehová//vendrá hasta ti
y convertirá en humillación tu gloria.**

**17 Porque la rapiña del Líbano caerá sobre ti
y la destrucción de las fieras//te quebrantarás,
a causa de la sangre de los hombres,
y de las violencias hechas a la tierra,
a las ciudades//y a todos los que en ellas habitaban.**

El cuarto ay condena la depravación moral con la que Babilonia subyugó a las naciones que había conquistado. Obligar a una persona a beber de una copa de vino hasta que se emborrachara es una figura que los profetas usaron para indicar la manera en que los conquistadores como Babilonia humillaron al pueblo sobre el que gobernaban. Mirar con lascivia su desnudez describe la manera en que Babilonia usó a esas naciones para

satisfacer sus propias lujurias y apetitos. Es evidente que obligar a los oprimidos a caminar desnudos ante la mirada lasciva y la mueca burlona de quienes los habían conquistado era una experiencia muy humillante.

El Señor dice que ahora le llegó el turno a Babilonia. Toda Babilonia va a sufrir ahora la humillación que había le causado a otros. El Señor hará que beba la copa de la humillación. En su derrota se tambaleará como un borracho; pronto beberá de la copa de la ira de Dios, porque pecó e hizo pecar a otros, y para ellos el resultado será todavía una vergüenza y desgracia mayores de las que ellos mismos les habían causado a otras naciones.

Otras naciones podrán ser los agentes, pero la caída de Babilonia no será una simple venganza. El mismo Señor repartirá la justicia y el castigo a esta ciudad violenta e inmoral. Ahora le tocaba el “turno” de que el “vómito de afrenta [caiga] sobre tu gloria”. A ellos se les daba la copa de la ira “de la mano derecha de Jehová”. Y ciertamente merecían la condenación por lo que habían hecho, por la destrucción masiva de vidas humanas y de propiedades que habían ocasionado: “a causa de la sangre de los hombres y de las violencias hechas a la tierra, a las ciudades y a todos los que en ellas habitaban”. El abuso vergonzoso de la creación de Dios para sus propósitos egoístas, como: “la destrucción de las fieras” y la “violencia” que habían hecho “en el Líbano” y lugares como éste, los estragos que habían causado destruyendo árboles, bosques y otros recursos, también eran parte de la razón por la que ahora tendrían que beber de esa copa de ira. Lo que habían les hecho a otros países, ahora les tocaría, sólo que en una medida mucho mayor.

**¹⁸»¿De qué sirve la escultura
que esculpió el que la hizo,
la estatua de fundición//que enseña mentira,
para que el artífice confíe en su obra
haciendo imágenes mudas?**

19 »**¡Ay del que dice al palo:
“Despiértate”;
y a la piedra muda: “Levántate”!
¿Podrán acaso enseñar?
Aunque está cubierto de oro y plata,
no hay espíritu dentro de él.
20 Mas Jehová está en su santo Templo:
¡calle delante de él toda la tierra!»**

La forma del quinto y último ay es un poco diferente de los otros. El pronunciamiento de esta aflicción aparece a la mitad de la estrofa, no al principio. Sin embargo, el tema de este último ay es más importante que la forma, porque es una acusación muy grave que el Señor hace contra Babilonia. Las otras maldiciones son muy malas y describen con detalle la característica de Babilonia de gloriarse a ella misma y el trato inhumano que dio a las naciones vecinas. Este ay final acusa a la ciudad y a su pueblo, de negar su conocimiento natural de Dios, el Creador de todas las cosas y el que gobierna el mundo. Sustituyeron la adoración al Creador por la idolatría de venerar las cosas creadas. El apóstol Pablo lo dice de esta manera: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se hicieron vanos en sus pensamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles” (Romanos 1:21-23).

La idea central de la acusación del Señor es que los babilonios adoraban objetos hechos con sus manos. Ponían su confianza “en su obra”, esos objetos “mudos”, sin vida, hechos de madera y piedra. “Despiértate”, les decían, para que los ayudara. Les dirigían oraciones y les suplicaban que los socorrieran. Aunque muchos de estos ídolos eran objetos hermosos y costosos, nunca respondieron ni contestaron. No podían. Eran mudos, sin recursos, objetos inútiles sin aliento de vida. Era una locura adorar

a un dios así (si desea leer la condena más contundente de la tontería de adorar a los ídolos, vea Isaías 44:9-20).

Los adoradores de los ídolos de Babilonia, o de cualquier otra parte, probablemente discutirían que no adoraban al ídolo, porque éste era sólo un símbolo o representación de su dios. Sin embargo, la manera en que Dios lo presenta aquí indica que la piedad popular pagana sí veía al ídolo como su dios. El pueblo le llevaba ofrendas para alimentarlo y vestirlo, lo paseaba en desfiles como un objeto de adoración, le presentaban sus oraciones, se postraban ante él. En la práctica, adoraban la madera y la piedra.

Sin embargo, a fin de cuentas, hasta los supuestos dioses que estaban detrás de estos ídolos eran solamente personificaciones de las fuerzas de la naturaleza, en una actitud muy similar a la manera en que la gente de nuestra época ve a la Madre Naturaleza. Estas fuerzas también eran creadas. Ya sea que los paganos adoraran: las fuerzas que Dios creó, o los objetos que hicieran con sus manos, o las creaciones de su propia imaginación, el resultado es el mismo, adoraban las cosas creadas en vez de al Creador y permitían que esos ídolos usurparan el lugar que le correspondía a Dios en su vida. Dios lo prohíbe en el Primer Mandamiento.

Por lo tanto, ¿adónde debería dirigir Babilonia la atención de su adoración? Los babilonios se hubieran sorprendido con la respuesta. El Señor del cielo y de la tierra había hecho su morada en el templo de Jerusalén, en el humilde y poco importante país de Judá. Aunque había hecho todas las cosas y el universo entero, no lo podía contener, en su misericordia y compasión, el Señor se había dignado a hacer su morada terrenal entre los hombres. Allí oírían su voz. Allí escucharía las oraciones de su pueblo, a los que él escogiera hacer suyos de entre todo el mundo.

En la dedicación del templo, el rey Salomón aclaró que la morada del Señor en Jerusalén era para beneficio de *todos* los pueblos. Salomón oró: “Asimismo el extranjero, que no es de tu pueblo Israel, que venga de lejanas tierras a causa de tu nombre... y llega a orar a esta casa, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y harás conforme a todo aquello por lo cual el extranjero

haya clamado a ti, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman, como tu pueblo Israel, y entiendan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo edificué” (1 Reyes 8:41-43). Allí el Señor estaba presente porque así lo había decidido; allí los pueblos de la tierra deberían permanecer en silencio reverente, como debe de ser la conducta apropiada de las criaturas pecadoras ante el Señor de todo el universo.

Aquí el Señor le volvió a asegurar a su preocupado profeta: “Habacuc, veo la conducta pecadora de Babilonia. En vez de quejarte de que no hago nada respecto a esto, quédate callado, y espera que lleve a cabo mi juicio justo”.

TERCERA PARTE
Salmo de fe en la justicia y en el poder salvador
del Señor
Habacuc 3:1-19

Llamado a que el Señor los libere como lo hizo en el pasado

3 Oración del profeta Habacuc, en tonos diversos

Una vez más, a Habacuc se le designa como profeta. Aunque hay en este capítulo algunos indicios de que el salmo que contiene se usaba en reuniones públicas, parecería que aquí Habacuc cumple ese aspecto del oficio profético donde le habla a Dios *por* el pueblo (vea la página 87 donde hay un comentario más extenso acerca del oficio profético). Lo que Habacuc dijo aquí, al desahogar sus convicciones personales, las esperanzas y creencias que había en su corazón, el pueblo después lo hizo suyo y lo usó como una confesión de su fe. El profeta no sólo habló por el pueblo de Dios, le enseñó al pueblo de Dios a hablar por sí mismo, ofreciéndole sus propias palabras que habían sido divinamente inspiradas para que las usaran si lo deseaba. Tal vez el propósito de Habacuc era que usaran este salmo así.

Nadie sabe con seguridad lo que significa la palabra hebrea “sigionot” que la versión Reina Valera tradujo como “en tonos diversos”. Sin embargo, parece haber un acuerdo mayoritario de que se refiere a alguna indicación musical o melodía, según la cual debía cantarse este salmo. El hecho de que estas indicaciones aparezcan aquí y al final del capítulo y de que haya un triple “Selah” en el salmo, señala que el propósito era que se usara en la adoración pública; como expresa el tipo de fe paciente y confiada que el Señor dijo que hay en el corazón del creyente (2:3,4), forma una conclusión apropiada para el libro.

Aunque este capítulo es diferente a cualquier otro en Habacuc y parecería pertenecer mejor al libro de los Salmos, en cuanto al

contenido es el resultado que se espera de la obra del Espíritu de Dios cuando obra en el corazón humano. Por lo tanto, los que tenían en su corazón una fe similar a la de Habacuc, se podían sentir impulsados a usar este salmo como una expresión de su confianza en el Señor.

Se ha sugerido que el salmo se usó en Israel como un canto de victoria cuando por fin fue derrotado el Imperio Babilonio 70 años después. Puede haber sido una canción de confianza en el Señor que se usaba cada vez que su pueblo se enfrentaba a cualquier tipo de opresión y peligro. Sea cual fuera su uso específico, la expresión personal de la fe de Habacuc en este hermoso himno de alabanza se convirtió en un tesoro de todo el pueblo de Dios del Antiguo Testamento.

**² «¡Jehová, he oído tu palabra, y temí!
¡Jehová, aviva tu obra//en medio de los tiempos,
en medio de los tiempos hazla conocer;
en la ira acuérdate de la misericordia!**

En 2 Timoteo 1:5, San Pablo dice de su joven colaborador: “Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también”. Timoteo escuchó de las obras poderosas y salvadoras de Dios porque los miembros de su familia se las enseñaron. No sabemos cómo supo Habacuc de la fama del Señor ni cómo se enteró de sus obras; no hay registro de esto. Sin embargo, si los miembros de la familia de Habacuc eran como la madre y la abuela de Timoteo, entonces alguien en su familia se tomó el tiempo y se esforzó en enseñar a Habacuc lo que estaba a punto de confesar.

Se dice que la iglesia cristiana siempre está solamente separada por una generación de la ignorancia absoluta acerca del Dios Salvador. Ésta es una observación válida ya que nadie nace con un conocimiento del amor misericordioso de Dios ni con la confianza en él y en la salvación de los pecadores que ha logrado

en Jesucristo. Lo que Moisés les dijo a los israelitas sobre las leyes de Dios: “Y las enseñaréis a vuestros hijos” (Deuteronomio 11:19), es la tarea que el Señor le da a cada nueva generación. Ya sea la generación de Habacuc o la nuestra, ya sea la ley revelada de Dios o su obra maravillosa de rescate en Jesucristo, los niños no sabrán, no podrán confesar como lo hizo Habacuc, si no se les ha enseñado. No hay responsabilidad más solemne ni necesaria para los padres y para la iglesia de cualquier época que enseñar a la generación siguiente lo que el Señor ha hecho por ellos y lo que espera de ellos.

El repaso del registro de las obras de liberación que llevó a cabo el Señor en el pasado hace que el profeta se llene de esperanza. Lo que el Señor hizo en el pasado, lo puede hacer otra vez. Ahora Habacuc le suplica a Dios que intervenga a favor del pueblo como lo hizo en el pasado, orando: “Aviva tu obra en medio de los tiempos”. En el capítulo 2 el Señor dijo que la profecía anhelaba el día de su cumplimiento. Habacuc le suplica al Señor: “En medio de los tiempos hazla conocer”, para que se cumpla en sus días. Le ruega al Señor que cubra su ira con la misericordia y, al hacerlo, salve a su pueblo. Los hijos de Coré, algunos de los primeros salmistas de Israel, expresaron un deseo similar cuando cantaron: “Oh Dios, con nuestros oídos hemos oído, nuestros padres nos han contado, la obra que hiciste en sus días, en los tiempos antiguos. Pero nos has desechado, y nos has hecho avergonzarnos;... Despierta; ¿por qué duermes, Señor? Levántate para ayudarnos, y redímenos por causa de tu misericordia” (Salmo 44:1,9,23,26).

**³ Dios viene de Temán;
el Santo, desde el monte Parán. *Selah***

**»Su gloria cubrió los cielos,
la tierra se llenó de su alabanza.**

**⁴ Su resplandor es como la luz.
Rayos brillantes salen de su mano;**

allí está escondido su poder.

**⁵ Delante de su rostro va la mortandad,
y tras sus pies salen carbones encendidos.**

**⁶ Se levanta y mide la tierra;
mira, y se estremecen las naciones.**

**Los montes antiguos se desmoronan,
los collados antiguos se derrumban;
pero sus caminos son eternos.**

**⁷ »He visto las tiendas de Cusán //en aflicción;
las tiendas de la tierra de Madián tiemblan.**

Después de haber pedido que el Señor enviara un juicio rápido y castigara a los babilonios, el profeta ahora mira al futuro y ve a Dios que viene a juzgar a los babilonios y a liberar a su pueblo de la manera como rescató a Israel en el éxodo y en la región del monte Sinaí.

En el Antiguo Testamento, cuando se presenta al Señor viniendo a rescatar a su pueblo, con frecuencia se le representa viniendo del sur. Eso es perfectamente natural porque el Señor se apareció a Moisés y a los hijos de Israel en el monte Sinaí, que está al sur de Canaán. El área del desierto donde el Señor cuidó a su pueblo por 40 años también está al sur. Era el área de la tierra que, para el israelita piadoso, representaba el lugar de las obras salvadoras de Dios. Moisés habló en términos similares cuando quiso mantener al Dios Salvador ante los ojos de Israel. “Dijo: Jehová vino de Sinaí, y de Seír los alumbró; resplandeció desde el monte de Parán, avanzó entre diez millares de santos, con la ley de fuego a su mano derecha. Aún amó a su pueblo; todos los consagrados a él estaban en su mano; por tanto ellos siguieron tus pasos, recibiendo dirección de ti, cuando Moisés nos ordenó una ley, como heredad en la congregación de Jacob” (Deuteronomio 33:2-4).

Temán es un distrito de Edom que está al sudoeste de Canaán. Edom fue el país por el cual los israelitas tuvieron que pasar

cuando viajaban a la parte este del río Jordán desde donde entrarían a la tierra prometida. Al monte Parán se le relaciona con el desierto de Parán, que estaba en la península del Sinaí, al sur de Canaán.

Habacuc, al hablar de esa forma, describe al Dios que estableció su pacto con Israel viniendo al rescate de su pueblo en el momento de mayor desesperación. Describe una aparición de la “gloria” del Señor. En los tiempos críticos de la historia de su pueblo, es como si Dios se hubiera puesto una vestidura visible — se apareció como un brillo cegador, parecido al fuego, a la nube, y el humo—para derrotar a sus enemigos y liberar a su pueblo. En el salmo de Habacuc aparece como un guerrero armado para la batalla. Estas imágenes brillantes describen la teofanía, esta aparición especial de Dios en la que lleva a cabo majestuosa y personalmente su obra de juicio y de salvación.

Al Señor se le describe demostrando su poder cuando viene a liberar a su pueblo. Así es la “gloria” de Jehová aquí. Habacuc dice que cuando Dios vino, su “resplandor [fue] como la luz”, su gloria brilló como la luz del sol que se eleva de manera espectacular en el este. Cegadores “rayos brillantes salen de su mano”. La luz de su gloria llenó el cielo y la tierra. Con frecuencia Dios usa en sus apariciones la luz brillante para representar su gloria abrumadora. Cuando el Señor se le apareció a Ezequiel para llamarlo como su profeta, Ezequiel dijo: “Y vi una apariencia como de bronce refulgente, como una apariencia de un fuego dentro de ella en derredor, desde la parte de sus caderas hacia arriba; y desde sus caderas para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía un resplandor alrededor” (Ezequiel 1:27).

La mortandad [o la plaga NVI], son imágenes de siervas que están ante el Rey divino esperando cumplir sus órdenes. En su papel de juez y de vengadora, la plaga camina delante del Señor y los carbones encendidos [“el fuego abrasador” NVI] detrás. Con estas imágenes Habacuc desea representar al Señor que viene a juzgar a sus enemigos para poder liberar a su pueblo. En el libro

de Ezequiel el Señor habla de sus cuatro juicios terribles: la espada, el hambre, las fieras, y la peste (14:21). Asimismo en el Apocalipsis de San Juan, el apóstol ve: la espada, el hambre, la peste, y las fieras, que marchan hacia el mundo para llevar la ira de Dios a la morada de los pecadores. No podemos oír de la plaga que asiste al Salvador que se acerca sin recordar las plagas con las que el Señor liberó a su pueblo de la esclavitud y del faraón pagano que se negó a reconocerlo.

También se usan los movimientos sísmicos para representar el poder del Señor. Habacuc habla del Señor que sacude la tierra y hace que las montañas se derrumben como si fueran solamente los muros de Jericó. La mención de “los montes antiguos” y de “collados antiguos” que se derrumban y se caen equivale a decir que los mismos cimientos de la tierra temblaban. Lo que Habacuc describe no es un temblor común, ni siquiera un terremoto que alcance un grado elevado en la escala de Richter. Es una convulsión de la naturaleza que se sacude y se mueve cuando se acerca su Creador. Las naciones también tiemblan de miedo mortal cuando él viene. Sólo su mirada es suficiente para hacerlas “temblar”.

En el Antiguo Testamento muchas veces se relacionan estos acontecimientos alarmantes de la naturaleza con la marcha de Israel hacia el monte Sinaí a través del desierto. El salmista dice que los collados saltaban como ovejas y corderos al acercarse el Señor. Exclama: “A la presencia de Jehová tiembla la tierra, a la presencia del Dios de Jacob” (Salmo 114:7).

No es de extrañar que naciones como Cus y Madián se acongojaran cuando el Señor pasó con su pueblo. Esos grupos moraban en el desierto al norte de Arabia y en la parte este del Sinaí; quedaban cerca a la senda que Israel tomó durante el éxodo.

**8 ¿Te has airado, Jehová, contra los ríos?
¿Contra los ríos te has airado?
¿Arde tu ira contra el mar
cuando montas en tus caballos,**

en tus carros de victoria?

⁹»Tienes tu arco preparado;

los juramentos a las tribus//fueron palabra segura. *Selah*

»Has hendido la tierra con los ríos.

¹⁰ Te ven los montes y temen;

pasa la inundación;

el abismo deja oír su voz

y alza sus manos a lo alto.

¹¹ El sol y la luna se detienen en su lugar,

a la luz de tus saetas que cruzan,

al resplandor de tu refulgente lanza.

¹² Con ira pisas la tierra,

con furor pisoteas las naciones.

Ahora Habacuc ilustra la acción enérgica que el Señor empleó cuando rescató a su pueblo antiguo. Las imágenes pueden parecer excesivas y poco conocidas para nosotros, pero los profetas que precedieron a Habacuc usaron ese lenguaje para describir la obra del Señor. Las imágenes provienen de los mitos de Canaán y de otras naciones que rodeaban a Israel. Eso no significa que los profetas creyeran esos mitos ni creyeran que sus lectores lo hacían. Era sencillamente era una forma poética de expresar lo que el verdadero Dios hizo en realidad, en un lenguaje que conocían de otra literatura. La situación es similar en la actualidad cuando la gente dice: “La Madre Naturaleza en verdad demostró su poder y su resolución con las tormentas y los tornados que tuvimos hoy”. El cristiano podría modificar la expresión sustituyendo “la Madre Naturaleza” con “el Señor” para dar testimonio de que verdaderamente él está detrás de los acontecimientos impresionantes que suceden en la naturaleza.

En la mitología cananea, Rahab era el monstruo del caos y del desorden. Lo acompañaba el dragón llamado Lotán, al que la Biblia le da el nombre de Leviatán. Al dios pagano al que los cananeos le atribuían la creación de la tierra, se le describe dándole

muerte a este monstruo del caos y a su dragón favorito. El escritor del libro de Job usa estas imágenes para darle el mérito al Señor por haber creado el mundo. En un espíritu de gozo y de alabanza, Job anuncia: “Con un soplo suyo se despejan los cielos; con su poder Dios agita el mar. Con su sabiduría descuartizó a Rahab; con su mano ensartó a la serpiente escurrizosa” (26:12,13 NVI).

Isaías usó un lenguaje similar para anunciar la manifestación del poder del Señor en el mar cuando separó el mar Rojo para que Israel pudiera pasar y comenzar el éxodo. Dice: “¿No eres tú el que quebrantó a Rahab, y el que atravesó al dragón?” (Isaías 51:9). En este contexto Isaías pide al Señor que actúe en el tiempo presente a favor de su pueblo como lo hizo en el pasado, porque en las palabras que comienzan el versículo Isaías dice: “Despiértate, despiértate, vístete de poder, oh brazo de Jehová; despiértate como en el tiempo antiguo, en las generaciones pasadas.” Habacuc hizo exactamente lo mismo que Isaías: le pidió al Señor que actuara en favor de su pueblo como lo había hecho en el pasado. Usó un lenguaje que ponía énfasis en este tema. Sus primeros lectores se podrían relacionar con lo que él decía, no sólo por lo que había dicho, sino también por las imágenes que usó al contarlo.

Al Señor se le representa como un guerrero poderoso que le da rienda suelta a toda la fuerza de sus armas contra los enemigos. La naturaleza se inclina ante el Creador que le ha dado el orden que tiene. Si este Señor poderoso desea interferir con las leyes de la naturaleza para poder llevar a cabo la liberación de su pueblo, entonces que así sea. Él puede mover montañas y cambiar el curso de las aguas. Hasta el sol y la luna, se quedarán inmóviles si el Señor lo desea así para poder completar la victoria de su pueblo contra los enemigos. Se nos recuerda lo que hizo el Señor en el tiempo de Josué durante la conquista de Canaán. “Entonces Josué habló a Jehová el día en que Jehová entregó al amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas: Sol, detente en Gabaón, y tú, luna, en el valle de Ajalón. Y el sol se detuvo y la luna se paró” (Josué 10:12,13). Con el fin de que el ejército de

Josué tuviera más tiempo para derrotar al enemigo y asegurarse de que el ejército del enemigo no pudiera escapar protegiéndose en la oscuridad, el Señor prolongó el tiempo de la luz del sol. Lo que toma normalmente 24 horas tomó 48. Habacuc ora para que el Señor actúe ahora como lo hizo a favor de Josué.

Desde luego, el impacto del poder del Señor sobre la naturaleza no es casual. El sol y la luna no se quedaron inmóviles para que el Señor pudiera hacer demostración de su poder. Dios lo hizo para liberar a su nación de los enemigos. Eso es también lo que Habacuc quiere. El Señor, para poder salvar a Israel, ha demostrado que está dispuesto a trillar o pisotear a las naciones (lo que es siempre una imagen del juicio y de la destrucción). La historia de las naciones da testimonio de esto. Ahora Habacuc quiere que la trilladora pase por la tierra una vez más, para que destruya a Babilonia y se pueda librar a Israel de la opresión y de la muerte.

**13 Has salido para socorrer a tu pueblo,
para socorrer a tu ungido.
Has abatido la cabeza//de la casa del impío,
has descubierto el cimiento hasta la roca. *Selah***

**14 »Traspasaste con sus propios dardos
las cabezas de sus guerreros,
que como tempestad acometieron//para dispersarme,
regocijados como si fueran a devorar
al pobre en secreto.**

**15 »Caminas en el mar con tus caballos,
sobre la mole de las muchas aguas.,**

Ahora se establece el verdadero propósito de la venida poderosa y gloriosa del Señor. Cuando el Señor vino, lo hizo para socorrer “a su pueblo [escogido]”. Deseaba “socorrer a [su] ungido”, que sin duda era el rey que se mantenía como representante de toda la nación. Una vez más, el lenguaje que se

usa al final de los versículos 13 y 14, nos recuerda las batallas mitológicas de los dioses contra los monstruos. En esos mitos el mar con frecuencia representa el caos y el desorden. Al Señor se le representa dominando el mar cuando lo pisotea con los cascos de sus caballos y cuando agita sus aguas.

Por ahora, el punto de Habacuc es claro, hasta para nosotros que no conocemos muy bien esos mitos. El Señor ha venido con un poder tan grande que le puede dar órdenes a la creación, para liberar a su pueblo amado. Cuando habla de caminar sobre el mar, es posible que Habacuc esté pensando en la forma en que el Señor dividió el mar Rojo con la vara de Moisés. Así el Señor mostró vívidamente su facultad para controlar y dirigir la naturaleza para el bien de los suyos. Las referencias que hace Habacuc al líder de la casa del impío al que ha descubierto su cimiento hasta la roca (lo desnuda), y la matanza de los que estaban “regocijados como su fueran a devorar al pobre en secreto”, también pueden recordarnos al faraón y su deseo de usar todo su ejército si era necesario para aplastar a Israel. El Señor no permitió que eso sucediera y usó su fuerza todopoderosa para evitarlo. Habacuc anhela que ese mismo poder ayude ahora a Judá.

Confesión del poder misericordioso del Señor para salvar

**¹⁶ Oí, y se conmovieron mis entrañas;
al oír la voz temblaron mis labios.
Pudrición entró en mis huesos,
y dentro de mí me estremecí.
Tranquilo espero el día de la angustia
que vendrá sobre el pueblo que nos ataca.**

**¹⁷ »Aunque la higuera no florezca
ni en las vides haya frutos,
aunque falte el producto del olivo
y los labrados no den mantenimiento,
aunque las ovejas sean quitadas//de la majada**

**y no haya vacas en los corrales,
18 con todo, yo me alegraré en Jehová,
me gozaré en el Dios de mi salvación.
19 Jehová, el Señor, es mi fortaleza;
él me da pies como de ciervas
y me hace caminar por las alturas.»**

El profeta ha terminado su majestuoso himno de alabanza del poder salvador del Señor; ahora vuelve a la realidad. Antes, en su libro, Habacuc había cuestionado al Señor por su forma de gobernar el mundo; ya no lo hace. Ahora sabía lo que había en el futuro porque el Señor se lo había revelado. Dios iba a enviar el azote terrible de los ejércitos babilonios para que oprimieran gravemente a Judá. La pobreza y la desolación llegarían a una tierra en donde una vez había fluido leche y miel.

Cuando Habacuc dijo estas palabras, tal vez el ataque babilonio ya había comenzado. El pensamiento de esa desdichada probabilidad afectó todo su cuerpo y lo dejó con un sentimiento de impotencia y de terror. Su corazón palpitaba fuertemente y sus labios se estremecían, le temblaban las piernas y todo su cuerpo se sentía débil y enfermo. El futuro inmediato no era agradable de contemplar y Habacuc no tenía ganas de verlo. Sin embargo, los versículos finales de su profecía no son ninguna letanía de desesperación; el libro de Habacuc no termina con llanto, sino con una nota triunfante.

De la boca del profeta sale una afirmación sorprendente; dice: “Tranquilo espero el día de la angustia”. Es fácil, o por lo menos relativamente fácil, servir al Señor cuando todo va bien y cuando sus bendiciones son evidentes en todas partes. La actitud de gratitud surge fácilmente cuando las cosechas son buenas, cuando sube el mercado bursátil, cuando la inflación está baja, cuando todo va bien en la familia, y cuando la paz reina en la tierra.

Pero, ¿qué sucede cuando esas bendiciones desaparecen? Habacuc lo describe aquí. Como los babilonios devastarán la tierra, las cosechas se malograrán, y los rediles de ovejas y los

establos del ganado quedarán vacíos. Las condiciones económicas del país serán tan malas que surgirá la pregunta de cómo podrá sobrevivir Judá. Por las apariencias externas parecería que el Señor había abandonado a su pueblo o había perdido el control de la situación. Aquí es cuando la fe se apodera del “justo”, del creyente hijo de Dios. El panorama del futuro agitó a Habacuc; su fe en la promesa del Señor lo calmó y lo fortaleció. Los pies le empezaban a vacilar, pero ahora son rápidos y seguros como los de un ciervo.

Vio la severa disciplina que el Señor le impuso a Judá, pero ya no se quejaba diciendo: “¿Por qué castigas a tu pueblo con una nación mucho más impía que ella?” En cambio, nos presenta esta hermosa confesión: “Con todo, yo me alegraré en Jehová, me regocijaré en el Dios de mi salvación”. Sin lugar a dudas, Habacuc creía que el Señor le iba a dar toda la fuerza que necesitara para enfrentar los tiempos difíciles que le esperaban. El Señor lo capacitará para saltar como un ciervo en vez de andar con paso lento en desesperación; sus pies apenas tocarán el suelo, una imagen de la alegría y de la despreocupación.

Al jefe de los cantores, sobre mis instrumentos de cuerdas.

Las palabras de fe de Habacuc se deben recordar y se deben aplicar. “El justo por su fe vivirá” no es sólo un lema pegadizo, sino una forma de vida. Habacuc nos muestra cómo se manifestará esta forma de vida en la confesión y en la vida diaria, especialmente durante los días de desesperación. Estas palabras finales nos recuerdan que el pueblo de Judá usó las palabras de Habacuc para reafirmar su propia fe en la bondad infalible del Señor. Las cantaron en los cultos de adoración en Jerusalén; el pueblo las cantó en el exilio y en los tiempos difíciles, no sólo durante la opresión babilonia, sino por generaciones después, cuando Babilonia ya era un recuerdo distante y existía la amenaza de otros enemigos. Las palabras de Habacuc también pueden ser

nuestra fuerza y nuestro consuelo, mientras los justos continúan viviendo por la fe.

Éste es el mensaje que Habacuc nos da. Los procedimientos de Dios nos pueden parecer extraños, hasta injustos, pero como Habacuc, dejamos que Dios nos los explique, nosotros también encontraremos una buena razón para regocijarnos y alabarlo.

INTRODUCCIÓN A SOFONÍAS

Autor

Sofonías es uno de los escritores bíblicos de quienes sabemos muy poco. Desconocemos dónde nació y dónde vivió. Sin embargo, sí sabemos que llamó a Jerusalén “este lugar” (1:4) y que conocía la topografía y las varias secciones de la ciudad. Eso ha llevado a un gran número de estudiosos a suponer que era ciudadano de Jerusalén.

Sofonías hace algo único entre los profetas: escribe su genealogía de cuatro generaciones atrás y se identifica como el tataranieto de un hombre llamado Ezequías. Pareciera más bien extraño que Sofonías recordara su genealogía hasta ese entonces si no fuera porque Ezequías fue un hombre importante. Muchos eruditos piensan que el mejor candidato para ser el famoso antepasado de Sofonías es el rey Ezequías, que gobernó en Judá desde el año 727 al 698 a.C. Ezequías fue un hombre que temió y amó al Señor y le sirvió con gran energía. Quiso que su pueblo amara y adorara sólo al verdadero Dios. Por eso llevó a cabo muchas reformas religiosas en Judá. Ordenó que se destruyeran todos los ídolos del reino, también reparó y purificó el templo, y restableció la celebración de la Pascua. Fue uno de los dos reyes de Judá, además de David, que recibió la aprobación total del Señor por la manera en que gobernó.

Sucede que el rey Ezequías también fue bisabuelo de Josías, el rey que gobernaba en la época en que Sofonías era profeta. Si el rey Ezequías es el antepasado al que se refiere aquí, entonces Sofonías y Josías eran primos, y ambos consideraban a Ezequías como un discípulo modelo del Señor y como un hombre digno de imitar. Podríamos decir que los tres eran espíritus afines, hombres que anhelaban que la nación de Judá volviera al Señor en fe y en vida, y que estaban dispuestos a dedicar su vida para que eso sucediera. Quizá Sofonías trabajó entre los años 632 y 622 a.C. y

apoyó firmemente a su rey, mientras Josías llevaba a cabo reformas en Judá.

Resulta interesante el ejercicio de luchar con estas preguntas históricas y tratar de contestarlas, pero al final no importa tanto si el rey Ezequías fue o no el tatarabuelo de Sofonías; el mensaje divino es lo más importante, no el mensajero ni sus antecedentes. Sofonías es una persona importante porque la palabra del Señor llegó a él.

Fecha y antecedentes

Sofonías revela que la palabra del Señor le llegó durante el reinado de Josías, hijo de Amón. Josías gobernó en Judá desde el año 640 al 609 a.C. No sabemos exactamente cuándo ni cuánto tiempo ejerció Sofonías durante esos años. Sin embargo, una mirada a los varios segmentos del reinado de Josías nos da una clave. El reinado de Josías se puede dividir en tres partes; la primera parte cubre los primeros siete años de su gobierno. Josías llegó al trono a la edad de ocho años cuando su padre Amón fue asesinado. Amón siguió la política de su padre Manasés a favor de Asiria, pero como el poder de Asiria disminuyó en esa parte de su imperio, un partido en contra de Asiria llegó al poder en Judá. Pronto se sintieron descontentos con Amón, y como no cambió su política, se deshicieron de él y pusieron a su joven hijo en el trono. Josías era el rey, pero el verdadero poder detrás del trono estaba en manos de esos influyentes consejeros antiasirios.

El segundo segmento del reinado de Josías comenzó en el año 632 a.C., cuando tenía 16 años. En ese tiempo ocurrió un cambio importante en la vida de Josías. El segundo libro de Crónicas capítulo 34 informa que en ese año “comenzó a buscar al Dios de David su padre” (versículo 3). Tal vez lo que sucedió fue que Josías dejó de estar bajo la influencia de sus antiguos consejeros y comenzó a buscar a hombres como el profeta Sofonías, que, sobre todo, querían ver que toda la nación de Judá

volviera al Señor. Se nos dice que durante ese tiempo Josías “comenzó a limpiar a Judá y a Jerusalén de los lugares altos, imágenes de Asera, esculturas e imágenes fundidas” (versículo 3).

El tercer segmento del reinado de Josías comenzó diez años después, en el año 622 a.C., cuando empezó a reparar y a purificar el templo. Durante este proyecto de reparación del templo, el sumo sacerdote encontró el libro de la ley, que constituyó la base para el resto de las reformas espirituales de Josías (2 Reyes 22:1-23:30; 2 Crónicas 34:1-35:24). Josías continuó esa obra importante hasta su muerte prematura en la batalla contra el ejército egipcio en el año 609 a.C.

Tal vez el mejor lugar para poner a Sofonías en esta historia es durante el segundo período de su reinado. Allí es cuando las influencias piadosas comenzaron a producir efecto en los pensamientos y en las actividades del rey y comenzó a instituir sus reformas. La predicción de Sofonías de que los remanentes de la adoración a Baal serían borrados de la tierra (1:4) corresponderían bien la época en que Josías estaba llevando a cabo los primeros pasos de su reforma. Aunque pudo haber estado activo más tiempo que los diez años del segundo período de Josías, la relación de Sofonías con Josías y con lo que él dice parece corresponder mejor al período entre el año 632 y 622 a.C. Eso lo convertiría en contemporáneo de Nahúm, Habacuc y Jeremías. En realidad, Sofonías y Jeremías quizá hayan trabajado juntos para apoyar la obra de Josías, de la misma manera en que Hageo y Zacarías trabajaron juntos después del regreso del exilio para apoyar la reedificación del templo que fue realizada por Zorobabel.

Tema y contenido

No es difícil determinar el tema del libro de Sofonías. Él lo expone por primera vez en el versículo siete del libro: “Calla en la presencia de Jehová el Señor, porque el día de Jehová está cercano” (1:7). Sofonías no es el primer profeta que pone énfasis en el día del Señor; en este sentido sigue a Joel. Otros profetas también abordaron el tema, Isaías (2:6-22) y Amós (5:18-20), le

dedicaron secciones de sus profecías al día de Jehová, pero ninguno lo convirtió en el centro de su mensaje como lo hicieron Joel y Sofonías.

Tanto Joel como Sofonías, hablaron del “día del Señor” con un doble significado: (1) como los juicios de Dios que ocurren en medio de la historia contra ciertos individuos y naciones rebeldes, y (2) como el día del juicio divino al final del mundo. En realidad, el día de la destrucción de cualquier enemigo de Dios que tenga lugar en el tiempo, en la historia, ya se trate del destino de un individuo, de un grupo, o de toda una nación, es para ese grupo o persona el día del Señor, “el último día”, en el que la sentencia del rechazo eterno y de la destrucción eterna se pronuncia y se ejecuta. Así, el día del Señor le llegó a Asiria en el año 612 a.C., cuando los medos y los babilonios la destruyeron. A Jerusalén le llegó en el año 586 a.C., cuando los babilonios la destruyeron, y a los babilonios también les llegó cuando cayeron en el año 530 a.C. Esos “últimos días” individuales que ocurren en el tiempo, fueron solamente fases, precursores y advertencias, que anuncian la venida del día final del juicio del Señor sobre toda la tierra.

Así que tanto Joel como Sofonías, vieron el juicio de Dios como un proceso continuo, que culmina en el día del juicio. Cada “día del Señor” por separado era un tipo o prefiguración del juicio venidero más grande que llevará a cabo el Señor, el día en que el curso de la historia humana, como la conocemos en esta tierra, llegara a su fin. Ese “día del Señor” afectará no sólo a un individuo o a una nación, sino: a todas las personas, a todas las naciones, a toda la creación, pues éste es el día final y universal del juicio, el día en que la justicia triunfará y el mal se erradicará.

Según Sofonías, el día del Señor es de ira y de castigo, el día en que el Señor castigará con severidad a las naciones. Él advierte: “Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy próximo... Día de ira aquel día” (1:14,15). En ese día tanto a los infieles hipócritas que había entre el pueblo del Señor como a los paganos incrédulos del mundo, les esperará la ira del Señor y el castigo implacable.

Al mismo tiempo, el día del Señor será de liberación y de regocijo para el pueblo de Dios. Sofonías les asegura a los hijos de Dios que lo escuchan: “En aquel tiempo se dirá a Jerusalén: No temas; Sión... Jehová está en medio de ti; él es el poderoso y te salvará” (3:16,17).

Esta vista doble del día del Señor, como un día de juicio para algunos, y de liberación para otros, produce marcados contrastes en el contenido del mensaje de Sofonías. El libro en sí es una unidad, no es una serie de profecías: inventadas, aisladas, desconectadas, acerca del juicio. Los pensamientos individuales del libro están fuertemente entrelazados en una sola tela. Sin embargo, los colores de esa tela varían grandemente. La mayor parte de la revelación de Sofonías consiste en los colores oscuros, sombríos, hasta aterradoras, de la ley y del juicio de Dios. A los fríos y a los tibios de entre el pueblo escogido de Dios, no se les pasará por alto cuando venga el juez de toda la tierra; descubrirán para su desesperación, que una conexión meramente externa con el cuerpo de creyentes, sin el corazón lleno de arrepentimiento y de fe, los pone frente a frente con la ira de Dios. Los que se burlan y suponen que el fin nunca llegará, se sorprenderán y se horrorizarán cuando se enteren de que Dios cumple tanto sus amenazas como sus promesas. Las naciones paganas del mundo se darán cuenta de que el Dios a quien no le hicieron caso, está decidido también a juzgar y a condenar sus pecados.

Sin embargo, con estos colores de desesperación y de juicio, están entrelazados los colores fuertes y gozosos del evangelio de liberación del Señor. En el día del Señor será evidente aquello a lo que los creyentes se han aferrado siempre. Entonces quedará claro para todo el mundo que el Señor ha perdonado el pecado, porque fue quitado el castigo que merece ese pecado y no caerá en la cabeza del pueblo de Dios. Cuando el Señor se lleve a su pueblo a su hogar eterno, entonces será convincentemente claro y muy evidente: que quiere morar con ellos, que se deleita en su relación con ellos, que se regocija porque están presentes en su morada eterna. Aunque estos énfasis de juicio y de liberación en

el día del Señor son muy diferentes, Sofonías realiza una obra magistral uniéndolos en una sola proclamación.

Propósito

Algunos eruditos han indicado que el mensaje de Sofonías es atemporal. El tiempo en que él vivió no tiene mucha conexión con su mensaje, aparte del hecho de que recurre a éste para dar la imagen y el modo de hablar que necesita para hacer llegar la revelación a sus lectores. Sofonías se diferencia de sus contemporáneos entre los profetas menores en este detalle. Nahúm y Habacuc, cuyas profecías acompañan a las de Sofonías en este volumen de la Biblia Popular, están muy implicados en los acontecimientos de su tiempo. Nahúm mira el pasado, la opresión que la nación asiria le impuso a Judá, y anuncia que el Señor está a punto de destruir a Nínive y de liberar a su pueblo de la tiranía asiria. Habacuc mira al futuro, ve que los feroces ejércitos de Babilonia entran en la tierra de Judá, y advierte que el Señor está a punto de usar a esa nación pagana como usó a los asirios, para castigar la conducta infiel y malvada del pueblo que llama suyo.

Sin embargo, Sofonías está por encima de la historia y de su tiempo. La impiedad sí se menciona en términos del tiempo de Sofonías, así como se manifestaba en Judá y en las naciones que rodeaban a Judá, pero podría ser la impiedad de cualquier época y la falta de fe que *siempre se encuentra* en la iglesia de Dios mientras ésta permanezca en la tierra. Se mencionan los enemigos y se promete la liberación. Sin embargo, la identidad de esos enemigos es vaga y sin importancia. Son los enemigos del Señor y de su pueblo de todas las épocas. Esos enemigos serán destruidos; su pueblo será liberado eternamente.

En la universalidad del mensaje de Sofonías se encuentra un propósito que también es universal. Al entrar al siglo XXI nos podemos aplicar las palabras de Nahúm y de Habacuc a nosotros mismos, pero primero debemos enterarnos de lo que los profetas de esos días le decían al pueblo de su tiempo. Después podemos

preguntar: “De las situaciones específicas con las que trataban estos hombres de Dios, ¿qué verdades generales se aplican a nosotros? Sin embargo, Sofonías nos habla directamente. Sí, es verdad que habla acerca de la iglesia de Dios en términos del Israel del Antiguo Testamento, el mundo malvado está representado por los vecinos de Judá de cada lado, y la liberación viene a la “hija de Sión” (3:14). No obstante, una vez que descubrimos el verdadero mensaje de Sofonías bajo las circunstancias del Antiguo Testamento, encontramos un mensaje que perdura, una verdad esencial que se aplica directamente a nosotros tanto como a la nación de Judá. Las palabras de Sofonías nos advierten del pecado y nos consuelan con las promesas de la liberación que nos dará el Señor tan directamente como lo hacen las palabras de Jesús cuando advierte y consuela en vista del día del juicio venidero, el día venidero del Señor.

Bosquejo

Tema: ¡El día de Jehová está cerca!

- I. Título (1:1)
- II. El día del Señor es de ira y de juicio (1:2–3:8)
 - A. Toda la creación será destruida (1:2,3)
 - B. Judá será castigada (1:4-13)
 - C. Todo el mundo será consumido (1:14–2:3)
 - D. Las naciones serán juzgadas (2:4-15)
 - E. Serán condenados los líderes sin fe (3:1-8)
- III. El día del Señor es de liberación y de regocijo (3:9-20)
 - A. El Señor purificará a la nación (3:9-13)
 - B. El Señor morará con su pueblo perdonado (3:14-17)
 - C. El Señor restaurará a su pueblo (3:18-20)

PRIMERA PARTE
Título
Sofonías 1:1

1 Palabra que Jehová dirigió a Sofonías hijo de Cusi hijo de Gedalías, hijo de Amarías, hijo de Ezequías, en días de Josías hijo de Amón, rey de Judá:

El título de la profecía de Sofonías nos presenta tanto el elemento milagroso como el humano en la inspiración de las Escrituras. El Señor no le reveló su verdad directamente al mundo, usó profetas que, como Sofonías, recibieron la palabra de Dios de una forma que no entendemos ni podemos explicar. La palabra del Señor era algo separado de ellos y venía de un origen divino fuera de ellos, y sin embargo se convirtió en una parte integral de ellos. Cuando Sofonías abría la boca para hablar, no era la voz del Señor la que se escuchaba; cuando tomaba la pluma para escribir, no era la mano del Señor la que se movía. Era la voz de Sofonías, que usaba palabras que eran comunes para él, y la mano de Sofonías se movía, escribiendo palabras que eran normales para él; pero cuando lo hacía, era la palabra del Señor, no la palabra de Sofonías. Sofonías hablaba con su voz, y sin embargo al mismo tiempo afirmaba con confianza: así “dice Jehová” (1:3). Sin atreverse a explicar lo milagroso de una manera racional, Sofonías afirmó simplemente lo que Pedro describió después: “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

Es muy tranquilizador saber que Sofonías habla la pura verdad del Señor, palabra por palabra, y no simplemente lo que está en su mente. El profeta va a decir algunas cosas sorprendentes: el Señor va a destruir a todo el mundo. ¿Hay que creerle, está loco, o es un alarmista descontrolado? Sus lectores necesitan saberlo. Si está mentalmente desquiciado o sólo está furioso con el mundo

y con todo lo que hay en él, entonces creerle será el colmo de la locura. Sin embargo, si tiene razón, entonces el no hacerle caso podría significar quedar atrapados sin estar preparados en el acontecimiento más catastrófico de la historia del universo. Los pecadores encontrarían a su juez cuando estuvieran totalmente desprevenidos para hacerlo.

Sofonías va a decir que el Señor ha quitado el castigo del pecado de su pueblo. ¿Tiene razón o está distorsionando las palabras de Dios? ¿Acaso los que oyen a Sofonías realmente se pueden atrever a esperar que el Señor no les tenga en cuenta sus pecados? Sofonías nos asegura que no adivina las advertencias ni las promesas que salen de su boca. La palabra del Señor vino a él. Él es el portavoz del Señor.

(Vea las secciones: del Autor, Fecha, y Antecedentes, de la introducción [páginas 138 a 140] para que tenga más detalles acerca de los antepasados de Sofonías.)

SEGUNDA PARTE
El día del Señor es de ira y de juicio
Sofonías 1:2-3:8

Toda la creación será destruida

**² «Destruiré por completo todas las cosas
de sobre la faz de la tierra,
dice Jehová.**

**³ Destruiré hombres y bestias,
destruiré las aves del cielo
y los peces del mar,
haré perecer a los malvados,
y extirparé a los hombres
de sobre la faz de la tierra,
dice Jehová.**

Sofonías no anda con rodeos, comienza su libro con una declaración aplastante, que deja al lector horrorizado debido a la magnitud de lo que dice: “Destruiré por completo [o llevaré a su fin] todas las cosas”. Se acerca el día del juicio, dice el Señor, cuando “todas las cosas” serán destruidas. No se puede ser más explícito. Toda la tierra será destruida. El paisaje se verá como un desierto árido de horizonte a horizonte, no habrá nada a la vista en la superficie arenosa. Se parecerá a un piso que una aspiradora sumamente potente dejó limpio por completo, sin dejar ni la más pequeña partícula.

El alcance de este juicio final, está a la altura del de la creación en el quinto o sexto día de la semana, cuando el Señor pobló la tierra. En ese momento su poder soberano se manifestó en la amplia variedad y en la gran diversidad de animales con que llenó la tierra. Ahora se manifestará el mismo poder al invertir la creación, es decir, al quitar y destruir todo lo que creó. El alcance de su destrucción será más extenso que la destrucción del tiempo

del diluvio. En ese entonces Dios “borró” y destruyó a todos los seres humanos (excepto Noé y su familia), junto con los animales de la tierra y del cielo (excepto los que Dios salvó en el arca para ayudarle a Noé a comenzar un mundo nuevo). En el día del juicio no habrá excepciones, sólo una erradicación completa y final. A todos los seres vivos de la tierra, del cielo o mar—sí, hasta los peces—se les borrará de la faz de la tierra y perecerán en ese día. La mano destructora del Señor será total e implacable.

La frase “haré perecer a los malvados y extirpare a los hombres” muy bien podría decir: “la susodicha creación quedará toda en ruinas, junto con los malvados”. La devastación de la naturaleza será un testigo visible y violento de que el Señor se levantará en juicio sobre la impiedad del pecador. Jesús declara que antes del día del juicio las señales de los tiempos incluirán levantamientos en la naturaleza, tales como terremotos (Mateo 24:6-8), los cuales deben recordarnos que el día del juicio está muy cerca. Sofonías relaciona la destrucción masiva de la creación con el día mismo del juicio. Cuando el Señor en su juicio final borre al hombre “de sobre la faz de la tierra” y condene a los malvados por toda la eternidad, la naturaleza misma será violentamente perturbada y destruida.

¿Por qué es necesario este testimonio violento? En la ceguera del pecado, el pecador no puede apreciar con precisión la gravedad de su condición. Habla entre dientes y se queja porque Dios está reaccionando de forma exagerada a sus insignificantes imperfecciones y protesta porque es básicamente una buena persona. Dios le revela que en su corte divina la situación es peor de lo que se podría imaginar. Y el Señor hace surgir un testimonio poderoso, la destrucción de la creación, para hacérselo entender. El pecado es tan grave ante los ojos de Dios que el pecador no sólo recibe la amenaza del fuego del infierno, sino que la creación misma se encuentra al borde de la destrucción. Qué llamado tan poderoso para arrepentirse antes que llegue el día final.

Esta profecía de destrucción se pudo haber dado cuando el piadoso rey Josías comenzó sus primeras reformas en Judá.

Aunque sus acciones eran muy elogiables, ninguna reforma iniciada por individuos o instituciones, como puede ser el gobierno, podrá remover la amenaza del juicio que el Señor le profirió al mundo. Esto es verdad, no importa cuán exitosa sea la reforma humana. Los seres humanos no pueden cambiar a la satisfacción del Señor. Sólo existe una respuesta a la revelación de Sofonías acerca del juicio venidero: Arrepiéntanse, porque está cerca el día del Señor.

Judá será castigado

**4»Extenderé mi mano contra Judá
y contra todos los habitantes de Jerusalén.
Exterminaré de este lugar
los restos de Baal
y el nombre de los ministros idólatras
junto con sus sacerdotes.**

**5 Exterminaré a los que sobre los terrados//se postran
ante el ejército del cielo,
a los que se postran jurando por Jehová
y jurando por Milcom,**

**6 a los que se apartan de Jehová,
a los que no buscaron a Jehová//ni lo consultaron.**

El juicio inminente del Señor puede cubrir el mundo entero, pero como dice el apóstol Pedro: “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios” (1 Pedro 4:17). Jesús estableció un principio que el juez divino seguirá aquí cuando dijo: “Porque a todo aquel a quien se le haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lucas 12:48). Desde el principio, el Señor había bendecido y honrado a la nación de Judá, mucho más que a cualquier otra. Incluso antes de que fuera una tribu, su antepasado Jacob había declarado que Judá sería la principal entre las doce tribus. El cetro no sería quitado de ellos, y el Mesías, el Siloh que daría descanso,

vendría de entre ellos (Génesis 49:8-10).

El Señor escogió de una familia de Judá, a David, para que fuera el rey de su pueblo, y le prometió que en Cristo su reino iba a durar para siempre. El Señor se encargó de que su casa terrenal se construyera en la ciudad de Jerusalén en el reino de Judá. Sí, una bendición tras otra le había sido otorgada a Judá. Sin embargo, una relación íntima con el Señor y estar bajo la sombra de su gracia, no excluye a una persona ni a una nación del escrutinio divino; más bien aumenta las ocasiones para que ocurra. Por medio del profeta Amós el Señor le dijo al pueblo antiguo de Israel: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades” (Amós 3:2).

Según Sofonías, en su tiempo se podían condenar muchas de las condiciones: sociales, morales, y religiosas, que existían en Jerusalén y en Judá. En Jerusalén estaba la casa del verdadero Dios, el lugar donde él mismo juró morar entre su pueblo. Sin embargo, Sofonías revela que la ciudad y el campo que la rodeaban estaban llenos de: idólatras, gente indecisa implicada en una adoración impura, y gente que era indiferente al Señor. Esos tres grupos en quienes caería el juicio del Señor merecían una mirada más de cerca.

La idolatría todavía estaba muy presente en la tierra de Judá. En toda su historia los israelitas nunca habían podido conseguir separarse de su aventura amorosa con Baal, el dios cananeo de la fertilidad. Como nación, Israel primero había llegado a estar en contacto con Baal en Peor. El lugar quedaba al este del río Jordán, al otro lado de la ciudad de Jericó. Moisés había guiado allí a los israelitas; ese iba a ser el punto desde el cual prepararían su invasión a la tierra prometida. Mientras esperaban allí, algunos de los hombres empezaron “a prostituirse con las hijas de Moab, las cuales invitaban al pueblo a los sacrificios de sus dioses” (Números 25:1). Así los israelitas se involucraron en los ritos inmorales de la fertilidad asociados con la adoración a Baal.

Lo que comenzó en Peor continuó de vez en cuando a través del período de los jueces y de los reyes. Cuando la guerra civil



Los israelitas adoran a Baal

dividió a la nación de Israel en dos reinos, Israel y Judá, la adoración a Baal se convirtió en la religión oficial del reino de Israel durante el tiempo de Acab y de Jezabel (Baal es el dios cananeo que Elías puso a prueba en 1 Reyes 18:20-40.) Lo mismo sucedió en Judá durante el gobierno de la hija de Jezabel, la reina Atalía. Ni siquiera cuando el gobierno no fomentaba la adoración a Baal, se abandonó la práctica, hasta el tiempo de Sofonías. Su contemporáneo, Jeremías, se quejó de que los santuarios a Baal se encontraban en cada una de las montañas altas y debajo de cada árbol frondoso, que eran los lugares preferidos para estos santuarios.

El Señor tampoco nunca fue tímido en su respuesta a la adoración de Baal. Desde el principio, en Peor, envió una plaga entre el pueblo. Durante el tiempo de los jueces castigó repetidamente a los israelitas entregándolos a sus enemigos. Durante el período de la monarquía envió a los profetas, que vociferaron contra la infidelidad de Israel para con el Señor. Hubo veces en que las expresiones del desagrado del Señor tuvieron efecto; el profeta Samuel y el rey David le pusieron fin a la adoración a Baal en el período de los jueces, y los reyes piadosos como Ezequías destruyeron los santuarios a Baal y volvieron a consagrar el templo. No obstante, el pueblo, por lo menos una parte, se siguió sintiendo atraído a la adoración a Baal y le dio a ese ídolo pagano la devoción y la gratitud que le correspondían sólo al Señor de gloria.

El Señor promete que su juicio caerá duramente sobre el culto a Baal; todo vestigio de eso será destruido. Cuando dice que “exterminaré” el nombre de los sacerdotes paganos y ministros idólatras, afirma que no sólo ya no practicarán sus ritos paganos, sino que inclusive el recuerdo de haberlo hecho será borrado de la mente del pueblo, para que ni siquiera se mencione su nombre (nota: la palabra que la Nueva Versión Internacional traduce como “paganos” en su nota al pie de página, aquí realmente es el nombre de una clase de los sacerdotes de Baal. En 2 Reyes 23:5 se les designa como los encargados de quemar incienso al ídolo. Éste es

el sentido de las palabras del Señor aquí: “Eliminaré el nombre de los que queman incienso, de hecho, de todos los sacerdotes de este despreciable ídolo Baal”).

El pueblo de Dios en los tiempos del Antiguo Testamento encontraba a Baal muy atractivo porque sus adherentes decían que Baal estaba al mando de las fuerzas de la naturaleza, de las cuales dependía Israel en Canaán. Ese era el dios de la lluvia, y en una tierra de escasa precipitación, Israel necesitaba que la lluvia cayera con regularidad. Cuando no llovía, surgía inmediatamente la amenaza de la sequía y del hambre. Baal también era el dios de la fertilidad, se le atribuía la fertilidad: de los animales, de los campos, y de los seres humanos. Sin la bendición de Baal: el campo no producía cosechas, la vaca no tenía becerros, la esposa no tenía hijos. Por eso tantas festividades y tantos ritos de la fertilidad, relacionados con todo tipo de prácticas sexuales inmorales, que se llevaban a cabo en su nombre. Al adorar a Baal, Israel personificaba una fuerza de la naturaleza y así cometía el error de adorar a la creación en vez de al Creador, que era el único que traía la lluvia y la fertilidad a su pueblo.

Ya no existe la adoración a Baal, ya no amenaza con corromper a los creyentes. Sin embargo, cada vez que los hijos de Dios depositan su confianza y su sentido de bienestar: en los saldos del banco, en los planes de jubilación, en los seguros, en una economía solvente, y en el conocimiento práctico del médico, sobrevive el espíritu de Baal, y *los dones del Creador* se convierten en la base de la confianza *más bien que el Creador mismo*. La vista penetrante de la justicia de Dios todavía identifica esos pecados dentro de la familia de Dios y los amenaza con el juicio.

En su adoración idólatra, Judá no se limitó sólo a Baal. Sofonías también condena a las personas que se subían al techo para adorar: al sol, la luna, y las estrellas. Por supuesto, esas prácticas eran parte del paganismo cananeo junto con la adoración a Baal. Dieciséis kilómetros al oeste de Jerusalén había una villa llamada Betsemes (que significaba “Casa [templo] del sol”). Casi a veinticuatro kilómetros al este estaba Jericó, una ciudad cuyo

nombre provenía de la luna, tal vez debido a la práctica de adorar a la luna allí.

Sin embargo, la adoración al sol y a la luna como deidades, era mucho más común en Asiria y en Babilonia. Ya en el tiempo en que Abraham salió de Mesopotamia, el hogar de su niñez, la adoración al Dios de la luna, Sin, era muy común. En realidad, Josué sugiere que el padre de Abraham pudo haber sido un adherente de Sin (Josué 24:2). Ahora, en los tiempos de Sofonías, los descendientes de Abraham, el pueblo de Judá, se vieron involucrados en las mismas prácticas. Puede ser que lo hayan hecho por razones prácticas; esta adoración puede haber sido la manera políticamente correcta de mostrarles su lealtad a los amos asirios, o puede ser que se hayan implicado en las religiones de esos países poderosos porque les parecía que a sus seguidores les daba buenos resultados. Después de todo, ¿acaso sus países no eran ganadores, mientras que Judá era un perdedor? Cualquiera que sea la razón, algunas personas del pueblo de Judá se hicieron devotas de esos ídolos. Cuando Jeremías condenó la adoración a la Reina del Cielo, sus seguidores respondieron que les iba bien sólo cuando la adoraban (Jeremías 44:15-18). Hoy, cada vez que el pueblo de Dios se mueve a creer o a hacer algo únicamente porque es *práctico* debido a que *funciona*, en vez de hacerlo porque es *verdad*, permanece el mismo espíritu que motivó a los adoradores de los ídolos en Judá y también permanece la amenaza del juicio del Señor.

El segundo grupo al que condena el Señor son los que trataron de ser leales al Señor y a los ídolos al mismo tiempo. A esta práctica se le llama sincretismo; implica conciliar la verdad con la falsedad. El problema con esa práctica es que así como cuando se mezcla agua impura con agua pura resulta más agua impura, lo mismo sucede con la adoración pura al Señor que se corrompe cuando se mezclan con ella las prácticas de la adoración a los ídolos. Sofonías habla acerca del compromiso idólatra que algunas personas trataron de hacer. Se inclinaron ante el Señor y le juraron lealtad, pero no tuvieron ningún escrúpulo en usar el

nombre de un ídolo cuando tenían que hacer un juramento. Al hacerlo reconocían y adoraban a ambos, mostrando de esa manera que su lealtad estaba dividida.

En hebreo el nombre para el ídolo que se menciona aquí es *Malcam*. La palabra hebrea se puede traducir como “su rey”, pero también se podría pronunciar “Milcom”. Milcom era el dios principal de los amonitas. También se le conocía con el nombre de Moloc, que era un dios horrible. Se le ofrecían sacrificios humanos, especialmente de niños, en el valle al sur de Jerusalén. Asociar o mezclar el nombre del Señor con un ídolo como éste, o pensar que se podría tener una relación con ambos al mismo tiempo era una abominación y un insulto al Señor.

Por desgracia, esas lealtades divididas todavía son comunes en la iglesia de la actualidad. La gente anuncia y confiesa su devoción a Cristo, pero al mismo tiempo confía en los horóscopos o en los adivinos para que la guíe o la ayude a determinar lo que les depara el futuro. O también pueden mezclar elementos de lo oculto, como el espiritismo, con lo que de otra manera son actividades sanas. El sincretismo es tan inaceptable al Señor hoy como lo fue en los días de Sofonías.

Al grupo final de Judá que el Señor enfrenta a través de Sofonías, tal vez se le podría catalogar mejor como “indiferente”. Esas personas habían crecido en familias que temían a Dios, les habían enseñado a confiar en el Señor y a servirlo, pero algo sucedió cuando se independizaron. Se vieron envueltos en la vida diaria y en el mundo que los rodeaba. Muy pronto se encontraron con que no tenían tiempo para el Señor, ni tampoco se interesaban en dedicarle tiempo a él. En realidad nunca rechazaron al Señor de manera explícita, sólo optaron por no hacerle caso. Sofonías les habla como “los que se apartan de Jehová”. Tal vez nosotros los llamaríamos *reincidentes* o *apóstatas*, personas que después de haber seguido al Señor, le vuelven la espalda.

La segunda parte de este grupo es diferente del primero sólo en grado. Sofonías los describe como “los que no buscaron a Jehová, ni lo consultaron”. Esas personas tenían una conexión

externa con el Señor, tal vez hasta habían participado en los cultos del templo sólo por un tiempo, pero el Señor sencillamente no desempeñaba ningún papel en su vida diaria. No buscaban su palabra, tampoco la estudiaban ni la aplicaban a su vida. Rara vez, si acaso lo hacían, buscaban al Señor en oración o se molestaban en darle gracias por sus bendiciones. En el mejor de los casos, el Señor desempeñaba un papel marginal en la vida de ellos.

Si la descripción de estas personas parece familiar, es porque todavía se pueden encontrar en la iglesia de hoy. En realidad, todos los cristianos deben confesar, en mayor o menor grado, que esos pecados también los afligen a ellos. El Señor odia el pecado de la indiferencia tanto como el del rechazo. El Cristo exaltado pensaba en esos pecados cuando le dijo a la iglesia de Laodicea: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:15,16).

Algunos comentaristas tienen la impresión de que Sofonías predice aquí las reformas que Josías iba a llevar a cabo en Judá en los próximos años. Una comparación de las reformas promulgadas por Josías (2 Reyes 23) con la descripción que hace Sofonías aquí muestra, desde luego, algunas similitudes, especialmente en los pasos que se siguieron para eliminar la adoración a Baal. El juicio del Señor, de la misma manera que las actividades de Josías, tenía el propósito de limpiar y purificar a Judá, además de castigar a los malvados que había en su medio. Sin embargo, la obra de Josías nunca logró quitar a los ídolos por completo, tampoco identificó a los indiferentes ni los castigó de la manera en que Sofonías habla aquí del juicio del Señor. Entonces aquí es mejor considerar que Sofonías usa a Josías y su acción de eliminar de la tierra a los malvados como una imagen de la limpieza de la tierra más distante y completa a manos del Señor cuando venga a juzgar a todo el mundo.

**7 »Calla en la presencia de Jehová, //el Señor,
porque el día de Jehová está cercano,
porque Jehová ha preparado un sacrificio
y ha consagrado a sus convidados.**

**8 »En el día del sacrificio de Jehová
castigaré a los príncipes,
a los hijos del rey
y a todos los que visten como extranjeros.**

**9 Asimismo castigaré en aquel día
a todos los que saltan la puerta
y a los que llenan las casas de sus señores
de robo y de engaño.**

La palabra que Sofonías usa para ordenar silencio tiene el mismo sentido que nuestra palabra “¡cállate!” Es un mandato fuerte que exige un cumplimiento inmediato y absoluto. Se dan las razones. El pueblo de Judá está de pie ante el Señor soberano. Él es el Señor y amo de toda la tierra; es Dios, el que escogió y salvó a Israel. En su presencia la única respuesta apropiada es el silencio. Eso es verdad especialmente en vista del hecho de que el día del Señor está cerca. Desde luego, ésta es la razón más convincente para que el pueblo de Judá deje su idolatría y vuelva en arrepentimiento verdadero a su Dios Salvador.

Era necesario que Sofonías diera esta orden. De otra manera, el pueblo que leía sus palabras habría respondido poniéndose a la defensiva como hace la mayoría de las personas cuando se les acusa de algo; alegan que no son culpables del cargo, o insisten en que el cargo contra ellos no es grave, por lo menos no tan grave como el acusador dice que lo es. Dicen que él es injusto. No obstante, es inútil adoptar una posición así ante el Juez de toda la tierra. Sofonías les aconseja a sus lectores que la única manera de comparecer ante el Señor es: mantenerse en silencio sobrecogedor, y en reverencia, y arrepentimiento. Esto sólo demuestra la relación justa y apropiada que debe existir entre el Señor de todo y sus criaturas, que se han rebelado contra él.

En el versículo 7, Sofonías usa una comparación nueva y notable para describir el castigo que el Señor tiene preparado para su pueblo malvado. Habla del Señor que prepara un sacrificio. El sacrificio del que se habla aquí es la ofrenda de paz, una de las cuatro ofrendas de sangre que fueron instituidas en la ley de Moisés. Al hacer esta ofrenda el creyente llevaba un animal al santuario, confesaba sus pecados sobre la cabeza del animal, y se lo daba al sacerdote para que lo sacrificara. Lo que distinguía la ofrenda de paz era que una porción de la carne del animal del sacrificio se le devolvía al creyente. Y entonces esa carne se compartía con la familia, los amigos, e invitados, en una alegre fiesta familiar. La parte de la carne del sacrificio que comían juntos, significaba el alegre compañerismo con el Señor y el de unos con otros, así como la Santa Comunión, también basada en el derramamiento de sangre, lo hace hoy.

Ahora Sofonías usa esta imagen de una manera inesperada. El Señor es quien provee el sacrificio. Este sacrificio es la nación de Judá, cuya sangre será derramada. Los “invitados” que el Señor ha designado para que compartan la comida del sacrificio son las tropas invasoras, probablemente babilonias, a quienes el Señor invita para que compartan los despojos de Judá. ¡Qué ironía! Un sacrificio que expresaba normalmente la relación de pacto del Señor con Israel y que tenía el propósito de anunciar: el perdón, la alegría, y la paz, ahora se convierte en un cuadro del juicio de Dios.

Ésta no es la primera vez que un profeta predice que el Señor convocará a las naciones paganas para castigar a su pueblo. Cien años antes, por medio de Isaías, el Señor le había dicho al malvado rey Acáz: “Y acontecerá aquel día, que silbará Jehová al tábano que está en el fin de los ríos de Egipto, y a la abeja que está en la tierra de Asiria; y vendrán y acamparán todas en los valles desiertos, y en las cavernas de las piedras, y en todos los zarzales y en todas las matas” (7:18,19). Sucedería nuevamente alrededor de 40 años más tarde cuando el Señor llevara a los babilonios contra Judá. Esta invasión, que resultó en la derrota y en el exilio

de Judá, fue desde luego un cumplimiento preliminar de las palabras que dice Sofonías desde aquí hasta el versículo 13. No obstante, debemos recordar que la referencia final de las palabras del profeta es el día del juicio, el fin de todas las cosas. El “día del Señor” que hará pasar a Judá a manos de los babilonios será solamente un anticipo del juicio final.

El primer segmento de la sociedad judía que cayó bajo el juicio del Señor fue lo más selecto: los parientes del rey. Cuando Sofonías habla de los príncipes y de los hijos de los reyes, podría estar viendo el futuro, al día en que a los hijos de Josías, que se negaron a seguir los pasos de su padre que era temeroso de Dios, los mataran o los exiliaran a tierras extranjeras. También se podría estar refiriendo: a los nobles, a los funcionarios de estado, y a otros miembros del clan de la familia real que disfrutaban de privilegios especiales en el país. Sofonías los caracteriza como gente que se viste con ropa extranjera. La ropa en sí que la gente usaba no era ni correcta ni equivocada, el Señor había establecido muy pocas estipulaciones con respecto a la ropa en la ley mosaica. Pero cuando lo hizo, tenía algo que ver con la relación del pueblo con él (por ejemplo, vea Números 15:37-40, allí las borlas en la ropa son necesarias porque les recordaban los Diez Mandamientos a los que las usaban). El punto es que llevar una moda extranjera ponía de manifiesto cierta manera de pensar, mostraba que los miembros de la familia real admiraban y se dejaban influenciar por las costumbres y las creencias que encontraban en las culturas paganas de: Asiria, Babilonia, y Egipto. Tal vez el estilo de ropa que usaban los piadosos de Judá parecía sin gracia y pasado completamente de moda para ellos. De esa manera, la ropa que usaba la gente, se convirtió en una señal de rechazo de las costumbres israelitas y del Señor mismo.

Es posible que los cristianos de nuestro país tengan algo de dificultad en identificarse con las preocupaciones de Sofonías. Son miembros de la cultura occidental dominante, y las personas de otras naciones los imitan, en vez de ser al revés. Sin embargo, el principio general es verdadero. Ninguna sociedad, incluyendo la

nuestra, puede afirmar que todo lo de su cultura es bueno. Cierta ropa, inofensiva en sí misma, o ciertos símbolos en joyas o camisetas pueden llegar a simbolizar pensamientos y estilos de vida sin Cristo. Usar tal indumentaria puede contradecir lo que los cristianos dicen que creen o puede suavizar su confesión de Cristo ante el mundo. Bajo estas condiciones, las cosas que de otro modo son neutras en sí mismas se pueden convertir en errores. Que el resto del mundo haga algo no es ninguna disculpa para que los cristianos participen. En realidad, hasta puede ser una razón para que el cristiano no lo haga.

Sin duda la gente de sus días comprendió rápidamente las referencias que Sofonías hace en el versículo 9, pero son un misterio para los lectores modernos. La primera pregunta que surge: ¿A quién condena el profeta aquí? ¿Está hablando de los príncipes y de los otros funcionarios del versículo anterior, o piensa en un segmento diferente de la sociedad? Si es un grupo nuevo, entonces es muy probable que se refiera a los sacerdotes de Judá. Segundo, es desconocida la costumbre de la que habla Sofonías. Es verdad que los sacerdotes filisteos del templo de Dagón en Asdod evitaban pasar por el umbral de la puerta de su templo desde que su ídolo había caído allí delante del arca del Señor que tenían cautiva (1 Samuel 5:1-5), pero el verbo que usa Sofonías parece implicar algo más que sólo “saltar por encima” de algo. Habla más de “saltar” con exuberancia y con gozo. Entonces hasta puede ser que Sofonías hable de una costumbre pagana completamente diferente. Cualquiera que fuera la práctica que Sofonías tenía en mente, era totalmente inaceptable al Señor.

Por último, la palabra que se traduce como “señores” en la Reina Valera se puede referir a ídolos o a amos humanos, o puede ser una palabra para describir al Señor. Entonces, ¿quiénes son las personas que se describen aquí? Podrían ser los príncipes que practicaban costumbres paganas en el templo del Señor y le llevaban ofrendas que habían obtenido de una manera violenta o fraudulenta, o podrían ser los sacerdotes que hacían lo mismo. También podrían ser personas que les servían a los nobles de Judá,

siervos o esclavos que llenaban la casa de sus amos con dinero mal habido. Cualquiera que haya sido su situación, se les cita como otros ejemplos de impiedad en Judá y, como tales, caen bajo la condenación del Señor.

¹⁰»Así dice Jehová:

**Habrá en aquel día voz de clamor
desde la puerta del Pescado,
aullido desde la segunda puerta
y gran quebrantamiento//desde los collados.**

**¹¹Aullad, habitantes de Mactes,
porque todo el pueblo mercader //ha sido destruido;
extirpados han sido todos//los que trafican con dinero.**

Con el fin de describir el juicio cercano del Señor sobre Jerusalén, Sofonías describe el avance de un ejército enemigo sobre ella, invadiéndola desde el norte, la dirección de donde vienen los enemigos más terribles, Asiria y Babilonia. La profecía se hizo realidad de una manera preliminar cuando los ejércitos del rey Nabucodonosor de Babilonia invadieron Jerusalén en el año 586 a.C. Sin embargo, otra vez debemos recordar que cuando Sofonías usa imágenes del Antiguo Testamento de la experiencia y de la historia de Judá, también se refiere al juicio final de Dios sobre todos los malvados, ya sea que tengan o no una conexión externa con el pueblo de Dios. El cumplimiento final y mayor de estas palabras no será hasta el día del juicio, cuando el Señor condenará a todos los malvados, dentro y fuera de la iglesia. Finalmente ése será “el día del Señor”.

En los días de Salomón (alrededor del año 950 a.C.), Jerusalén consistía sólo del monte del templo y de una faja angosta de tierra que salía desde allí y se extendía hacia el sur. Doscientos años después, la ciudad se había extendido hacia el oeste a través del poco profundo valle central hasta las colinas del sudoeste y del noroeste. Ezequías cercó parte de estas colinas cuando extendió los muros de Jerusalén. La parte más débil de la ciudad estaba en

el norte, donde ni las colinas ni los valles la separaban del paisaje que la rodeaba.

Así describe Sofonías el ejército invasor que se acerca a la puerta del Pescado ubicada en la parte noroeste del muro de Ezequías. Allí el vigilante israelita haría sonar la alarma. Allí también los habitantes de Jerusalén gritarían primero con dolor al sentir que la espada del enemigo daría en el blanco. La nueva puerta o segunda puerta, era el nuevo sector residencial en la ciudad. También estaba ubicada en la esquina noroeste, al oeste del templo, y una vez que se hubiera abierto una brecha en la puerta del Pescado, habría sido absolutamente vulnerable. Los “collados” también pueden haber sido un área nueva de la ciudad; también hubiera sido blanco fácil para el enemigo. Los sonidos de los aullidos y el quebrantamiento que menciona Sofonías indican el terrible sufrimiento humano implicado en esta invasión despiadada y la destrucción de: los muros, casas, y edificios, que acompañarían esta invasión.

La segunda sección de la ciudad que menciona Sofonías había sido designada para el comercio. Sofonías la llama “Mactes”, que se refiere al “Barrio del Mercado” (NVI). [“mactes” literalmente significa un lugar hondo o hueco como un mortero] La mayor parte de los comentaristas suponen que se refiere al valle u hondonada central, que corría al norte y al sur a través de la ciudad entre los antiguos poblados al este y los construidos recientemente al oeste. Ese era el distrito comercial donde los mercaderes ejercían su oficio y los banqueros pesaban el oro y la plata. Tal vez esa sería la siguiente sección de la ciudad que el ejército invasor tomaría. Los verbos que Sofonías usa aquí describen cuadros interesantes (nota: la palabra que la Reina Valera traduce como “destruido” se traduciría mejor como “silenciado”). Sugieren una situación como ésta: al principio habría sido el alboroto normal y el ruido del ajetreo y del bullicio que tiene lugar en el mercado. Esto sería seguido por los aullidos y chillidos aún más fuertes de la gente cuando el enemigo los alcanzara y los atacara. Finalmente, habría silencio, un silencio absoluto,

inquietante y poco natural. No quedaría nadie para hacer ruido. La gente habría huido o la habrían matado. Eso es parte de lo que Sofonías pensaba cuando advirtió: “el día de Jehová está cercano” (1:7).

**¹²»Acontecerá en aquel tiempo
que yo escudriñaré a Jerusalén//con linterna
y castigaré a los hombres
que reposan tranquilos//como el vino asentado,
los cuales dicen en su corazón:
“Jehová ni hará bien ni hará mal”.
¹³Por tanto, serán saqueados sus bienes
y sus casas assoladas;
edificarán casas, mas no las habitarán,
plantarán viñas, //mas no beberán de su vino.**

Sofonías no quiere que sus lectores olviden que el verdadero brazo de la destrucción del que ha estado hablando desde el versículo 10 no es ningún ejército de hombres, ni ningún agente humano; el verdadero destructor es el Señor. En el último día, el “día del Señor”, Dios no usará ningún agente, aparte de posiblemente sus ángeles, para llevar a cabo su justicia. Entonces aquí Sofonías aclara el cuadro; aunque él todavía describe la actividad de un ejército invasor, ahora es el Señor mismo el que busca en todos los rincones de la ciudad. Se revelará lo que hay en todo rincón oscuro cuando el Señor busque a los malvados, como los invasores buscan a los soldados y ciudadanos que se han escondido. No hay ninguna posibilidad de esconderse de él. Absolutamente nadie escapará de su ira ni de su castigo.

Los objetos de la búsqueda del Señor son los hombres que son como el vino que ha quedado en sus heces. Esas son las impurezas que se asientan en el vino nuevo durante el proceso de fermentación. Los israelitas dejaban por un tiempo ese vino sobre su sedimento para darle más sabor. Sin embargo, si el vino se deja

demasiado tiempo, los sedimentos harán que el vino tenga un sabor amargo, convirtiéndolo finalmente en una masa gelatinosa inútil. El punto del profeta es que los malvados de Jerusalén han permanecido allí tranquilos por tanto tiempo que se han vuelto espiritualmente suficientes y complacientes. La calidad de su vida espiritual se ha destruido, se han arraigado en su impiedad, están más allá de la redención, son totalmente inútiles para el Señor. Sofonías describe la actitud de ellos: “Jehová ni hará bien ni hará mal”, afirman confiadamente.

Estas personas no eran *ateos confesos* que se presentaban y negaban la existencia de Dios, eran *ateos prácticos*, gente que decía que la existencia del Señor no importaba. En su indiferencia, pensaban que Dios no desempeñaba ningún papel en su vida, negaban que él fuera la fuente de sus bendiciones, se negaban a creer que estuviera involucrado en los asuntos humanos, incluyendo los de ellos. No esperaban que cumpliera sus amenazas de intervenir y castigar sus fechorías. Como el vino que se echa a perder, no había nada que hacer con estos hombres malvados sino deshacerse de ellos. Y cuánto los sorprenderá el juicio del Señor cuando venga. La riqueza que habían acumulado durante tanto tiempo se convertirá en despojos de guerra. Las casas que habían construido con tanto orgullo serán arrasadas. Sus viñedos que habían cuidado con tanto esmero se convertirán en un montón de parras marchitas. Desaparecerá todo lo que reemplazó al Señor en su corazón como base de su confianza. El juicio del Señor desafiará y sobrepasará a cualquier destrucción que un ejército invasor pudiera imponer en una ciudad indefensa.

Todo el mundo será consumido

**14» ¡Cercano está el día grande de Jehová!
¡Cercano, muy próximo!
Amargo será el clamor del día de Jehová;
hasta el valiente allí gritará.**

**¹⁵ Día de ira aquel día,
día de angustia y de aprieto,
día de alboroto y de asolamiento,
día de tiniebla y de oscuridad,
día de nublado y de entenebrecimiento,
¹⁶ día de trompeta y de alarido
sobre las ciudades fortificadas
y sobre las altas torres.**

Sofonías termina el capítulo describiendo el juicio del Señor de una manera culminante. Después de advertir que el día del juicio del Señor le iba a sobrevenir pronto a Judá, Sofonías usa imágenes vívidas de la Biblia para describir cómo será el juicio final del Señor sobre la tierra. Sus palabras pintan un mural de juicio y de ira que es difícil de pasar por alto y no será pasado por alto. La primer línea del versículo 15: “Día de ira aquel día”, inspiró el himno en latín del siglo XIII, *Dies irae, dies illa [Día de ira ese día]*, que se acostumbra cantar en los últimos domingos del año eclesiástico. El himno capta el aspecto inquietante de las palabras de Sofonías y su tema. Afortunadamente, el himno también incluye la salvación que Dios nos da en Cristo que nos libera de ese día, un tema que Sofonías trata en el tercer capítulo.

Por segunda vez en este capítulo (la primera vez fue en el versículo 8), Sofonías presenta su tema: el día del Señor. Aquí él lo llama “el día grande de Jehová”, para diferenciarlo de cualquier otro día preliminar de juicio que pueda suceder durante la historia del mundo. Sin embargo, el tema principal es que el día se acerca. Estará aquí antes de que nadie lo espere. Hay poco tiempo para prepararse. Éste es el mensaje que el Señor ha dado en todas las Escrituras a través: de sus apóstoles, de sus profetas, y de su propio Hijo. En realidad, las últimas palabras de Jesús que se han registrado en la Biblia son “Ciertamente vengo en breve” (Apocalipsis 22:20).

Dios menciona todo esto con tanta frecuencia debido a que su pueblo necesita escucharlo una y otra vez. Dios y nosotros, no

tenemos el mismo concepto del tiempo. Hace dos mil seiscientos años Sofonías dijo que el día del Señor estaba cerca, y han pasado dos mil años desde que el Cristo exaltado le habló al apóstol Juan en Apocalipsis. Al ver pasar los días y los años, parece que ha pasado mucho tiempo, y el sentido espiritual se debilitaría sin el constante recordatorio que hace el Señor de que el fin se acerca. Nos volveríamos como los incrédulos burlones que Pedro menciona: “[Dirán] ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como estaban desde el principio de la creación” (2 Pedro 3:4). Con la ayuda del Espíritu del Señor decimos confiadamente: “El final está muy cerca”. Ese día está cerca en *cualquier* momento y a *todo* momento: en los días de Sofonías, en los días de Jesús, en los días de Pedro y de Pablo, o en nuestros días.

Sofonías pregunta, ¿quieren saber cuán cerca está el día del Señor? ¡Escuchen! Está tan cerca que ustedes lo pueden oír, si escuchan con oídos que han sido instruidos por la palabra del Señor. Sofonías no describe lo que piensa que puede suceder ese día. No, describe lo que ve y oye con los ojos y los oídos de la fe, y sus palabras en el hebreo original son más alarmantes que la versión Reina Valera. Podemos intentar reproducir lo esencial de esta manera: “¡Escuchen! ¿Lo oyen? ¡El día del Señor! ¡El guerrero grita allí amargamente!” No es claro si “el guerrero” se refiere o no al Señor. Algunas traducciones lo entienden como el Señor. Entonces el Señor estaría desempeñando el papel del guerrero mientras invadía la ciudad y gritaba un mensaje amargo de condenación y de destrucción para los habitantes. Por otro lado, la mayor parte de los comentaristas ven al guerrero como a uno de los defensores de la ciudad. Cuando caiga sobre la ciudad el día del Señor, el defensor que esté en las murallas será el primero en gritar con angustia el juicio terrible que está a punto de suceder sobre él y sus conciudadanos. De cualquier manera, Sofonías puede oír los sonidos horribles mientras comienza el día del Señor.

Al comienzo de este capítulo Sofonías sugirió que “el día del Señor” invertirá la creación. Dios “[destruirá] por completo todas

las cosas de sobre la faz de la tierra” que había creado (1:2). Los comentaristas suponen que Sofonías dice lo mismo en el versículo 15. Dios creó el mundo en seis días. Aquí Sofonías menciona el día del Señor seis veces. Se invertirá todo lo que Dios hizo en esos primeros seis días de la historia de la tierra y hará que esa historia termine.

Ese día (1) será “de ira”. Según el profeta Amós (5:18), los israelitas pensaban que el día del Señor sería el día en que el Señor exaltaría a Israel a expensas de las otras naciones del mundo y que ellos quedarían totalmente libres del castigo y de la destrucción que ese día traería. Sofonías dice que no es así. Será un día en que el Señor castigue el pecado y la impiedad, un día en que él exprese toda su ira. ¡Cuidado!

Ese día (2) será “de angustia y de aprieto” y (3) “día de devastación y de asolamiento”. Parece que el profeta no encuentra palabras suficientes para describir lo que Dios le permite ver. Con el fin de compensar, amontona todos los términos que puede encontrar para describir el sufrimiento y la desesperación mental y espiritual que lo acompañará. La descripción nos recuerda las palabras de Jesús: “allí será el llanto y el crujir de dientes” (Mateo 22:13).

Ese día (4) será “de tiniebla y de oscuridad”, (5) “día de nublado y de entenebrecimiento”. Otra vez los términos se amontonan. ¡Qué manera de invertir la creación! En el primer día de la creación Dios llamó en voz alta en la oscuridad: “Sea la luz”, y la luz, el ingrediente básico de la vida, llegó a existir. Ahora Dios llama en juicio: “¡Sea la oscuridad!”, y a los pecadores se les separa del Dios que da vida, se les arroja a la oscuridad eterna. Ningún campo de

batalla ni ciudad conquistada, con humo que sale de los edificios que se queman y la repugnante fetidez que despide la putrefacción de los cadáveres tirados en las calles, habría presentado una escena tan espantosa como la que Sofonías describe del fin del mundo.

Ese día (6) será “de trompeta y de alarma”. El día del juicio del Señor será incontenible. Avanzará como el ejército más poderoso que el mundo haya visto. Ni muros ni torres de construcción humana, podrán evitar que suceda ni podrán proteger a la gente de su poder destructivo.

**¹⁷ Llenaré de tribulación a los hombres,
y ellos andarán como ciegos,
porque pecaron contra Jehová.
Su sangre será derramada como polvo
y su carne como estiércol.**

**¹⁸ »Ni su plata ni su oro podrán librarlos
en el día de la ira de Jehová,
pues toda la tierra será consumida
con el fuego de su celo,
porque él exterminará repentinamente
a todos los habitantes de la tierra.»**

Ahora Sofonías describe las consecuencias del día del Señor. Ninguna es agradable de contemplar. El medio que usa Sofonías para describir ese día sigue siendo la figura de una batalla, el período que sigue la destrucción de la ciudad. Las ciudades conquistadas casi siempre tenían sobrevivientes, pero como Sofonías los describe, esos sobrevivientes desearían mejor estar muertos. Caminan como ciegos, se tambalean, andan a tientas, tal vez porque les arrancaron los ojos o porque están en estado de shock, lamentan la pérdida de todos y de todo lo que alguna vez

significó algo para ellos. Algunos de sus conciudadanos no son tan afortunados, si es que se les puede llamar “afortunados” a estos sobrevivientes. Estos ciudadanos yacen en las calles con su sangre, la vida misma, corriendo por la orilla del camino. Sus entrañas (intestinos) están esparcidas en el polvo, se les han salido de las heridas que la espada les causó quitándoles la vida. Si nunca hemos visto una escena de batalla como esta, entonces el cuadro de un animal que ha sido atropellado por un carro, tirado en el camino, ensangrentado y con las vísceras de fuera, sería ilustrativo. La gran diferencia es que los muertos de Sofonías no son animales, son personas para quienes el Señor tenía la intención de que fueran la corona eterna de su creación. El juicio del Señor tampoco tiene predilectos. A este juez no se le puede sobornar, ni la plata ni el oro salvarán a nadie. Yacerán en la calle el de alta alcurnia y el de humilde cuna. Todos están muertos. Entre los sobrevivientes hay ricos y pobres por igual. Todos son indigentes.

Cuando leamos las palabras de Sofonías, no debemos olvidar que usa imágenes y cuadros para hablar de lo que se proponía. *Los cuadros y la realidad* que se describen no son idénticos. Sofonías usa los cuadros de la batalla y el de la conquista de una ciudad, para ilustrar el juicio final del Señor. Tal vez lo hace así porque la caída de Jerusalén ante los babilonios fue un ejemplo del juicio del Señor y les debía recordar el día final. Pero las batallas y el día de juicio no son lo mismo. Por ejemplo, hay dos estados en los que una batalla puede dejar a los participantes: pueden ser sobrevivientes aturridos o pueden estar muertos. El día del juicio tendrá solamente un resultado; los que estén bajo la ira del Señor serán arrojados a la fosa del infierno y sufrirán la agonía de la muerte eterna: separados de Dios, muriendo, pero nunca aniquilados. Por las ilustraciones que usa el profeta, podemos ver su tema principal, pero no debemos insistir en los detalles.

Sofonías también establece muy claramente *la razón* para el día del Señor. Viene porque “pecaron contra Jehová”. ¡Es un recordatorio muy serio de la verdadera naturaleza del pecado! El

Señor no pasa por alto el pecado. No son pequeñas transgresiones sin consecuencias. El pecado es un poder vivo que gobierna en el corazón de las personas. Es una rebelión voluntaria contra Dios y contra todo lo que él defiende. Merece toda su ira.

“Toda la tierra será consumida con el fuego de su celo”. Estas palabras de Sofonías presentan una imagen que a los pecadores no les gusta contemplar. Les gusta pensar que el Señor es el Dios que en amor pasa por alto el pecado, cuyo amor es tan fuerte que el pecado no lo desconcierta. Los pecadores se sienten cómodos con la imagen que se presenta del Señor como un abuelo que es incapaz de castigar a los nietos malcriados, y si Dios no es así, no lo reconocen. Es evidente que un dios que actuara de esta manera haría que Cristo fuera innecesario. La Biblia nos dice que Cristo satisfizo la furia de Dios contra el pecado. Si dicha ira contra todo pecado no fuera real, Cristo no hubiera tenido que morir y su resurrección no tendría sentido. Los pecadores en su ceguera caricaturizan el amor de Dios y menosprecian groseramente su santidad. Éste es un error fatal con consecuencias eternas.

Sofonías nos presenta al Dios santo que odia el pecado. El celo del Señor no es algo indigno que lo controle, más bien expresa su derecho supremo a exigir que sus criaturas le obedezcan. Cuando no ocurre esa obediencia, el pecador sólo puede esperar la destrucción de la ira de Dios. No tenemos que estar de acuerdo, sólo debemos saber que es verdad y pedir la misericordia que él desea otorgarnos. De lo contrario sería el colmo de la insensatez.

Sofonías termina este capítulo de la misma manera en que lo comenzó: “No se equivoquen acerca de lo que estoy hablando”. “Se acerca el día en que el Señor terminará súbitamente la existencia de la tierra. Serán consumidos la tierra y todos los que viven en ella. ¡Estemos preparados!”

2 «Congregaos y medita,
nación sin pudor,
² antes que tenga efecto el decreto
y el día se pase como el tamo;

**antes que venga sobre vosotros
el furor de la ira de Jehová;
antes que el día de la ira de Jehová
venga sobre vosotros.**

**³ Buscad a Jehová
todos los humildes de la tierra,
los que pusisteis por obra su juicio;
buscad justicia, buscad mansedumbre;
quizá seréis guardados
en el día del enojo de Jehová.**

¡Las palabras del capítulo anterior son aterradoras! Hablan de un desastre que se dirige directamente a Jerusalén y al mundo pecador, describen el juicio del Señor como si fuera un enorme asteroide que se dirige directamente hacia la tierra. No se desviará de ningún modo. La tierra no podrá evitar de ninguna forma ser envuelta por completo en una destrucción feroz. No hay tiempo para tomar una acción evasiva.

Entonces, ¿qué debería hacer la gente? ¿Debería solamente encogerse de hombros y esperar lo inevitable? Ese parece ser un plan de acción desesperado. ¿Podrían por lo menos tratar de escapar de la destrucción venidera? Pero, ¿cómo pueden hacerlo? ¿Qué pueden hacer? ¿Pueden encontrar una manera de burlar al juez que enviará este juicio universal o sobornarlo, o por lo menos esconderse de él? La verdad es que sus ojos, que lo ven todo, escudriñan las profundidades mismas del corazón de cada persona. No se le puede comprar. En su santidad él dice que se castigará al culpable, y eso quiere decir a todos los pecadores. Tampoco hay modo de esconderse de él. Tiene acceso tanto a las montañas más altas como a las profundidades del océano. No se puede escapar de su ira ni siquiera en la tumba. En vista de la revelación que hace el Señor de su juicio universal, la única conclusión a la que puede llegar todo pecador es: “¡No hay escapatoria! ¡No hay esperanza para mí!”

Sin embargo, hay una escapatoria, pero no la que la gente había ideado. Más bien, viene del Señor mismo cuando clama: “Arrepiéntanse, antes de que llegue el día terrible”. Recordemos quién hace este llamado, viene del Señor que no se complace en la muerte del malvado, sino quiere que el impío se vuelva de sus caminos y viva. Como dirá más tarde por medio de Ezequías, el Señor llama mediante Sofonías diciendo: “Convertíos, pues, y viviréis” (Ezequiel 18:32).

El llamado al arrepentimiento comienza con una invitación “congregaos” o “recogeos dentro de vosotros mismos” [NIV], suplica el profeta. La palabra que usa Sofonías contiene el pensamiento de recoger la paja del campo. La imagen es muy apropiada. Así como se reúne la paja para formar gavillas o manojos, también los pecadores arrepentidos debían reunirse ante el Señor, para suplicar su misericordia, y hacerlo antes que llegue el tiempo cuando los reúna para el juicio. La postura inclinada que asumen los trabajadores para reunir la paja también es un modelo apropiado de la manera en que el pecador se debe acercar a Dios. Tal vez Sofonías pensaba en las dos ideas cuando usó precisamente esta palabra.

La palabra que la versión Reina Valera traduce como “sin pudor” es difícil de entender por completo, en realidad viene de la misma raíz hebrea que la palabra para “plata”. La palabra parece implicar algo pálido, sin color. Al tener esto en cuenta, los israelitas la usaban para describir a una persona a la que se le había ido el color o que se sentía abrumada por la vergüenza. La misma palabra se usó en el Salmo 84:2 con el sentido de “ansiar”. Allí el salmista dice: “Anhela mi alma... los atrios de Jehová”. No es claro si Sofonías tenía uno o todos estos pensamientos presentes cuando se dirigió a la nación de Israel como lo hizo: “oh nación sin pudor”.

El sentido de su llamado al arrepentimiento tal vez se podría parafrasear así: “Oh nación que no siente vergüenza de su impiedad y es insensible al llamado de arrepentimiento del Señor, inclínate ante el Señor en arrepentimiento humilde antes que sea demasiado tarde y te aplaste con su juicio”. Entonces Sofonías

estaría describiendo a Israel de una manera que es característica de todos los pecadores. Por naturaleza el pecador no reconoce su pecado como malo y equivocado, o no se preocupa mucho por él. Por supuesto no tiene la voluntad de inclinarse ante el Señor ni de confesar que merece el castigo eterno. Por naturaleza todo pecador es insensible al Señor.

Sofonías sigue su llamado al arrepentimiento con tres cláusulas que comienzan con “antes”. Cada una de ellas contiene una razón por la que Israel debe responder positiva y rápidamente. Arrepiéntanse, dice Sofonías: “antes que tenga efecto el decreto”. En su almanaque el Señor ya ha marcado la fecha en que actuará, y ésta es específica, una fecha ya designada ese día está “cercano y muy próximo” (1:14). Los pecadores tienden a pensar que si el juicio del Señor de hecho va a venir, vendrá en un tiempo distante en un futuro lejano. Entonces se imaginan que hay bastante tiempo para prepararse. Sofonías nos informa que no es así. El sentido del tiempo del Señor es diferente del nuestro. Por su paciencia puede parecer como si todavía no hubiera decidido cuándo llegará el día del juicio, pero si los pecadores ven de esta forma los planes del Señor se están adormeciendo en una apatía peligrosa y los encontrará desprevenidos. Cuando llegue el Señor, ellos serán llevados a su destrucción eterna de la misma manera que el viento levanta la paja y la sopla hasta que desaparezca.

La segunda razón que da Sofonías para un arrepentimiento inmediato es ésta: el día del Señor será el día “del furor de la ira de Jehová”. El profeta Amós revela que los israelitas tenían ideas falsas acerca del día del Señor (5:18). Como los profetas habían hablado acerca de la “restauración” del pueblo de Dios, Israel creía que el día del Señor sería en verdad un día de juicio para todas las naciones que los rodeaban. Creían que escaparían del juicio por ser la nación escogida de Dios. Los israelitas suponían que no tenían necesidad de arrepentirse ni de vivir piadosamente. Sin embargo, Sofonías le asegura a la impenitente Israel que la furia del Señor verdaderamente arderá contra ellos debido a su pecado.

Una vez más las palabras de Sofonías son inquietantes. Se podría pensar que la ira de Dios no puede ser tan absoluta que no pase por alto algún pecado y que nadie escape ileso. Nos consolamos diciendo: “Sí, tan solo esas personas perversas recibirán lo que merecen. Son peores que nosotros. Sabemos que Dios se encargará de que recibamos un mejor trato”. Sofonías no lo ve así. Él no hace esas comparaciones ni esas excepciones, porque dice: “Están advertidos, porque la furia del Señor caerá sobre ustedes. Él no es Dios con quien se pueda jugar”. Sí, las razones son contundentes y convincentes para que cada individuo y todos los pecadores que oigan o lean las palabras de Sofonías se arrepientan tan pronto como sea posible.

Otra vez Sofonías llama al arrepentimiento. “Buscad a Jehová”, refiriéndose especialmente a “los humildes de la tierra”. La palabra que usa Sofonías para “humilde” también significa “oprimido”. Es una buena palabra para describir a la persona humilde, piadosa que busca hacer lo que es correcto. Nosotros no buscamos la opresión ni nos la aplicamos voluntariamente sobre nosotros. Si la opresión viene, *llega de afuera*: proviene de otra persona que *nos la impone*, y así sucede con los que se mantienen humildes ante Dios, su humildad no es una actitud que ellos hayan creado o suscitado en ellos mismos. La verdadera humildad o contrición viene del duro martillo de la ley de Dios, que aplasta a los pecadores y les dice que no tienen ninguna oportunidad de estar ante el Juez divino y de ser declarados no culpables. La santa ley de Dios golpea a los pecadores hasta que se den cuenta de la verdad de que no hay nada que puedan hacer, que no hay justicia que puedan cumplir para agradar al Señor y así poder escapar de su furiosa ira.

No obstante, Sofonías les ofrece esperanza a los que han sido humillados y oprimidos por la ley de Dios. Les dice: “buscad mansedumbre”, porque la mansedumbre hace que los pecadores se aparten de sus propias soluciones al problema de escapar la ira del Señor. Y también les dice: “buscad justicia”. Finalmente, ésta es la manera de presentarse ante Dios y vivir: buscar la justicia

que sea aceptable a él. Pero ahí está el problema. ¿Qué justicia es aceptable para el Señor? ¿Qué pensamientos, palabras, u obras, anunciará el Señor como buenos y justos? Isaías nos dice que no esperemos producir esa justicia ni encontrarla dentro de nosotros; dice: “Todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestras justicias como trapo de inmundicia. Todos nosotros caímos como las hojas, y nuestras maldades nos llevaron como el viento” (Isaías 64:6). Esto ciertamente suena como una calle sin salida, es decir que no hay esperanza. ¿Nos está ofreciendo Sofonías una esperanza falsa, que realmente no existe, cuando dice: “Buscad la justicia”?

San Pablo contesta la pregunta que acabamos de hacer acerca de Sofonías. La justicia que debemos buscar *no la producimos nosotros, sino que la da el Señor*. Pablo dice: “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testimoniada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los creyentes en él, porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:21-24). El pueblo de la época de Sofonías no desconocía esta justicia, aunque vivió antes del tiempo de San Pablo. En el tiempo de Sofonías, las palabras de Isaías, que anunciaban que el Siervo del Señor no exigiría lo que era justo y correcto de sus súbditos cuando viniera, ya tenían más de 75 años de edad. Él, el Mesías, el Salvador prometido, el Siervo Sufriente como lo llamó Isaías, proveerá esta justicia para sus súbditos. “Este es mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones... por medio de la verdad traerá la justicia. No se cansará ni desmayará hasta que establezca en la tierra justicia” (Isaías 42:1,3,4).

Un indicio del hecho de que Sofonías tiene presente la justicia de Cristo está en las palabras que siguen al llamado que hace a la humildad: “quizá seréis guardados en el día del enojo de Jehová”. Siglos antes, cuando el Señor se preparaba para sacar a Israel de

Egipto bajo la guía de Moisés, le enseñó a su pueblo que había una forma de resguardarse y esconderse de su ira, una manera que él mismo les proveería. Antes de que la plaga final cayera sobre Egipto y destruyera a todos los primogénitos, el Señor hizo que Moisés instituyera la Pascua. Cada hogar israelita debía matar un cordero y untar su sangre en los dinteles de la puerta de la casa. Cuando el Señor pasara por la tierra de Egipto en su ira, vería la sangre en las casas de los israelitas y las pasaría por alto. Por causa de la sangre, ellos serían protegidos de la terrible ira del Señor.

El cordero de la Pascua era: un tipo, una sombra, o recordación, de Cristo. Cuando él vino y derramó su sangre, se creó para todos el lugar de protección contra la ira de Dios. Juan el Bautista señaló a Jesús un día cuando él se acercaba y les anunció a sus discípulos: “He ahí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Podríamos expresar de esta manera otra vez lo que él dijo: “He aquí el cordero de Dios que nos protege de la ira terrible del Señor”.

Las naciones serán juzgadas

**4 »Porque Gaza será desamparada
y Ascalón assolada;
saquearán a Asdod en pleno día
y Ecrón será desarraigada.**

**5 ¡Ay de los que moran en la costa del mar,
del pueblo de los cereteos!**

**Jehová ha pronunciado esta palabra//contra vosotros:
¡Canaán, tierra de filisteos,
te haré destruir//hasta dejarte sin morador!**

**6 La costa del mar
se convertirá en praderas para pastores,
en corrales de ovejas.**

**7 Será aquel lugar
para el resto de la casa de Judá;
allí apacentarán.**

**En las casas de Ascalón//dormirán de noche,
porque Jehová, su Dios, los visitará
y levantará su cautiverio.**

La sección del libro de Sofonías que comienza con estos versículos y sigue hasta el final del capítulo no es única entre los profetas. Muchos profetas incluyen una sección de profecías que describen el juicio de Dios sobre las naciones paganas que los rodean. Nos vienen a la mente: Isaías (capítulos 13–23), Jeremías (capítulos 46–51), Ezequiel (capítulos 25–32), y los libros enteros de Abdías y de Nahúm.

Por lo general, las naciones de las que se habla caen en dos categorías. Un grupo incluye a las naciones que vivían en las inmediaciones de Israel: gente que competía con los israelitas por la tierra y los recursos del área. Las tensiones y las guerras declaradas con frecuencia hervían entre ellos e Israel. Esas naciones nos son presentadas como enemigos perpetuos de Israel, el pueblo de Dios, y de Dios mismo, bajo cuya protección existía Israel. Esas naciones incluían: Tiro en Fenicia al noroeste; estados arameos como Damasco y Hamat al noreste. Amón, Moab, y Edom, al este y al sudeste; y Filistea al sudoeste.

El otro grupo incluía naciones más distantes, en general naciones imperialistas cuyos ejércitos con frecuencia dominaban a Israel y la convertían en un estado vasallo que tenía que pagar tributo, o la incorporaban como una provincia de su imperio. A este grupo pertenecían Asiria y Babilonia en el distante noreste y al este, y Egipto al sudoeste. Esas eran las superpotencias del antiguo Cercano Oriente. Todas esas naciones eran tipos de los enemigos del Señor y de su pueblo. A veces Dios usaba a estas poderosas naciones enemigas para disciplinar o castigar a su pueblo, cuando incurría en faltas, pero tarde o temprano se levantaría con furia contra sus crueldades y altanerías.

Parece que Sofonías escogió con mucho cuidado a las naciones que incluyó; aquí hay un patrón definido. Eso no siempre sucede cuando otros profetas hablan contra las naciones, usted

recordará que Sofonías usó el primer capítulo de su libro para hablar de un juicio universal que el Señor hará caer sobre la tierra. En este capítulo usa la actividad profética de hablar en contra de las naciones para decir lo mismo. Escoge naciones de cada uno de los cuatro puntos cardinales. Después, al hablar del juicio del Señor contra cada una de ellas reafirma y refuerza su tema de que el Señor está a punto de juzgar a toda la humanidad. Precisamente en el centro de este grupo de cuatro está Israel. Los israelitas pueden ser el pueblo de Dios, pero si no se arrepienten, también caerán bajo el mismo juicio.

La primera dirección a la que Sofonías se dirige es al oeste. Allí ve a los filisteos que vivían por la costa del Mediterráneo. Estaban rodeados por el mar Mediterráneo al oeste y por las colinas de Judea al este. Su territorio tenía más o menos 16 kilómetros de ancho en el extremo norte y más o menos 48 kilómetros de ancho en el sur. La longitud de Filistea era de alrededor de 88 kilómetros. Aunque un pueblo llamado filisteo ya vivía en esta área en el tiempo de Abraham, el grupo belicoso que les dio tanto problema a: Sansón, Samuel, Saúl, y David, se estableció allí primero alrededor del año 1200 a.C., durante el último tercio del período de los jueces.

Las tribus sureñas de Judá y de Benjamín, que en el tiempo de Sofonías formaban el reino de Judá, eran las que tenían mayor contacto con los filisteos. Mientras que los filisteos vivían por la costa del Mediterráneo, los pueblos de Judá y de Benjamín vivían en las tierras altas; los separaban las estribaciones de los montes. Los dos grupos reclamaban ese territorio como suyo. Las luchas de Sansón con los filisteos y la batalla de David con el gigante filisteo Goliat, tuvieron lugar en esas estribaciones del oeste. La relación, entre los israelitas y los filisteos, se podría describir mejor como una perpetua guerra fría de 450 años, ardiendo en silencio pero de manera peligrosa la mayor parte del tiempo, y después estallando periódicamente en batallas intensas y llenas de odio. Las oleadas de la guerra oscilaban en los dos sentidos. El Señor determinaba, como todas las cosas, la victoria y la derrota. Algunas

veces usaba a los filisteos como la vara de su ira para disciplinar a su pueblo; otras veces liberaba de los filisteos al pueblo arrepentido de Israel. Por ejemplo, Sansón peleó con ellos más o menos hasta el empate. Sin embargo, en los días de Saúl, los filisteos eran tan dominantes que ocuparon sectores del territorio de Benjamín en lo alto de las colinas. David los hizo regresar nuevamente a su propio territorio y hasta estaban a su servicio. Después, durante el tiempo de los reinos divididos de Israel y Judá, algunos reyes como Uzías [también llamado Azarías] lograron el éxito (2 Crónicas 26:6-8). Pero otros tuvieron que soportar incursiones dañinas (21:16,17). Así continuó la guerra de Israel con los filisteos a través de los siglos.

Sofonías se dirige a los filisteos cuando menciona cuatro de las cinco ciudades que formaban la confederación filistea: Gaza, Ascalón, Asdod, y Ecrón. Las tres primeras estaban en la costa. Ecrón, junto a Gat, la cual no se menciona, se encontraba tierra adentro y cerca de Judá. Es probable que Sofonías omita Gat porque la lucha constante entre Judá y los filisteos por controlar la ciudad la había reducido tanto que no valía la pena mencionarla junto con las ciudades más prósperas de la llanura. Para describir la destrucción que el Señor había dispuesto que iba a hacer caer sobre estas ciudades filisteas, representando, como lo hacían, a todas las naciones que estaban al oeste de Judá, Sofonías usa palabras que suenan como las ciudades implicadas. “Será desamparada” se oye un poco como Gaza en hebreo. Se puede decir lo mismo acerca de Ecrón y de la palabra “desarraigada”. Si Sofonías hubiera escrito su profecía en español, podría haber dicho algo así: Ecrón será erradicada, y Ascalón y Asdod se convertirán en escombros asolados”.

Se desconoce el origen del nombre cereteos que Sofonías usa aquí para referirse a los filisteos; la misma palabra se emplea otras dos veces en el Antiguo Testamento, con referencia a una nación o tribu (1 Samuel 30:14; Ezequiel 25:16). En ambos casos parece que se usa, como aquí, para designar a los filisteos. Durante el reinado del rey David el nombre se empleó también para designar

a los hombres que eran mercenarios en el ejército de David y que formaban la escolta que le servía como sus guardaespaldas de confianza (vea 2 Samuel 8:18). Muchos comentaristas piensan que el término tiene algo que ver con el hogar original de los filisteos en el área de Grecia y de Creta.

Sofonías habla al final del versículo 5 a la tierra en la que vivían los filisteos. Se dirige a ella diciendo: “Oh Canaán, tierra de filisteos”, la tierra donde vivían los filisteos era parte de Canaán. Cuando Josué guió a los israelitas a Canaán, parte de la sociedad cananea vivía allí. Los filisteos habían establecido un señorío sobre los antiguos habitantes, pero pronto perdieron su propia cultura y adoptaron muchas costumbres de la cultura cananea, hasta el punto de que unos dos siglos después de haber llegado, ya adoraban a los dioses cananeos y hablaban el idioma cananeo. La cerámica tan particular que hacían cuando llegaron a la tierra también desapareció de los lugares que ocupaban en este último tiempo. Aunque los filisteos permanecieron como un grupo separado en la tierra hasta más o menos una generación después de la época de Sofonías, en muchas maneras la tierra de Canaán los absorbió y los cambió. Sin embargo, los filisteos cambiaron la tierra de una manera muy notable. El nombre Palestina, que se deriva de la palabra filisteo, se usa con frecuencia para designar toda la tierra de Canaán. Por eso, en cierto sentido, al territorio todavía se le llama la “tierra de los filisteos”.

Independientemente de los términos que usa Sofonías para referirse a los filisteos, no debemos perder de vista el verdadero tema de sus palabras. “Jehová ha pronunciado esta palabra contra vosotros... yo te haré destruir, hasta dejarte sin morador”, dice el Señor. Poco tiempo después de que Sofonías escribió esto, los mismos ejércitos babilonios que conquistaron Judá deportaron a muchos de los filisteos; se hizo realidad lo que Sofonías había profetizado: el día del Señor llegó para Filistea, sus ciudades fueron arruinadas y abandonadas, y la población fue desarraigada. Después de eso, en sus ciudades vivieron personas de diferentes culturas. La desaparición de los filisteos es una vez más una

prefiguración del juicio del Señor sobre el mundo entero.

Los dos últimos versículos de esta profecía contra los filisteos les recuerdan a los lectores de Sofonías que la destrucción de los enemigos del Señor significa la liberación y la prosperidad del pueblo de Dios. El profeta describe al pueblo de Judá llevando sus rebaños al territorio filisteo y descansando en hogares filisteos; se adueñarán de las tierras filisteas. Esto no podría suceder a menos que los filisteos no estuvieran allí para defenderlas. Estas imágenes tienen una aplicación universal. Así como la vida de los israelitas hubiera sido mucho más agradable si los filisteos se hubieran retirado, el pueblo del Señor prosperará cuando el Señor, en la destrucción del último día, quite a todos los enemigos y toda impiedad.

Note que el profeta dice que “el resto de la casa de Judá” recibirá estas bendiciones del Señor. El pueblo de Judá no recibiría la bendición de manera automática simplemente debido a su relación sanguínea con el resto de la nación que el Señor escogió para que fuera suya. Si las personas de esa nación no se arrepentían, sin tener en cuenta su relación sanguínea, ellas sufrirían el mismo castigo que los filisteos. Sólo los humildes de Israel y los que buscaban la justicia del Señor serían bendecidos.

La palabra “praderas” del versículo 6 se tradujo como “campos” en la NVI y como “quereteos” en la NIV en inglés. Puede ser una palabra que significa “pozos”, por lo menos así la entienden otras traducciones. Si éste es el caso, entonces Sofonías usa otro juego de palabras de sonido similar, porque esa palabra y la palabra “cereteos” se parecen y también suenan muy parecidas.

La última frase del versículo 7 también es difícil. En vez de la traducción de Reina Valera, “y levantará su cautiverio”, la traducción sugerida en una nota al pie de la página en la Biblia de las Américas, “restaurará su bienestar” sería preferible.

**8 »He oído los insultos de Moab
y las ofensas con que los hijos de Amón
deshonraron a mi pueblo**

y se engrandecieron sobre su territorio.

⁹ Por tanto, vivo yo,

dice Jehová de los ejércitos,

Dios de Israel,

que Moab quedará como Sodoma,

y los hijos de Amón como Gomorra:

serán un campo de ortigas,

una mina de sal,

un lugar desolado para siempre.

El resto de mi pueblo los saqueará

y el resto de mi pueblo los heredará.

¹⁰»Esto les vendrá por su soberbia,

porque afrentaron al pueblo//de Jehová de los ejércitos

y se engrandecieron contra él.

¹¹ Terrible será Jehová con ellos,

porque destruirá a todos los dioses//de la tierra,

y se inclinarán ante él, desde sus lugares,

todas las costas de la tierra.

Sofonías ahora se vuelve y mira hacia el este. Allí, al otro lado del Jordán, ve las naciones de Moab y de Amón. La queja del Señor contra esas dos naciones es esencialmente la misma, las acusa de insultar a Israel y de lanzar amenazas contra el territorio israelita.

Moab ocupaba el territorio que estaba a lo largo de la mitad sur de la orilla este del mar Muerto, al sur del río Arnón. Moab demostró que era enemigo de Israel ya en el tiempo en que Moisés llevó a Israel al área que estaba al otro lado del Jordán, antes del tiempo en que entraron a Canaán bajo la guía de Josué. Balac, rey de Moab, contrató a un adivino llamado Balaam para que maldijera a los israelitas (Números 22–24). Y como eso no dio resultado, Balaam les aconsejó a los moabitas que tentaran a Israel para que abandonara al Señor. Dedujo que aunque el Señor no iba a abandonar a su pueblo, el pueblo de Dios podría abandonarlo a él y de esa manera atraería el juicio sobre el pueblo

mismo. Tenía razón, y como resultado Israel sufrió mucho daño (Números 25).

Después, cuando Moisés le dio a la tribu de Rubén la tierra que estaba inmediatamente al norte de Moab, los moabitas la reclamaron para ellos mismos. El resultado fueron las escaramuzas mortales constantes y frecuentes. Durante el tiempo de los jueces Moab fue una de las naciones que oprimió a Israel (Jueces 3:12-14). Reyes como David y Acab conquistaron Moab, pero Moab pronto logró librarse del control israelita. La guerra entre ese pueblo e Israel parecía que nunca iba a terminar. Los libros de Reyes y de Crónicas, informan de muchos conflictos sangrientos entre los dos, durante los cuales: asaltaron, invadieron, u ocuparon, mutuamente su territorio. Los moabitas eran descendientes de Lot, el sobrino de Abraham, y por lo tanto, estaban emparentados con Israel, pero de ninguna manera eran amigos de Israel.

Lo mismo se podía decir de los amonitas. Ellos también eran descendientes de Lot, y vivían al lado de Israel en la Transjordania. La ciudad de Rabá, ahora llamada Amán, en lo que es actualmente el país de Jordania, era su capital. Siempre buscaban la oportunidad de obtener una ventaja contra Israel y de aumentar su territorio a costa de ese pueblo. Durante el tiempo del juez Jefté, los amonitas tuvieron suficiente fuerza para reclamar la tierra que les había sido dada a Rubén y a Gad. Fue necesario que el Señor obrara por medio de Jefté para sacarlos. David también entabló guerras contra los amonitas. Como Moab, ellos eran adversarios constantes de Israel.

El Señor anuncia que las tierras de Moab y de Amón se volverán como las tierras de Sodoma y Gomorra, totalmente inútiles e inhabitables. Los arqueólogos no están seguros de dónde estaban ubicadas Sodoma y Gomorra antes de que el Señor las destruyera. Los capítulos 13 y 19 de Génesis, parecerían ponerlas ya sea al sur del mar Muerto o, tal vez, hasta en lo que ahora cubre la parte sur de ese mar. La parte sur del mar Muerto tiene menos de 6 metros de profundidad, a diferencia de la parte norte, que alcanza una profundidad de más de 300 metros. El Señor obró

contra esas ciudades una destrucción tan absoluta que nunca se han encontrado restos de las dos ciudades condenadas, ni en las aguas poco profundas de la parte sur del mar Muerto ni en la orilla sur. Todo lo que queda en esa área es la ribera desierta del mar, cubierta de minerales, donde no crece absolutamente nada. La comparación que hizo Sofonías, de Moab y Amón con Sodoma y Gomorra, fue el anuncio de la destrucción completa y el olvido absoluto para esos pueblos. Su orgullo y su animosidad ofensiva hacia el pueblo del Señor no merecían nada menos. Ellas son un buen ejemplo de la total destrucción del mundo que el Señor, por medio de Sofonías, había amenazado hacer caer sobre la tierra.

El último versículo de esta sección proporciona una conclusión sorprendente a esta profecía. Al final de la profecía contra los filisteos, el Señor había prometido que el remanente fiel de Judá sería bendecido; ahora dice que la gente de otras naciones se uniría a ese remanente y también recibirá bendición. Es un tema que se desarrollará de una manera más completa en 3:9-11. Las palabras iniciales del versículo: “Terrible será Jehová con ellos”, podrían significar que la destrucción que el Señor traerá sobre ellos los llenará de un pavor tan sobrecogedor, que les producirá el Dios tan poderoso, que caerán ante él aunque su corazón esté lleno de odio. No obstante, los versículos del capítulo 3 indican que la realidad será precisamente lo opuesto. El Señor dice que va a destruir (literalmente “matar de hambre”) a “todos los dioses de la tierra”. Lo que el Señor tiene pensado hacer es llevar a todos los creyentes lejos de esos dioses falsos. Estos ídolos no tendrán a nadie que los alimente con sacrificios, y entonces se morirán de hambre. Mientras tanto, estos pueblos, de Moab y de Amón, se unirían a grupos de las otras naciones del mundo para reverenciar en verdadera fe y amor al Dios del cielo y de la tierra, el Señor, que también es su Salvador. Sofonías ve una destrucción universal, pero también ve una salvación mundial, con gente de toda tierra formando la población de la casa eterna del Señor.

**¹² También vosotros, los de Etiopía,
seréis muertos con mi espada.**

Mientras mira al oeste y al este, Sofonías escoge naciones del círculo interno de enemigos de Israel, naciones cercanas. Ahora cuando mira al sur y después al norte, ve enemigos del círculo externo, naciones lejanas, los enemigos más remotos de Judá. Ambos grupos todavía tenían un efecto adverso en el pueblo del Señor.

Etiopía era una nación que descendía de Cam, el hijo de Noé (Génesis 10:6). Los etíopes vivían en la tierra de Nubia, la antigua Etiopía (no se debe confundir con la moderna Etiopía, la cual se encuentra más distante y al sur), que estaba en la frontera sur de Egipto, el lugar de la actual represa de Asuán. Por lo general Etiopía estaba bajo la dominación egipcia, pero en el siglo anterior a la obra de Sofonías, los etíopes en realidad establecieron una dinastía de faraones en Egipto, y gobernaron alrededor de 50 años (715-663 a.C.). Por eso Sofonías escogió a Etiopía (Cus) como su nación del sur en vez de Egipto, que hubiera sido la elección más natural.

Cus no era uno de los enemigos perpetuos de Israel como la mayoría de los países que se han mencionado antes. El escritor de 2 Crónicas, informa que en una oportunidad en el siglo IX a.C., un cusita llamado Zera atacó a Asa, rey de Judá, con un ejército enorme pero sufrió la derrota (14:9-15). Zera tal vez era un general del ejército egipcio y así no estaba representando a la nación cusita como tal. Isaías también incluye una sección sobre Cus (18:1-7), pero allí no profetiza su destrucción. En realidad, al final de la sección Isaías habla de los cusitas que van a adorar al Señor. Dos capítulos después junta a Cus con Egipto, quizá debido a la dinastía cusita, que habría estado en el poder durante el ministerio de Isaías, y anuncia que su poder será derrocado. Aparte de eso, los profetas no dicen nada con respecto a Cus, y sus contactos con Israel fueron mínimos.

Lo impactante en esta profecía no es solamente a quién va dirigida, también debe ser la profecía más corta que cualquier profeta haya dirigido contra cualquier nación. Sofonías usa sólo una frase para profetizar que la espada del Señor destruirá a Cus. La espada de la que habla puede pertenecer a Nabucodonosor, porque fue su ejército el que deambuló libremente por las tierras del noroeste de Egipto y después entró en la región delta del Nilo a acosar a los mismos egipcios. Tal vez la razón para la brevedad de las palabras de Sofonías, es que él quiere dejar la impresión de que Cus es una nación remota acerca de la que se sabe muy poco. Eso ayudaría a hacer ver el tema de Sofonías de que *todas* las naciones, sí, hasta las naciones remotas y desconocidas, recibirán el juicio del Señor. Nadie se escapará del Dios de Israel. Ninguna nación es tan lejana que esté fuera del alcance de sus amenazas de castigar a los malvados cuando el mundo termine.

**¹³ Luego extenderá su mano contra el norte
y destruirá a Asiria,
y convertirá a Nínive//en un lugar desolado,
árido como un desierto.**

**¹⁴ Rebaños de ganado se echarán en ella,
y todas las bestias del campo;
el pelícano y el erizo
dormirán en sus dinteles,
su voz resonará en las ventanas;
habrá desolación en las puertas,
porque su artesanado de cedro//quedará al descubierto.**

**¹⁵ Ésta es la ciudad alegre
que estaba confiada,
la que decía en su corazón:
“Yo, y nadie más.”
¡Cómo fue asolada,
hecha guarida de fieras!
Todos los que pasen junto a ella
se burlarán y sacudirán la mano.»**

Sofonías se vuelve finalmente hacia el norte. Su mirada pasa por encima de enemigos regionales como Damasco, aunque en los primeros años esa ciudad-estado aramea había librado muchas batallas amargas contra los israelitas. Quizá la pasa por alto porque Asiria había quebrantado su poder unos cien años antes, y la ciudad nunca se pudo recobrar ni reclamar su antigua gloria. No, Sofonías mira a unos mil cien kilómetros de distancia al enemigo más poderoso y temido que Israel o Judá alguna vez hayan enfrentado: la nación de Asiria.

Esa era una nación agresiva e imperialista que había molestado a los israelitas por unos doscientos años y los había dominado durante el último siglo. Jehú, rey de Israel, le pagó tributo al rey de Asiria después de haber usurpado el trono de Israel del hijo de Acab en el año 841 a.C. Más o menos un siglo después Tiglat-pileser III incorporó como una provincia al imperio asirio el área norte de Israel de alrededor del mar de Galilea. Al mismo tiempo, Acaz, rey de Judá, fue vasallo adulator de Asiria, para desilusión de Isaías (vea Isaías 7). Diez años después, en el año 722 a.C., los reyes asirios Salmanasar V y Sargón II conquistaron Samaria y deportaron al pueblo de Israel a los distantes lugares del este del imperio. Después, en el año 701 a.C., el rey asirio Senaquerib atacó a Ezequías y también la ciudad de Jerusalén. Fue necesario un milagro del Señor para evitar que la ciudad cayera en sus manos. Sólo unos años antes de que Sofonías hablara, Manasés, el abuelo de Josías, había sido obligado casi como prisionero a hacer el viaje de mil cuatrocientos cincuenta kilómetros a Babilonia para comparecer ante el rey asirio y profesar su lealtad al imperio. Si había una nación a la que el pueblo de Judá temiera y odiara, ésta era Asiria.

Al pronunciar juicio contra Asiria, Sofonías habla de que el Señor extiende su mano hacia el norte. En realidad, cualquier mapa del antiguo Cercano Oriente mostrará que Asiria está ubicada directamente al noreste de Canaán. Pero los ejércitos asirios siempre invadieron a Israel desde el norte así que Sofonías escoge a Asiria como su nación del norte.

Sofonías habla de la destrucción de Asiria y de su capital, Nínive, como algo que todavía está en el futuro. Eso significa que debe haber escrito estas palabras a más tardar en el año 612 a.C., el año en que los medos y los babilonios destruyeron Nínive. En realidad, Sofonías parece haber escrito unos 20 años antes, cuando la caída de Nínive estaba muy lejos de ser un resultado inevitable. Sus profecías, de la caída y la destrucción de Nínive, les deben haber parecido increíbles a sus primeros lectores.

Sin embargo, lo que Sofonías tenía que decir acerca de Nínive no fue particular de él; la profecía de Nahúm expresa el mismo hilo del pensamiento. Nahúm era probablemente un contemporáneo un poco mayor que Sofonías, y Sofonías puede haber estado familiarizado con la profecía de Nahúm.

Sofonías tiene dos temas. Primero habla acerca de la destrucción total de la ciudad. En los días de Sofonías, Nínive era la ciudad más magnífica del mundo. La ciudad misma junto con todos los sectores que la rodeaban puede haber tenido una población de más de 600,000 habitantes. Se le consideraba la cumbre de la civilización: su poder, su riqueza, y su gloria, no tenían igual en el mundo en el tiempo de Sofonías. El pueblo de ese tiempo no se hubiera imaginado cómo era posible que Nínive perdiera el dominio férreo que ejercía sobre las naciones del Medio Oriente. Tal vez se podrían imaginar que su poder podría disminuir, de la misma manera que la influencia de Londres o de Moscú ha disminuido en nuestro tiempo, sin desaparecer por completo. Pero que la ciudad desapareciera de la faz de la tierra, de la manera en que Nahúm y Sofonías profetizaban, sería de verdad increíble. Sin embargo, Sofonías dice que precisamente esto sucederá. Esta ciudad verde y creciente, de hermosos parques, se secará como el desierto. La magnífica ciudad habitada y visitada por la gente más sofisticada del mundo se convertirá en un desierto que sólo los animales salvajes habitarán y que usarán los pastores humildes que se encargan de cuidar sus rebaños. Los castillos y templos espléndidos que bordean las calles de Nínive, serán arrasados y no quedará nada sino el suelo, los materiales costosos

que se usaron para embellecer sus interiores terminarán siendo expuestos a los elementos de la naturaleza, y los silbidos y gruñidos de los animales errantes harán eco en sus paredes. De arriba hasta abajo no habrá nada sino ruina y desolación.

Sofonías también nos dice por qué Nínive será víctima de esa destrucción completa. Ese castigo caerá sobre ellos por causa de su arrogancia insoportable. Sofonías presenta a la ciudad como si estuviera diciendo: “Yo, y nadie más”. Compare estas palabras con las que el Señor dice de él mismo en Isaías 45:6: “Yo soy Jehová, y ninguno más que yo”, y así puede ver de lo que Sofonías acusa a Nínive. La ciudad se exaltaba a sí misma al nivel de Dios mismo. ¿Quién se creía esta ciudad que era, al ponerse ella y sus proyectos en el mismo plano que el Creador del cielo y de la tierra? ¡Qué orgullo tan malvado! La ciudad se merecía todo el castigo aniquilador que recibió.

Nínive la orgullosa, altanera, y arrogante, es la representante apropiada del mundo malvado al que el Señor ha amenazado con destruir. Después de todo, cada corazón pecador y cada acción pecadora que fluye del corazón, es una expresión de orgullo y de rebelión contra el Señor. Un corazón que es así dice: “¿Quién es el Señor, para que yo le obedezca? Mi camino es tan bueno como el suyo, y yo no le debo ninguna obediencia. No tengo que rendirle cuentas a nadie, sino a mí mismo”.

¡Cuánta arrogancia! No es extraño que el Señor amenace con arrasar al mundo entero la incredulidad y la impiedad con un acto final de destrucción que destruirá la tierra con todos sus habitantes completamente, como a Nínive. Sin embargo, hay una diferencia importante. La ira del Señor ya no se pone en Nínive porque ella ya no existe; en el juicio final los perversos de este mundo, de Nínive y de cualquier otro lugar, se tendrán que enfrentar a la ira insaciable del Señor en el infierno por la eternidad. La idea de enfrentar ese castigo debe ser absolutamente aterradora para cada pecador.

Sofonías ha mirado alrededor de Israel de este a oeste, de sur a norte; ha observado de cerca y de lejos, y consistentemente ha

visto la misma cosa. “El gran día del Señor está cercano. Ese día será un día de ira” Todo el mundo está bajo la condenación del Señor. Él vendrá y juzgará: final, completa, y horriblemente. ¡Que el pecador tenga cuidado, en Israel y en cualquier otra parte, y que se arrepienta antes de que sea demasiado tarde!

Serán condenados los líderes sin fe

3 «¡Ay de la ciudad rebelde,
contaminada y opresora!

2 »No escuchó la voz
ni recibió la corrección;
no confió en Jehová
ni se acercó a su Dios.

3 Sus príncipes son, en medio de ella,
leones rugientes;
sus jueces, lobos nocturnos
que no dejan ni un hueso para la mañana.

4 Sus profetas son altaneros,
hombres fraudulentos;
sus sacerdotes contaminaron el santuario,
falsearon la Ley.

5 Jehová es justo en medio de ella,
no cometerá iniquidad;
cada mañana, al despuntar el día,
emite sin falta su juicio;
pero el perverso
no conoce la vergüenza.

Estas palabras de Sofonías repiten una situación anterior que implicaba al profeta Natán. El Señor había enviado a Natán para que le hiciera frente al rey David; él necesitaba la confrontación, meses antes había abusado impíamente de su poder y de los privilegios reales y había cometido adulterio con Betsabé, la

esposa de Urías. Por eso, para cubrir su conducta pecadora, planeó y puso en acción el asesinato de Urías. Natán tuvo la tarea de hacerle frente a David con su pecado y con el desagrado del Señor, pero David no quería confesar su culpa. ¿De qué manera iba a conseguir Natán que David reconociera su pecado?

Natán demostró que era un pregonero sabio y eficaz de la palabra de Dios. Le contó a David una historia acerca de un hombre rico y despiadado que mató la oveja favorita de un hombre pobre, la única que tenía el hombre, con el fin de preparar una comida para su amigo en vez de matar una de tantas vacas que él mismo tenía. Al escuchar David la historia de Natán se puso tan furioso que pronunció su juicio de inmediato: “Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte” (2 Samuel 12:5). Entonces Natán se volvió hacia él y le dijo: “¡Tú eres ese hombre!” (versículo 7). David había pensado que estaba pronunciando sentencia sobre la iniquidad de alguien más. En realidad, se estaba juzgando a sí mismo.

En las palabras iniciales de este capítulo, Sofonías actúa de una manera muy similar a la de Natán. Había estado condenando a los vecinos de Judá por su impiedad y ha anunciado que el juicio de Dios los aplastará. Casi podemos ver al pueblo de Judá relajándose y sintiéndose más seguro cuando los anuncios del juicio del Señor avanzaron cada vez más lejos de ellos para caer sobre naciones que estaban a cientos de kilómetros de distancia. Cuando el pueblo de Judá escuchó las palabras de condenación de Sofonías, probablemente asintió con la cabeza y se dijo a sí mismo: “Bueno, ya era tiempo de que esos paganos malvados recibieran lo que se merecían”. Entonces, cuando Sofonías comienza este capítulo con las palabras “Ay de...,” probablemente pensaron que les hablaba a personas como los filisteos, a quienes anteriormente se había dirigido con palabras similares (2:5). Y cuando mencionó “la ciudad... opresora”, probablemente pensaron en Nínive, la ciudad que Sofonías acababa de condenar por su agresión arrogante. En ese momento, tal vez precisamente cuando sus

lectores iban a asentir una vez más, Sofonías les dio el equivalente de “tú eres ese hombre”.

El ¡ay! que él dice en este capítulo final de su profecía no es contra Filisteia, ahora confronta al pueblo de Judá. “La ciudad... opresora” que describe en estos términos condenatorios no es Nínive ni ninguna otra capital extranjera. No, “la ciudad... opresora”, dice Sofonías, es Jerusalén. Esa ciudad, donde el Señor había establecido su morada, había pecado. Era a Jerusalén a la que Sofonías llamaba al arrepentimiento. Es verdad que Jerusalén no era la sede de una potencia mundial opresora y egoísta como Asiria, pero la actitud de su corazón y el trato que sus líderes le daban a su propio pueblo mostraba que realmente no era muy diferente de Asiria y que merecía una condenación similar.

¡Qué lección hay en todo esto para el pueblo de Dios! Cuando oímos que él condena la impiedad de los incrédulos que están a nuestro alrededor, también debemos considerar estas palabras como un llamado para que nosotros nos arrepintamos, porque el mismo corazón pecador mora en cada uno de nosotros por naturaleza y busca expresarse en nuestra vida diaria. Jesús enseñó la misma verdad cuando les dijo a los judíos de su tiempo: “¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?... Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano” (Mateo 7:3,5).

El profeta ya había puesto a Judá bajo el juicio del Señor en el capítulo uno. Ahora se dirige nuevamente al pueblo del Señor; esta vez condena a Jerusalén, usando algunos de los términos más duros que cualquier profeta haya usado alguna vez contra la ciudad. El orden de las palabras que usa nuestra versión suaviza de alguna manera la terrible condena universal que Sofonías pronuncia sobre la ciudad. Las palabras hebreas de Sofonías se leen de esta forma: “Ay de la rebelde, la contaminada, la ciudad, la opresora”. La palabra que Sofonías usa para “rebelde” usualmente se reserva para expresar rebelión contra Dios.

Contaminación habla de la corrupción personal y moral en la vida de alguien, y *opresión* implica el tipo de conducta cuando una persona maltrata a otra para obtener beneficios personales.

Note la evolución: (1) los líderes de Jerusalén no se querían someter al Señor; (2) sus pecados habían contaminado la vida de ellos; (3) habían abusado de su prójimo. Sin la fe en el corazón y sin la voluntad de llevar la vida que agrada a Dios, las buenas relaciones entre las personas o en la sociedad están destinadas a fracasar. La sociedad no puede mejorar debido a una moralidad legislada; la sociedad sólo puede mejorar cuando el evangelio de Jesucristo saca de su rebeldía pecadora a los individuos que la componen y, como resultado, con amor viven de acuerdo con la voluntad de Dios. Así también dejarán el maltrato y el abuso hacia su prójimo.

En el versículo 2, Sofonías pronuncia cuatro cargos contra Jerusalén. Los dos primeros implican reacciones inaceptables a la voluntad revelada del Señor, los otros dos implican respuestas censurables a su amor. Sofonías dice que Jerusalén “no escuchó la voz”, especialmente la del Señor. En vez de reconocerlo como el Señor de su vida, los habitantes de la ciudad lo desafiaron, se rebelaron contra él, y rechazaron su voluntad para conducir sus vidas. Llenos de orgullo pecador y rebelde anunciaron: “Tenemos una manera mejor, la nuestra, y nadie, ni siquiera tú, Señor, nos vas a decir lo que debemos hacer”. No obstante, cuando el Señor los castigó o los disciplinó por ser sus hijos descarriados, tampoco quisieron aceptar su “corrección”. Eso también daba evidencia de su impenitencia. El criminal impenitente se queja de que el castigo que se le ha dado es injusto; el hijo impenitente hace mohines o protesta cuando sus padres lo disciplinan, y el adulto impenitente reacciona enojado contra la policía cuando lo para y tiene que hacerse a un lado de la carretera o le impone una multa por alguna infracción de tránsito. Esas respuestas del pueblo del Señor a la voluntad del Señor mostraron el desafío endurecido que había en su corazón.

La respuesta al amor de Dios no fue nada mejor. Sofonías dice que Jerusalén “no confió en Jehová”. El pueblo ya tenía gran evidencia de su bondad. Una página tras otra de su historia registró los hechos de su liberación. La tierra que los rodeaba estaba llena de pruebas que daban evidencias por ellas mismas de cómo el Señor se había mantenido al lado de su pueblo, lo había nutrido y protegido. Pero en su incredulidad lo habían considerado indigno de toda su confianza. No le hicieron caso porque creían que no podían contar con él. En vez de eso se volvieron: a los ídolos, a sus funcionarios, a las potencias extranjeras, o a sus propias habilidades. Una vez que estas cosas ocuparon en su corazón el lugar de Dios, pusieron su confianza en ellas y no en el Señor. Eso fue un insulto para el Señor, una declaración negativa por completo; decía que toda su bondad no significaba absolutamente nada.

El resultado fue que ellos no “se acercaron” a Dios. Por supuesto, le ofrecían sacrificios y llevaban a cabo otros actos de adoración, pero lo hacían mecánica y caprichosamente, porque su relación con el Señor, en el mejor de los casos, era tibia. Su vida de oración era irregular, porque sencillamente no confiaban en el Señor. No lo negaban por completo, pero más bien querían seguir por su cuenta, o por lo menos, sin él.

Los cristianos con frecuencia hablan de los oficios del Mesías, los cuales Jesús llevó a cabo mientras estaba aquí en la tierra y sigue haciéndolo en el cielo. Él fue nuestro Sumo Sacerdote que ofreció el sacrificio de su propio cuerpo y llevó a cabo el sacrificio único en la cruz. Sigue siendo nuestro Sumo Sacerdote cuando suplica por nosotros, basándose en su sangre, ante el trono de su Padre. Jesús fue nuestro Profeta que reveló tanto la santidad del Padre como su misericordioso amor redentor por los pecadores. Él todavía es nuestro Profeta porque envía su Espíritu a nuestro corazón, donde, al obrar por medio del evangelio del perdón, crea la fe y la nueva vida. Jesús fue nuestro Rey que estableció su reino de gracia por medio de su obediencia perfecta

y de su muerte redentora, todo para nuestro beneficio ante el Padre celestial. Él todavía es nuestro Rey que, a través del evangelio en la palabra y en el sacramento, establece su reinado de gracia en nuestro corazón y nos mantiene seguros hasta llevarnos a la gloria.

Las representaciones terrenales de estos oficios mesiánicos estaban presentes en el Israel del Antiguo Testamento. El Señor los estableció para la bendición espiritual y para el bienestar de su pueblo. Esos oficios los debían ocupar hombres fieles que, aunque no eran perfectos como Cristo, todavía serían sombras apropiadas de las bendiciones que Dios había preparado para su pueblo en Cristo. Sin embargo, en el tiempo de Sofonías, así como en otros de la historia de Israel, los hombres que ocupaban los tres oficios más altos de Israel estaban decepcionando completamente al pueblo al que habían sido llamados a servir.

Sofonías dice que los *príncipes* y *jueces*, el rey y sus funcionarios reales, no eran mejores que los leones rugientes que se saciaban con la presa, o lobos que tragaban con voracidad la carroña o una presa que habían matado, hasta no dejar nada. Ambos animales se usan para describir la codicia de esos gobernantes: nunca están satisfechos, siempre desean devorar nuevas víctimas, siempre buscan más ganancia. En vez de servirle al pueblo, esos funcionarios se aprovecharon de su posición para explotar al pueblo y enriquecerse a costa de él.

Los profetas, cuya responsabilidad era anunciarle la palabra y la voluntad del Señor al pueblo, eran hombres arrogantes que sólo le daban atención a su propia importancia. Consideraban más importante recibir el honor apropiado por lo que eran y por la posición que ocupaban, que anunciar la verdad de Dios. Además, los profetas eran hombres “fraudulentos” porque realmente no tenían consideración por la verdad, sino que más bien anunciaban profecías que sabían que eran falsas. En vez de vigilar fielmente para advertirle al pueblo acerca de las consecuencias de sus pecados, los profetas predicaban cualquier mensaje tibio y confuso que el pueblo quisiera oír. Tal vez sus oyentes estaban muy felices

con ellos y los honraban mucho, pero no escuchaban de labios de los profetas el llamado de Dios al arrepentimiento, y tampoco les señalaban a sus oyentes a Dios como quien los podía librar.

Finalmente, a los *sacerdotes* se les llama contaminadores del santuario. Los sacerdotes del Antiguo Testamento eran los mediadores, los intermediarios, entre los humanos pecadores y el Dios santo. Por medio de los sacrificios de sangre que ofrecían los sacerdotes, Dios anunciaba la esencia misma de su verdad salvadora: que él aceptaría un sustituto por los pecadores. No obstante, con su actitud descuidada y con las acciones negligentes en sus deberes, los sacerdotes mostraron que la santidad de Dios y su deseo intenso de salvar a los pecadores no era gran cosa para ellos. No sólo deshonoraban a Dios sirviéndolo con indiferencia, sino también con su propio ejemplo guiaron a otros a hacer lo mismo.

Dios también acusó a los sacerdotes de que “falsearon la ley”, la enseñanza de Dios para su pueblo. Uno de los principales deberes de los sacerdotes, aparte de su trabajo en los recintos del templo, era enseñarle la ley de Moisés al pueblo. Pero aun cuando enseñaban la ley, la distorsionaban con el fin de disculpar su conducta pecadora, dando así la impresión de que la ley de Dios no tenía ninguna autoridad en *su* vida. Esa enseñanza impropia e indiferente de la ley de Dios tuvo el efecto de declararla nula y borrarla del corazón y de la vida del pueblo. En síntesis, los sacerdotes le estaban *enseñando al pueblo a prescindir de Dios*, en vez de anunciar: “Oye, Israel: Jehová es nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:4,5).

Esta lamentable imagen de los líderes espirituales de Israel debe tener un efecto saludable en el pueblo de Dios de la actualidad. Si los pastores, maestros, y padres, que deben dar la palabra de Dios, son mejores que los que describe Sofonías en este capítulo, eso se debe sólo a que Dios es fiel y bendice a su pueblo. Los líderes fieles que adoptan la actitud de un siervo hacia su trabajo, son una bendición de Dios, que no se aprecia como es

debido. Si los tenemos, se deben alabar y agradecer al Señor por esta bendición. También se debe honrar su trabajo y glorificar al Señor por la manera en que se sigue el liderazgo de ellos y se acepta su mensaje.

En evidente contraste con las acciones abominables de los reyes, profetas, y sacerdotes de Judá, el Señor se mantuvo fielmente en su lugar. En su “justicia” no “hará iniquidad”. El desempeño del Señor en beneficio de su pueblo siempre avergonzará los esfuerzos de su pueblo, hasta cuando ellos, a su vez, buscan ser fieles a él. No obstante, aquí el contraste era tan grande que los líderes de Israel y sus seguidores, debieron haberse sentido llenos de una gran vergüenza. Aunque el pueblo de Dios por su propia falta de confianza había declarado que era poco fiable, sin embargo el Señor estaba allí todos los días, dándoles el pan de cada día para el cuerpo y para el alma. Aunque los rodeaba la evidencia de que “cada mañana [Dios] sacará a luz su juicio”: su justicia, su ira, y su juicio, contra los hombres y las naciones pecadores, parecían indiferentes ante todas las pruebas que Dios les había dejado. Siguieron viviendo como si sus ojos no hubieran visto a Dios en acción y como si su corazón nunca hubiera sentido que la palabra de Dios martillaba a su puerta. No se arrepentían. El mensaje de los verdaderos profetas de Dios, como Sofonías, caía en oídos sordos. “El perverso no conoce la vergüenza” dijo Sofonías.

**6»Hice destruir naciones,
sus habitaciones están soladas;
he dejado desiertas sus calles
hasta no quedar quien pase.
Sus ciudades han quedado desoladas,
no ha quedado ni un hombre//ni un habitante.
7 Me decía: “Ciertamente me temerá,
recibirá corrección
y no será destruida su morada
cuando yo la visite.”**

**Mas ellos se apresuraron a corromper
todos sus hechos.**

**⁸ Por tanto, esperadme, dice Jehová,
hasta el día en que me levante//para juzgaros,
porque mi determinación es//reunir las naciones,
juntar los reinos
para derramar sobre ellos mi enojo,
todo el ardor de mi ira,
hasta que el fuego de mi celo
consuma toda la tierra.**

Una mejor traducción del comienzo del versículo 6 podría ser: “Estoy decidido a eliminar las naciones.” El Señor describe el curso de acción que planea seguir también con la nación de Judá y con las naciones de la tierra, naciones malvadas e incrédulas. Él las eliminará, es decir, las destruirá por completo. Tanto las habitaciones [“bastiones” NVI], los lugares de refugio, y el pueblo que buscaba protección en ellas, serían totalmente derruidos. Las “calles” de las ciudades de la tierra estarán “desiertas, hasta no quedar quien pase” por ellas, porque toda la gente estará muerta. “Hasta no quedar hombre, hasta no quedar habitante”. Esta actividad del Señor, que ha seguido a través de la historia, alcanzará su punto culminante en el fin del mundo.

Además de anunciar el juicio de Dios sobre las naciones impías, la profecía de Sofonías también significa un llamado al arrepentimiento para Judá y Jerusalén. Las calamidades y los desastres naturales o causados por el hombre, que ocurren en el mundo, todos contienen lecciones. Siempre son llamados al arrepentimiento para el pueblo de Dios. Jesús se lo dijo a sus discípulos cuando comentó sobre las noticias de la trágica masacre de algunos galileos: “¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los galileos porque padecieron tales cosas? Os digo: No; antes bien, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre de Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los

hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes bien, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:2-5).

El mensaje del Señor a Jerusalén acerca del juicio que él había enviado y va a enviar sobre las ciudades del mundo era: “Con seguridad ahora que han visto la suerte que corrieron esas otras naciones, me temerán y aceptarán la corrección. Por supuesto ahora en espíritu de arrepentimiento se mantendrán en reverencia de mi santa palabra y cambiarán su vida para que esté de acuerdo con mi voluntad”. El Señor busca con afán este arrepentimiento. Expresó su gran disposición de salvar a Jerusalén y a su pueblo escogido de la destrucción que les esperaba a todos los paganos. “No será destruida su morada según todo aquello por lo cual la castigué”.

Por lo tanto, qué desilusión para Sofonías tener que decir: “Mas ellos se apresuraron a corromper todos sus hechos”. Sofonías pudo ver que los pueblos de Judá y el de Jerusalén, no solamente eran indiferentes a la voluntad del Señor, sino que “se apresuraron” a quebrantarla, “a corromper todos sus hechos”. No podían esperar para seguir con su vida egocéntrica y con el abuso de su prójimo. Persistían en actuar a propósito de manera equivocada, en hacer *lo que ellos sabían* que era incorrecto. Qué cuadro tan triste se describe aquí. Tenemos al Creador, el Señor del universo, que merece que sus criaturas lo busquen, deseando ansiosamente una relación con Jerusalén, esperando que su pueblo respondiera de manera favorable a sus advertencias y a su amor. No obstante, ¿qué sucede?. Su pueblo no le hace caso, rechaza sus esfuerzos de acercarse a ellos. No aceptan la invitación que él les hace para que sean su pueblo por siempre.

El Señor advierte que llegará el día en que sus esfuerzos por recuperar a su pueblo terminarán. El Juicio Final, que tiene el propósito de ser el día de destrucción para los malvados, pero el día de liberación para la nación escogida de Dios, será el día de destrucción también para ellos. “Por tanto, esperadme”, dice el Señor. Usualmente la frase “esperen al Señor”, está llena de promesa y esperanza; por lo general describe a alguien que en fe

paciente espera que el Señor cumpla sus promesas de liberación. Isaías emplea las mismas palabras que Sofonías cuando dice: “Esperaré, pues, a Jehová, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob, y en él confiaré” (8:17). Sin embargo, en la profecía de Sofonías para el Judá impenitente, esta frase tiene un giro cruel en sí. Ahora tiene más el sentido de “Sólo espérenme. Cuando yo venga, se arrepentirán”.

El Señor ahora vuelve al tema con el que comenzó Sofonías: el Señor juzgará a toda la tierra. Este mundo pecador y rebelde sentirá el ardor de su ira y será consumido. Lo peor de todo es que Judá impenitente será atrapado en el incendio. ¿Por qué? Mientras estaban en el mundo, vivieron de tal modo que no se diferenciaban de los incrédulos del mundo. Y así en el gran “día del Señor”, que será el final, no habrá diferencia en el trato que se les dará a ellos y el que se le dará al resto del mundo. ¡Qué advertencia para el pueblo de Dios de estos días! El mensaje es claro. Actúa como el mundo incrédulo y únete a su actitud impenitente y a su conducta impía, y en el Juicio Final puedes esperar que te traten como al mundo incrédulo. El Señor nos ha otorgado su Espíritu Santo a través de la Palabra de Cristo para asegurarnos que escaparemos de una suerte similar.

El día del Señor es de liberación y de regocijo
Sofonías 3:9-20

El Señor purificará a la nación

⁹»En aquel tiempo devolveré yo//a los pueblos
pureza de labios,
para que todos invoquen//el nombre de Jehová,
para que le sirvan de común consentimiento.

¹⁰De la región más allá de los ríos//de Etiopía
me suplicarán;
la hija de mis esparcidos
traerá mi ofrenda.

¹¹En aquel día no serás avergonzada
por ninguna de las obras
con que te rebelaste contra mí,
porque entonces quitaré
de en medio de ti
a los que se alegran en tu soberbia,
y nunca más te ensoberbecerás
en mi santo monte.

¹²Y dejaré en medio de ti
un pueblo humilde y pobre,
el cual confiará en el nombre de Jehová.

¹³El resto de Israel
no hará injusticia
ni dirá mentira,
ni en boca de ellos//se hallará lengua engañosa,
porque ellos serán apacentados//y reposarán,
y no habrá quien los atemorice.

A través de dos capítulos y medio de su profecía, el mensaje de Sofonías ha sido severo, duro para los oídos. El juicio de Dios

será universal. Entonces, ¿está el libro de Sofonías totalmente orientado hacia la ley? La última docena de versículos de esta profecía enfatiza que el mensaje de juicio, el mensaje de la ley de Dios, no es la última palabra que el Señor le da a la humanidad. La liberación que Dios llevará a cabo, su restauración, será precisamente tan universal como su juicio.

Sofonías usa las palabras de un modo poco común en esta sección; lo hace para llamar nuestra atención y para lograr que recordemos lo que está diciendo. Acaba de citar al Señor que dice: “esperadme”, una expresión que usualmente se asocia con la esperanza y la confianza en la bondad del Señor, pero como la usó aquí significaba: “Van a ver, cuando los agarre”. Ahora en las palabras iniciales de esta sección, el Señor dice: “Devolveré yo a los pueblos pureza de labios”. La palabra que se traduce como “devolver” significa un cambio, con frecuencia se traduce con el sentido de “derribar”, con referencia al juicio; por ejemplo, el libro de Génesis en 19:25 habla del Señor “derribando Sodoma y Gomorra con fuego”. Sin embargo, aquí dice: “le voy a dar a los pueblos pureza de labios”. En otras palabras: “Voy a cambiarles el corazón para que me confiesen en vez de maldecirme”.

El Señor puede purificar a su pueblo de dos formas. Puede declararlos no culpables de pecado por causa de Cristo, y a través de este mensaje maravilloso puede obrar la nueva vida en el corazón de los creyentes, los que entonces buscarán honrarlo y glorificarlo por medio de la vida de obediencia. El Señor prometió esto por medio de Ezequiel: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y quedaréis limpios; de todas vuestras inmundicias, y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré también un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y las pongáis por obra” (36:25-27). El Señor habla de esta primera manera de purificar al pueblo cuando dice: “Devolveré a los pueblos pureza de labios”. La segunda manera de purificar al pueblo es a través del juicio, es decir,

quitando a los malvados y destruyendo a los incrédulos, para que sólo quede el remanente de creyentes. El Señor habla sobre esto en el versículo 11, en el que dice: “Entonces quitaré de en medio de ti a los que se alegran en tu soberbia”

La obra de la conversión que lleva a cabo el Señor es un milagro que obra a través de su Espíritu, y las consecuencias son sorprendentes. Debido a la obra que realiza en el corazón del pueblo, el Señor dice que los labios que antes lo habían maldecido ahora lo invocarán con fe. Las personas que no le habían hecho caso a la voluntad de Dios en su vida o que se resistían deliberadamente a cualquier intento de la ley de Dios de llamarlas al arrepentimiento, ahora de buena voluntad se unirán a los otros creyentes y servirán al Señor de común acuerdo. Los que anteriormente habían vivido sólo para ellos mismos y para su propio beneficio, ahora glorificarán al Señor y servirán a su prójimo. ¡Qué transformación lleva a cabo la palabra de Dios en el corazón del hombre pecador!

“Invoquen el nombre de Jehová” se puede referir a varias cosas. Puede implicar orarle al Señor, puede incluir alabarlo en adoración pública o en privado. Y como el Señor mismo invocó su propio nombre ante Moisés en Éxodo 34:5, también debe significar proclamar su nombre y todos sus actos gloriosos, en compañía de los creyentes y en el mundo entero. Sin tomar en cuenta todo lo que implica, invocar el nombre del Señor es un acto de fe, una confesión de confianza en el Señor para la salvación. Por lo tanto, como dice el profeta Joel: “Y todo aquel que invoque el nombre de Jehová será salvo” (2:32).

El Señor habla de juntar a sus creyentes que están esparcidos en “la región más allá de los ríos de Etiopía”, el país que estaba justo al sur de Egipto. El Señor habla de los ríos de Etiopía porque en ese territorio los dos tributarios del Nilo, el Nilo Blanco y el Nilo Azul, se unen para formar el río Nilo. Para los israelitas Etiopía estaba en la frontera sur del mundo conocido. Por eso, el hecho de que el Señor hable así es prácticamente como si dijera que reunirá a sus creyentes desde los confines de la tierra.

Los “esparcidos” a quienes el Señor se refiere aquí sencillamente podrían ser los judíos, que en varias oportunidades habían sido esparcidos en todo el mundo en el exilio. No obstante, en las Escrituras el término “esparcidos” también se usa para referirse a los gentiles. Isaías no sólo habla de Israel que regresa al Señor, sino también de gente de todas las naciones, que están esparcidas en todo el mundo, que vienen al Señor. Dice: “Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu amanecer” (Isaías 60:3). Finalmente, mis “esparcidos” debe implicar todos los elegidos de Dios en todo el mundo. Dios reunirá a su pueblo escogido en un solo cuerpo, la santa iglesia cristiana. Allá invocarán el nombre del Señor, lo servirán con todos sus hermanos cristianos, y depositarán ofrendas aceptables ante su trono de gracia.

El Señor dice: “no serás avergonzada”. Aquí él se dirige a la ciudad entera de Jerusalén. Los creyentes deben haber estado avergonzados del pueblo malvado que formaba parte de la ciudad. El remedio, que le da Señor a esta situación intolerable, es *quitar* a los malvados de la ciudad, para que sólo queden los “pobres y humildes”. En vez de estar llenos de orgullo, rebeldes, y tenerse a ellos mismos en alta estima, Jerusalén será la morada de los que viven en el espíritu del arrepentimiento y de la fe, y que “[confían] en el nombre del Señor”. Sus labios no mentirán, su boca no dirá palabras engañadoras, y no harán nada malo en su vida.

Éstas son cosas muy sublimes que se dicen de la ciudad purificada de Jerusalén. ¿Cuándo sucederán? Hasta cierto punto ya han sucedido. Dondequiera que el Espíritu de Dios esté presente con el evangelio que da vida en medio de su pueblo, allí se crean nuevos corazones, que se aferran en fe al Salvador y que viven como el Señor lo describe en estos versículos. Ese lugar no tiene una ubicación física como Jerusalén en la tierra de Palestina. Más bien, es la santa iglesia cristiana en la tierra, donde el Espíritu de Cristo está presente con los medios de gracia. Sin embargo, la perfección que se describe en estas palabras no se alcanzará en esta tierra (vea las parábolas de Jesús acerca del trigo y la cizaña,

Mateo 13:24-30, y la red, versículos 47-52). Finalmente la perfección vendrá en el día del juicio cuando el Señor quite a todos los impuros y a todos los hipócritas de su iglesia, y la lleve con él a la gloria eterna.

El Señor morará con su pueblo perdonado

¹⁴»¡Canta, hija de Sión!

¡Da voces de júbilo, Israel!

¡Gózate y regocíjate de todo corazón, //hija de Jerusalén!

¹⁵ Jehová ha retirado su juicio contra ti;

ha echado fuera a tus enemigos.

Jehová es Rey de Israel en medio de ti;

no temerás ya ningún mal.

¹⁶ En aquel tiempo se dirá a Jerusalén:

“¡No temas, Sión,

que no se debiliten tus manos!”

¹⁷ Jehová está en medio de ti;

¡él es poderoso y te salvará!

Se gozará por ti con alegría,

callará de amor,

se regocijará por ti con cánticos.

El profeta interrumpe aquí las palabras del Señor e irrumpe en una canción de alabanza, e invoca al pueblo de Dios para que se le una en la alabanza al Señor. Dice que su corazón debe estar lleno de gozo y alegría, y su boca debe rebosar con alabanzas. La razón es sencilla y sin embargo convincente: “Jehová ha retirado su juicio contra ti, ha echado fuera tus enemigos”. Y las Escrituras nos dicen: “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23) y “El alma que peque, ésa morirá” (Ezequiel 18:4). Si el castigo ya desapareció, y se ha quitado ese gran enemigo, la muerte, y sólo queda un sueño del cuerpo hasta la resurrección, entonces debe desaparecer también el pecado y la culpa asociada con él ante Dios.

Eso exactamente sucedió. Isaías habla de la obra del Siervo Sufriente con estas palabras: “Mas él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas fuimos nosotros curados” (53:5). El castigo que merece nuestro pecado ha sido puesto en Cristo. Con respecto al nuevo pacto que Dios establece en Cristo, el Señor afirma por medio de Jeremías: “Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (31:34). Sofonías puede hablar así en el versículo 15 porque el Señor en su misericordia ha quitado los pecados del mundo. Estos fueron quitados en Cristo, y también las terribles consecuencias del pecado. La muerte y el infierno ya no son una amenaza para quien se aferra a Cristo con fe. Se quitaron estos enemigos para siempre.

La segunda consecuencia de haber quitado el pecado es que Dios está presente en medio de su pueblo con su poder protector. Isaías nos dice: “Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho que oculte de vosotros su rostro para no oíros” (59:2). El Dios santo odia el pecado y no morará entre un pueblo pecador; por eso Isaías habla así. Pero una vez que Cristo perdonó el pecado y quitó la culpa, no hay razón para que el Señor se separe de su pueblo nunca más. Entonces Sofonías les asegura a sus lectores: “Jehová [el Rey de Israel], está en medio de ti.”

Sí, él está con ellos: protegiéndolos del daño, librándolos del mal, calmándolos y consolándolos de sus temores y ansiedades, y fortaleciendo sus manos débiles para moverse al servicio de él. Por extraño que pueda parecer, se regocija con cánticos porque su pueblo vive en su presencia. ¡Qué revelación tan gloriosa de nuestro Dios! Nosotros somos los que deberíamos estar llenos de alegría y cantando, porque en Cristo tenemos el privilegio de vivir con nuestro Dios por la eternidad. Pero también notemos que Sofonías dice que el Señor está tan feliz como nosotros. Está contento porque se logró la meta de su obra de redención, la salvación de los elegidos. Está gozoso porque se realizó el propósito de su creación, que la corona de la creación, la

humanidad, pueda vivir en su presencia por siempre. La restauración universal que hace Dios, la purificación (3:9), y la liberación de la opresión de todos sus enemigos (versículos 15-17), será una ocasión de gozo para Dios y para su pueblo.

El Señor restaurará a su pueblo

**18»Como en día de fiesta
apartaré de ti la desgracia;
te libraré del oprobio que pesa sobre ti.
19 En aquel tiempo yo apremiaré
a todos tus opresores;
salvaré a la oveja que cojea
y recogeré a la descarriada.
Cambiaré su vergüenza//en alabanza y renombre
en toda la tierra.
20 En aquel tiempo yo os traeré;
en aquel tiempo os reuniré,
y os daré renombre y fama
entre todos los pueblos de la tierra,
cuando levante vuestro cautiverio
ante vuestros propios ojos,
dice Jehová.»**

El versículo 18 no es fácil de traducir ni de entender. Algunos entienden que Sofonías dice que el Señor quitará a quienes pensaron que las fiestas asignadas del año eclesiástico israelita eran una imposición. Algunos creyentes del Antiguo Testamento seguían todos los pasos externos del servicio de adoración al Señor, pero su corazón no estaba en la adoración, y consideraban estas cosas como una imposición en su vida. Dios sacará a esas personas de la compañía de los creyentes.

Otros opinan que aquí el Señor habla de las consecuencias de la opresión babilonia. Los babilonios no permitían que el pueblo de Dios adorara ni celebrara sus fiestas y festivales designados,

como la Pascua y el día de la Expiación, como deseaban. Entonces, el sentido sería que cuando Dios finalmente restaure a su pueblo, éste podrá adorar nuevamente al Señor sin ningún temor a represalias. Sea cual fuera la manera en que se entiendan estas palabras, su significado en el contexto es claro: el Señor quitará de su pueblo todo lo que los oprima. Promete: “En aquel tiempo yo apremiaré a todos tus opresores”. Eso es verdad si esas personas son los, indiferentes y los malvados, que están en medio del pueblo de Dios o si vienen de afuera.

Con una serie de cuadros, el Señor promete que restaurará a su pueblo fiel a una posición de honor y de alabanza. Ya no serán una minoría despreciada y ridiculizada en un mundo de incredulidad y de rebelión impía. El último día, el gran día del Señor, será de liberación universal. El pueblo de Dios será el centro y el gozo de la creación de Dios, como siempre quiso que fuera: la corona de su creación. La redención de los suyos que realizó el Señor, resulta en el restablecimiento del orden y de la belleza original, que fue su intención para su creación.

Sofonías termina su libro de una manera muy positiva. Comenzó con las advertencias del juicio y de la destrucción universal; con un mensaje como ese parecería que no había esperanza. Sin embargo, no es eso lo que ocurre con el Señor misericordioso a cargo. Él cambia una situación llena de desesperanza en las promesas: del rescate, de la restauración, y de la alegría. La gracia de Dios cambia la situación. Con un amor indescriptible, Dios tomó el pecado que nos separaba de él y que nos condenaba al castigo eterno y lo puso sobre su único Hijo. ¿El resultado? Usted y yo somos herederos de todas las promesas con las que termina el libro de Sofonías: la purificación, la liberación y un feliz regreso a casa.

¡Aleluya,
Porque el Señor nuestro Dios todopoderoso
reina!
Gocémonos y alegrémonos
¡Y démosle gloria! (Apocalipsis 19:6,7)

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECCLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSIS	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSIS	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Dios envió a su profeta **Nahúm** para que anunciara la venidera destrucción del imperio Asirio, con el objeto de asegurarle al pueblo de Dios la liberación de ellos. Mientras anunciaba el juicio de Dios sobre todos los pecadores, **Habacuc** escribió “El justo vivirá por su fe”. **Sofonías** anunció la venida del gran día del juicio del Señor.

